

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

82

J4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION



NUMERO

82

AÑO VIII
SEGUNDA EPOCA

1948

REVISTA NACIONAL
EDUCACION

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

**IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4**



SUMARIO



EDITORIAL

José Ibáñez Martín: EL PADRE SUAREZ, O LA CULTURA
PENINSULAR DEL SIGLO DE ORO

Víctor Haedo: ALGUNAS COSAS DE AMERICA

Pedro de Lorenzo: GEOGRAFIA IMPERIAL DE FRANCISCO
DE ALDANA

LA OBRA DEL ESPIRITU

ESPAÑA Y PORTUGAL CONMEMORAN EL IV CENTENARIO
DE FRANCISCO SUAREZ

DOÑA BLANCA DE LOS RIOS, GRAN CRUZ DE ALFONSO X
EL SABÍO

LARRETA HA VUELTO A ESPAÑA

HECHOS

UNA NUEVA ESCUELA DE INGENIEROS NAVALES

EL CEREMONIAL DE LA COLACION DE GRADOS VUELVE
A LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

INAUGURACION DEL COLEGIO NACIONAL
DE SORDOMUDOS

SE CREA EN SEVILLA UNA ESCUELA DE PERITOS
INDUSTRIALES

VENTANA AL MUNDO

LAS ESCUELAS PUBLICAS EN GRAN BRETAÑA

ORGANIZACIONES LATINO-AMERICANAS EN LONDRES

NOTAS DE LIBROS

Hospital General, por Manuel Pombo Angulo.—«Ancora y Delfín». Ediciones Destino, S. L.—Barcelona.—40 pesetas.

Formación de la inteligencia, por el P. Alberto Goosens, S. J.—Editorial Difusión, S. A.—Buenos Aires, 1944.—240 páginas.

Vida de Jesús, por Plinio Salgado.—Traducción de Vázquez Dordero.—Escelicer.—Madrid.

Cervantes en Colombia, por Eduardo Caballero Calderón.—Publicaciones del Patronato del Centenario de Cervantes.—Madrid, 1948.

La llaga, novela, por Marcial Suárez.—Madrid, 1948.—Colección «El lagarto al sol».—Edit. Clan.—326 págs. más 4 dibujos de Molina.

La mala vida en la España de Felipe IV, por José Deleito Piñuela. Edit. Espasa-Calpe.—Madrid, 1948.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

DECRETO CONMEMORACION III CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE SAN JOSE DE CALASANZ

EDITORIAL

FUE precisamente Oliveira Salazar el primer político de fuera de España que vió, desde un principio, y así lo proclamó, el verdadero concepto de la guerra española de liberación. "Nos hemos cansado —dijo— de decir a Europa que la guerra civil española, independientemente de la voluntad y de las intenciones de las partes en conflicto, es, sin duda alguna, una lucha internacional en un campo de batalla nacional." Y así fué, en efecto. Pero nadie quiso verlo, o por lo menos declararlo, fuera de nosotros, más que el ilustre estadista portugués. Y para completar su juicio, interpretando el sentido de la realidad hispánica, que turbios propósitos trataron de torcer, agregó Oliveira Salazar: "España consiguió matar en su propia sangre el virus que amenazaba la paz y la civilización de la Península; martirizada, agobiada por el sufrimiento, debe de haberse sumergido en meditación profunda hasta las raíces más recónditas de su ser; extraerá de su conciencia ancestral, de su sangre y valor indo-

mables, los principios del nuevo orden social y político, y, en nombre de ellos, puede afirmar que, habiéndose sublevado contra la sujeción comunista, no luchó valientemente para hipotecar por otra forma su independencia y su destino propios.”

Vienen estas palabras a cuento de que, en todos los instantes de estos últimos períodos de nuestra historia, ha sido el estadista portugués el más clarividente de nuestros horóscopos. Y lo ha sido, primero, por impulso de su corazón y de su mente sinceros. No se dejó arrastrar por mimetismos muy en moda y que, a la postre, han conducido, o han podido conducir, a muchos pueblos al desastre. Segundo, porque Oliveira Salazar, al pensar en portugués, pensaba, ciertamente, en español. Lo portugués y lo español son dos maneras idénticas de entender y propulsar un mismo destino histórico. Es decir: el anhelo de fortalecer la común expresión de nuestras patrias hermanas. Una expresión que no se cifra en la creación de un imperio físico, sino ideal. Prevalecer en nuestro ámbito, y en su proyección universal, no por la fuerza de sus conquistas materiales, sino por la gracia, la fe y la armonía de un común imperio espiritual. Ya, por fortuna, se va extendiendo esa influencia nuestra, indestructible y generosa, por los caminos, hasta ahora en sombras, de la conciencia internacional. España y Portugal comienzan, no a imponerse, sino a ser reconocidas por sus puros valores íntimos, en las determinaciones de una Europa libre de esclavitudes onerosas.

Y es que España, desde que pudo evadirse de las encrucijadas de su guerra pasada, apenas si hizo otro propósito que el de recuperar su fisonomía y su espíritu tradicionales. No luchó, ni vertió su sangre, ni perdió lo mejor de su pa-

trimonio artístico por ensanchar sus dominios geográficos. Lo hizo —cada día se verá mejor— por conservar y aumentar su personalidad espiritual. Doce años han transcurrido desde aquel alzamiento heroico de su pueblo contra las fuerzas del mal, y en ese lapso de tiempo apenas si ha podido alzar sus ojos sobre sus propias fronteras para investigar las inquietudes del mundo restante. Al contrario: se limitó a sí propia, se ajeno al ambiente de su torno fuera de la Península hispana y se entregó, ardiente y austera, a recobrar su mística castiza, a levantar su hacienda caída, a restañar sus dueños y, sobremanera, a reanudar con la Historia su diálogo eterno. Portugal fué, en esta oportunidad, como tantas otras veces, el consuelo y el aliento desinteresados para una España que convalecía, en busca de auroras, de una cerrazón exótica que sólo podía encomendarse al choque indeclinable de las armas. Utilizó, en una palabra, las armas para recobrar las almas. Porque España no tuvo otro móvil en la resolución de sus problemas, por graves que fueran. Un móvil entrañable, limpio y altivo, como conviene a su psicología, a la voluntad de sus gobernantes actuales y al porvenir de la Península hispánica.

Porque Portugal y España, España y Portugal constituyen, por la merced de sus fronteras comunes, de sus tierras comunes y de sus sentimientos comunes un todo homogéneo, indestructible y fecundo para la salvación de Europa. Y han de contar —ya cuentan— como un baluarte, no físico, que tal condición poco vale en las contiendas mecánicas de esta hora, sino como un baluarte espiritual, como un fondo de reserva inexplorado y fabuloso, al que ha de acomodarse, si quiere persistir, en lo ideal ecuménico, el alma torturada de Europa.

Esto es, después de todo, lo que importa. Día a día, ambas naciones, desoyendo estímulos bastardos, han acendrado en la fe y en el entusiasmo por una vida mejor sus más caros y vivos afanes. Lo ha dicho con palabra certera nuestro Ministro de Educación Nacional durante su reciente visita al país hermano: "Cuando nuestros dos países —ha dicho el señor Ibáñez Martín— logran la paz exacta que los otros no encuentran, no pueden permitirse el lujo de olvidar, ni siquiera por un momento, el bienestar de que disfrutaban. Correrían en este olvido su más grave riesgo. Desde España contemplamos los españoles, con alegría, la perspectiva de este Portugal que, gracias al esfuerzo del Mariscal Carmona y del Presidente Salazar —dos hombres consagrados por entero a Portugal—, comprueban el respeto de su soberanía y la admiración por su orden próspero y por su paz prometedora de mayores conquistas. Si los portugueses, que tienen el bien tan cerca, no lo saben apreciar, yo les digo que España entera reconoce su gigantesca labor en medio de un mundo que no encuentra su camino. Españoles que me escucháis —agregó—: lo mismo puede decirse, con orgullo, de nuestra España, plena de prestigio y fortaleza, posibles ambos por la devoción de un hombre que se llama Francisco Franco, y de quienes, en apretado haz, le siguen en múltiple impulso, que precisamos todos evitar sean estériles y se pierdan. Hemos de defender este esfuerzo propio como uno de nuestros más ineludibles deberes. Laboremos, portugueses y españoles, y todos los pueblos aquí representados por un mundo basado en la justicia y donde impere la verdad frente al mal, que no podrá prevalecer."

8 Si bien se mira, aquí está la clave de este imperio inde-
rrocable que han sabido alzar, con su verdad y con su ho-

nor, con su trabajo y con su ilusión, nuestros pueblos ilustres. Portugal y España, España y Portugal no han querido dejarse conducir, o confundir, por apetitos de conquistas territoriales. Al contrario: sólo por conquistas espirituales, hasta tal punto que, en estos instantes de angustia universal, las conciencias del mundo, de un mundo pavoroso y siniestro, sólo aciertan instintivamente a volcarse sobre nuestras patrias, florecientes como un oasis, para el recobro de los derechos humanos. Derechos a vivir en paz, dentro de sus fronteras, consagrados a la salvación del hombre, no arrastrado por insanas ambiciones, madres del caos, sino por impulsos románticos, en los que sea posible el amor, la justicia y el trabajo; porque con amor, justicia y trabajo los pueblos mantienen, como un galardón intransferible, su propia libertad, sin fronteras ni condominios que no sean los comunes y redentores del espíritu, por los que, en resumidas cuentas, hemos luchado y seguiremos luchando. Lo ha referido también Oliveira Salazar: "La riqueza, los bienes, la producción —ha dicho— no constituyen bienes en sí mismos; han de encaminarse a lograr el bienestar individual y a servir el interés colectivo; y nada significan si no están subordinados a la conservación y elevación de la vida humana."

Tal ha sido la fórmula de nuestra común preponderancia universal de ahora y de siempre.



EL PADRE SUAREZ, O LA CULTURA PENINSU- LAR DEL SIGLO DE ORO

por JOSE IBÁÑEZ MARTÍN

EL solo nombre de Coimbra —su tradición intelectual, su Universidad y su historia— tiene una doble cualidad de eco y a la vez de símbolo. Por la primera, Coimbra está llena de resonancias espirituales para los que no ignoran el papel decisivo que para la historia del pensamiento portugués tuvo esta bella y ejemplar ciudad. Por la segunda, Coimbra simboliza la luz inextinguible de una cultura antigua, pero eterna, que en el extremo occidental de Europa enciende, para la inteligencia y para la razón, los mejores caminos por donde el alma alcanza la cumbre difícil de la verdad.

Por eso no quiero ocultaros mi emoción al hallarme aquí, como Ministro de España y representante de su Gobierno, en esta Universidad, que figura a la cabeza de los más importantes Centros de cultura del mundo y en la que profesaron sus doctrinas figuras de tanta proyección universal como la del Pa-

dre Francisco Suárez, cuyo IV Centenario, Portugal y España conmemoran hoy, en apretada coincidencia de evocaciones espirituales.

Quiero, por ello, rendir un fervoroso tributo de agradecimiento al Gobierno portugués y muy particularmente a la figura del insigne Presidente de la República, Mariscal Carmona, por haber querido que las conmemoraciones centenarias del Padre Suárez tuvieran el colofón áureo de este acto solemne, que no ha podido encontrar otro escenario mejor que el de este recinto maravilloso, en el que aún laten resonancias gloriosas, que hoy mismo nos recuerdan todo lo que el genio de Portugal ha aportado al acervo de la cultura europea.

Vaya también mi saludo cordial hacia las representaciones extranjeras que han querido con su presencia asignar un realce a este Centenario, cuyo mejor blasón está constituido por los trabajos, ponencias, investigaciones y aportaciones de datos fecundos que estos ilustres representantes del Derecho y de la Filosofía de todo el mundo nos han traído como fruto de su ingenio, para rendir con ellos el mejor tributo posible a la memoria de aquel jesuíta ejemplar, que, con razón y por antonomasia, pudo ser llamado, entre todos, el Doctor Eximio.

España y Portugal en la época de Suárez.

Termina hoy aquí un itinerario intelectual, recorrido a través del dilatado paisaje de esta Península celtibérica. Desde la ciudad de Granada, donde vió la luz el Padre Suárez, hasta esta histórica ciudad de Coimbra, la vida del filósofo granadino discurre en una época que es para el mundo la de las más trascendentales convulsiones históricas. Es la época en

que finaliza el reinado de Carlos I. Aún casi no se ha extinguido el eco de las deliberaciones de Trento. El nombre de Lepanto da a España el carácter de adelantada de Europa y de salvaguardia de la Cristiandad. A lo largo de la vida del Padre Suárez están floreciendo los nombres de aquellas figuras próceres que habrían de ganar para la centuria que les vió nacer el calificativo de Siglo de Oro. Teresa de Jesús, Lope de Vega, Tirso de Molina, San Juan de la Cruz, el Greco y Fray Luis de León forman el cortejo de figuras geniales que, junto con el Padre Suárez, constituyeron la gloria mejor de aquel siglo de rastros imperecederos (1).

Por si fuera poco, en años paralelos a los del filósofo granadino discurre por España la vida quijotesca, asombrosa y magnífica de aquel hidalgo español que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra. Y es que en el transcurso de todo el siglo XVI y los albores del XVII el arte y la cultura llegan, para España, al ápice sumo de su esplendor.

Mas como si en este punto también Portugal y España tuviesen destinos coincidentes, vuestro país incorpora a la historia del pensamiento un insigne elenco de próceres figuras que habían de alumbrar con luz propia este extremo occidental de nuestra Península. Y así, al mismo tiempo que Suárez encerraba en sus «Disputationes», como en un sarcófago, más de un siglo antes de que naciera Kant, todas las premisas del *criticismo* y del *fenomenismo* modernos, aparecen los nombres de los gloriosos juristas portugueses José da Silva Ferreyra, con sus «Alegaçoens juridicas porque se mostra o indubita el Direito»; Luis Pereira de Castro, con su «Regimento do Tribunal de Bulla»; Alfonso Alvarez Guerreiro, con su «De

(1) Véase en este sentido GÓMEZ ARBOLEYA: «Francisco Suárez, 1548-1948». En *Rev. Estudios Políticos*. Vol XX, págs. 147 y sigts. Año 1948.

bello justo et injusto» y «De administratione justitiae»; Aires Pinhel, con su «De rescindenda venditione» y «De bonis maternis», y el P. Antonio Cordeiro, con sus «Resoluções theojurídicas». Y ahí están, entre vuestros filósofos, figuras de la talla de Pedro da Fonseca, con sus «Institutionem Dialcticarum» y con sus glosas, «In libros Metaphysicorum Aristoteles Stagiritae» y otros muchos que harían estas citas interminables. También, en el campo de los clásicos tratadistas de Derecho político, tenéis una lista de honor de nombres que llenan de gloria vuestras letras: Diego de Andrade, con sus «Comentarios a Ordenação do Reyno»; Antonio Correa de Lemos, con su «Systema politico da Europa», y Fr. Pedro de Santamaría, con su magnífico «Tratado da boa criação e policia Christiana como que os Pays deven criar a seus filhos». Tal es la pléyade, en fin, de juristas filósofos, teólogos y místicos que, en definitiva, no hicieron otra cosa que emular, en el terreno de las letras, lo que en el de los grandes descubrimientos hicieron Vasca de Gama y Cabral cuando llegaron a estas mismas costas, con sus bajeles a punto de zozobrar por el peso de sus inmarcesibles laureles.

Y si paralelamente al florecimiento ideológico de España surgió en el mundo universal de su literatura la figura de nuestro Cervantes, al lado de este vergel de nombres admirables en que floreció la cultura portuguesa se alza también, como símbolo de la grandeza literaria del pueblo lusitano, esa figura inmortal de Luis Vaz de Camoens, por el que la dulzura y la gracia del bello idioma lusitano pudo recorrer en un periplo espiritual la ancha redondez de la tierra.

En este paralelismo de figuras geniales, Portugal y España debían descubrir un punto ideal de coincidencia, en el que, entrañablemente, se encontrasen en torno a un solo perso-

naje ejemplar, unidos, los espíritus de nuestros dos pueblos. Y la Providencia quiso que el vértice de esta feliz confluencia de rutas intelectuales estuviese simbolizado por la figura señera, delicada y admirable, múltiple y sutil, dulce y vigorosa de ese insigne jesuíta que se llamó Francisco Suárez.

Al cabo de cuatro siglos, la evocación emocionada de este nombre ha vuelto a realizar el milagro de aquel encuentro espiritual de dos pueblos independientes y distintos, pero que se saben atados de manera providencial a muchas cosas que les son felizmente comunes. Y es grato comprobar que, al cabo de los años, dos pueblos que tanta tradición de insoportable independencia tienen, se afanan noblemente en buscar circunstancias jubilaires, como la presente, que justifiquen un motivo más de aproximación y de entendimiento entre los dos países a través del solemne caminar de la Historia. ¡Bella lección, señores, de simpatía internacional que Portugal y España pueden ahora ofrecer frente a un mundo en el que el recelo, el temor y la desconfianza son base —lamentable y triste— de la política internacional!

Suárez en el paisaje de Coimbra.

Y así, Suárez es, antes que nada, la atadura fraternal de nuestros dos pueblos. Pero una atadura de almas y paisajes. Porque sólo un hombre que viera por primera vez la luz junto a la ribera deliciosa del Genil pudo entregar su alma al Señor a las orillas de este Mondego lírico, amable y quejumbroso, que ciñe con abrazo de amor la gracia poética de esta bella ciudad. Coimbra tiene, tras el paisaje que forma su blanco caserío, más allá del verdor campesino que la bordea, un espíritu por el que parece destinada a recoger en su tradi-

ción las mejores efemérides emocionales de Portugal y de España. Y así, no sólo se guardan en la antigua iglesia de Santa Cruz los viejos sepulcros de los primeros Reyes de Portugal, y Alfonso Enriques y Sancho I, sino que también en Sé Velha, la antigua mezquita transformada en iglesia, dícese que fué armado caballero el simpar héroe de Castilla, Don Rodrigo Díaz de Vivar. Mas, sobre todo, el alma de Coimbra late con eco prodigioso en el ámbito solemne de esta Universidad. Sólo un corazón de inmensa delicadeza, como el del dulce Rey, Don Dionis, pudo haber concebido la fundación de este Centro de cultura que, a través de los nombres de Juan I, del Infante Don Enrique, de Don Manuel y de Juan III, ha recibido los más poderosos impulsos para que el transcurso del tiempo consolidase su fama universal de Centro europeo del saber.

Toda la gracia clásica del fuerte ímpetu espiritual de esta Universidad pudo así, luego —al cabo de los siglos—, dar a finales del XIX figuras del sabor romántico de Anthero de Quental o de Eça de Queiros, para llegar después, en la fase reconstructiva de un pueblo que vislumbraba su pujante renacimiento, a ser marco insigne donde profesara sus doctrinas ese ilustre profesor de Economía, maestro de prudencia política y ejemplo del mejor gobierno, para el bien común de su patria, que es el doctor Oliveira Salazar.

El recuerdo de estos nombres trae ahora a mi espíritu una emoción profunda al alzar mi voz en estos ámbitos de gloria, en los que la docta, la culta y la ilustre Coimbra supo tan sabiamente enseñar a pensar al mundo. Porque unido a estos nombres, el espíritu prodigioso de Francisco Suárez está aún vivo y despierto en la solemnidad de estos claustros, en el recinto de las aulas donde él profesara sus doctrinas, en la

augusta magnificencia de esta sala «Dos Capelos», en la que las figuras más importantes del pensamiento y de la historia del mundo han recibido su ejecutoria doctoral.

Mundo y pensamiento en el siglo XVI.

Si Coimbra está unida indestructiblemente al amor y a la grandeza de Portugal, vuestro país lo está a los momentos más solemnes de la historia europea. Tal es la razón de que Portugal y España fuesen dos países en los que más huellas produjeron no sólo materialmente, sino ideológicamente, el hecho insólito de la invención de un mundo nuevo. El descubrimiento de América, en efecto, plantea intelectualmente al pensamiento del XVI una serie de problemas insospechados, a los que la inteligencia humana trata de dar soluciones, como si la mente del hombre no se conformase en contemplar un hecho histórico al que no refiriese después un concepto político, un principio filosófico o un postulado metafísico. Y ahí está, entre los nuevos problemas que el Descubrimiento planteara, la polémica entre Ginés de Sepúlveda y el Padre Bartolomé de las Casas sobre el derecho de conquista y la colonización de los nuevos territorios descubiertos. Y en este mismo sentido, las «Relectiones De indis», del Padre Francisco de Vitoria, o el tratado «De justitia jure», de Domingo de Soto, y, por último, como si esta tendencia constitutiva de la Filosofía del Derecho hubiese llegado a su punto culminante, el Padre Suárez publica su inmortal obra «De legibus», exponente y compendio del sutil estilo jurídico de toda una época.

Todos sabéis que en esto no hubo ciertamente intervención del azar. El pensamiento hispánico y, parejamente a él,

el espíritu portugués, llegaron, en el campo del Derecho y de la Filosofía, a dar, ciertamente, al mundo la pauta de la verdadera doctrina. Y ello fué así porque una nueva corriente científica logró hacerse campo en los dominios del saber. El profundo sentido cristiano de la vida tenía que repercutir en la condición moral de aquellos ingenuos pobladores del Nuevo Continente. De este rincón ibérico salieron navegantes, misioneros y conquistadores. Un periplo genial, iniciado por un ilustre portugués argonauta y descubridor iluminado, pudo ser concluído por la pericia de un navegante español, como si Portugal y España fuesen, providencialmente, las dos naciones incomparablemente destinadas a cumplir sobre el haz de la tierra una misión universal.

Fué entonces cuando la realidad histórica, superior a toda suerte de fantasía, descubrió nuevas metas para la lucubración y el estudio. Así, Vázquez de Menchaca formuló el principio de la libertad de los mares. Y cuando aparece a la luz la obra inmortal de Crocio, «De jure belli ac pacis», definiendo ante la turbulencia ideológica de Europa los límites del justo derecho para el ejercicio de la guerra y para el mantenimiento de la paz, no es difícil descubrir en estas páginas la inspiración del pensamiento hispánico a través de los escritos pacifistas de Luis Vives, de la doctrina de Vitoria sobre las causas que legitiman las contiendas entre los pueblos, o del Padre Suárez, en su «Tratado de las Leyes», en el que se establecían las bases fundamentales del Derecho internacional.

Todo esto era lo que el panorama ideológico de España podía ofrecer al mundo, como paisaje de fondo de un tapiz admirable, cuya figura central estaba representada por la mentalidad señera del filósofo granadino. La aparición de nuevas razas y nuevos continentes plantea, en el campo de la

Teología, de la Filosofía y del Derecho, una serie de cuestiones trascendentales, que sólo hubieran podido solucionarse, como Suárez lo hizo, al amparo de los principios inmutables de la vieja filosofía medieval. Con razón, el Primado de Portugal, D. Rodrigo Da Cunna, pudo calificar de «luz, antorcha y ornamento de toda España» al filósofo granadino, y el Obispo de Coimbra, Alfonso de Castellobranco, afirmó que Suárez era «el Maestro universal de los últimos siglos». Una vez más se confirma, en el caso suareciano, la coordinación intelectual entre nuestros respectivos países. Puede decirse, incluso, que existen figuras simbólicas que cumplen, respecto de nuestros pueblos, misiones recíprocas, igualmente gloriosas. Y así, mientras Suárez produce en Portugal el fruto de su estudio a través de las jornadas españolas de Valladolid y de Salamanca, justo es reconocer que el pensamiento incomparable de Molina dió en España aquellos frutos fecundísimos que hacían prever su asombrosa formación lusitana.

Amplitud de la obra suareciana.

Baste lo que queda apuntado para reflejar la gran misión común que, tanto en el campo de la Historia como en los dominios inmateriales de la inteligencia y del espíritu, España y Portugal habrían de cumplir. Suárez es el símbolo de este paralelismo; pero su obra tiene una extensión y profundidad realmente incalculables. No pretendo, en este acto de clausura de las conmemoraciones centenarias, aportar nuevos datos de investigación que puedan ser objeto de curiosidad para los eruditos. Pero sí quisiera recorrer en una breve semblanza los rasgos fundamentales que adornaron la inteligencia privilegiada del Doctor Eximio, deteniéndome con una

mayor amplitud en la significación que la doctrina suareciana tiene para el fundamento de la nueva ciencia política de la verdadera teoría del Estado.

*La dimensión metafísica,
escolástica y jurídica.*

Una de las cualidades más importantes que tuvo el filósofo granadino fué la de dar independencia y autonomía a las disciplinas a que consagró su estudio. Del Derecho y de la Metafísica hizo ciencias independientes. Y a todas sus doctrinas llevó la ley de amor de su formidable espíritu ignaciano. No otra es la causa por la que, al hablar del Derecho de gentes, reivindica un espíritu de unidad para todos los pueblos, que se extiende —como él dice— «incluso los extranjeros» y que se basa «en el concepto natural del amor y misericordia recíprocas». De este modo en el pensamiento de Suárez —como ha dicho un escritor contemporáneo— resplandece un sentido de infinitud, un aliento de justificación inmutable y eterna junto a las doctrinas que se resumen en el plano estricto de la norma positiva. Se trata, en último término, de una manifestación insobornable de nuestro misticismo, que, cuando se planteaban problemas estrictos de derecho, trascendía en fecundo amor de caridad hacia todas las cosas.

Y todo esto ha sido posible porque Suárez fué el ariete más poderoso de la Escolástica española. Desde entonces, al lado de Salamanca y Alcalá, son Coimbra y Roma las que dan, con España, la pauta para solucionar las cuestiones que el Renacimiento había planteado. Por ello, por primera vez en la historia de la Escolástica, Suárez se atreve a separar la

Metafísica de la Teología, y hace una construcción sistemática de la Filosofía, fundada en Aristóteles, pero genialmente independizada de él. A Suárez se debe —con fruto de un pensador de nuestros días— el esfuerzo de hacer de la Metafísica un cuerpo de doctrina sustantivo, autónomo y sistemático. El siglo XVI es, para el mundo de la Filosofía, el de los teólogos jesuítas. Y en las páginas de gloria que la Compañía de Jesús dejara escritas, como la ejecutoria mejor de la Escolástica, cabe señalar que, al lado de figuras como la de Suárez, Portugal lega al pensamiento filosófico del futuro las doctrinas inagotables del Padre Fonseca, uno de los más insignes glosadores y comentaristas de la obra aristotélica.

Como se ha dicho recientemente, Coimbra habría de dar así carta de ciudadanía al aristotelismo dentro de la Compañía de Jesús. Para ello, junto a las obras de Suárez figuran estos admirables trabajos del Padre Pedro de Fonseca: «*Institutio Dialecticae*» y «*Commentaria in libros Metaphysicorum Aristotelis Stagiritae*». En este último, fundamentalmente, Fonseca se separa de los tradicionales comentaristas aristotélicos de la alta Escolástica y construye aquel trabajo admirable que había de caracterizarse por el carácter de independencia y autonomía intelectual con que estaba concebido.

Junto a la investigación de los textos antiguos, realizada con la ágil modernidad con que Fonseca la plantea, era preciso el estudio de la realidad exterior, de la explicación del hombre y de la justificación de Dios. Con esa finalidad aparecen en el escenario intelectual de Europa «*Las disputaciones metafísicas*» del Padre Suárez, como la mejor superación de la antigua tradición filosófica, proyectada hacia un horizonte metafísico nuevo.

Suárez recogió, en toda su amplitud, las luces de la revelación divina a través de la Escritura y de la tradición, como si su mente de privilegio estuviese providencialmente preparada para acercarse, sin temor de yerro, a los problemas más trascendentales y más angustiosos de la Humanidad. Su gran potencia analítica le permitió discernir los campos de la verdad y, mejor que nadie, supo extraerla cuidadosamente, como quien descubre una partícula de oro entre la turbia arena del error intelectual.

Esa aptitud de la mente para el estudio de los temas fundamentales del espíritu fué el gran soporte sobre el que levantó la arquitectura de su genial construcción filosófico-jurídica. Sólo un espíritu capaz de restablecer los fundamentos de la moral cristiana en su eterno vigor pudo descubrir la razón última de los problemas sociales de tipo económico o de carácter político, que constituyen la más cruel enfermedad del Estado moderno. Anticipándose a su tiempo, como luego veremos, Suárez cifra en el desequilibrio del orden moral la explicación de aquellos problemas. Y no se conforma con dejar en el aire el reconocimiento de este hecho. Acude con presteza a formular el diagnóstico preciso con el que puedan restaurarse las peligrosas consecuencias que puedan derivarse de él. Y así, frente a la crisis del orden moral, propugna la instauración, dentro de la vida política, de los principios del Derecho y de la Justicia, a cuyo único amparo es posible la restauración de la vida social, puesta en trance de ruina por un trágico proceso de desmoralización.

El tratado «De legibus» se mueve, de este modo, entre principios fundamentales: la Ley y el bien común. La Ley moral, como participación de la Ley divina, y con su soporte definitivo en la razón, es la única capaz de garantizar el equi-

librio entre los derechos individuales. El bien común ha de ser la meta última a cuyo logro se encamine la prudente y justa actuación del gobernante. En todo caso, Suárez se anticipa proféticamente al pensamiento de su época. Con intuición genial descubre en la superación de la fuerza por el derecho la garantía de la libertad humana y el imperio perdurable de la justicia. Y así, entre el empirismo relativista y caduco de sus predecesores y la estéril idealidad de la abstracción pura, que había de encontrar más tarde en el kantismo en culminación, Suárez ofrece al mundo soluciones de impecable factura dogmática que marcan una justa línea divisoria entre aquellos dos extremismos ideológicos que polarizaron a través de los siglos la trayectoria del pensamiento filosófico universal.

Su proyección hacia el futuro.

Y así, Suárez es —en el curso de la Historia— la figura solemne en la que se entrecruzan dos épocas. De una parte, el mundo antiguo, la sabiduría medieval, que el Doctor Eximio recogió con espíritu enciclopédico, sólo comparable al de San Isidoro. Y, de otra, la incógnita del mundo moderno, sobre la que se proyecta maravillosamente la lucidez intuitiva del jesuíta granadino para descubrir horizontes insospechados, que dieron a su obra ingente la fuerza propia de los mejores atisbos del futuro.

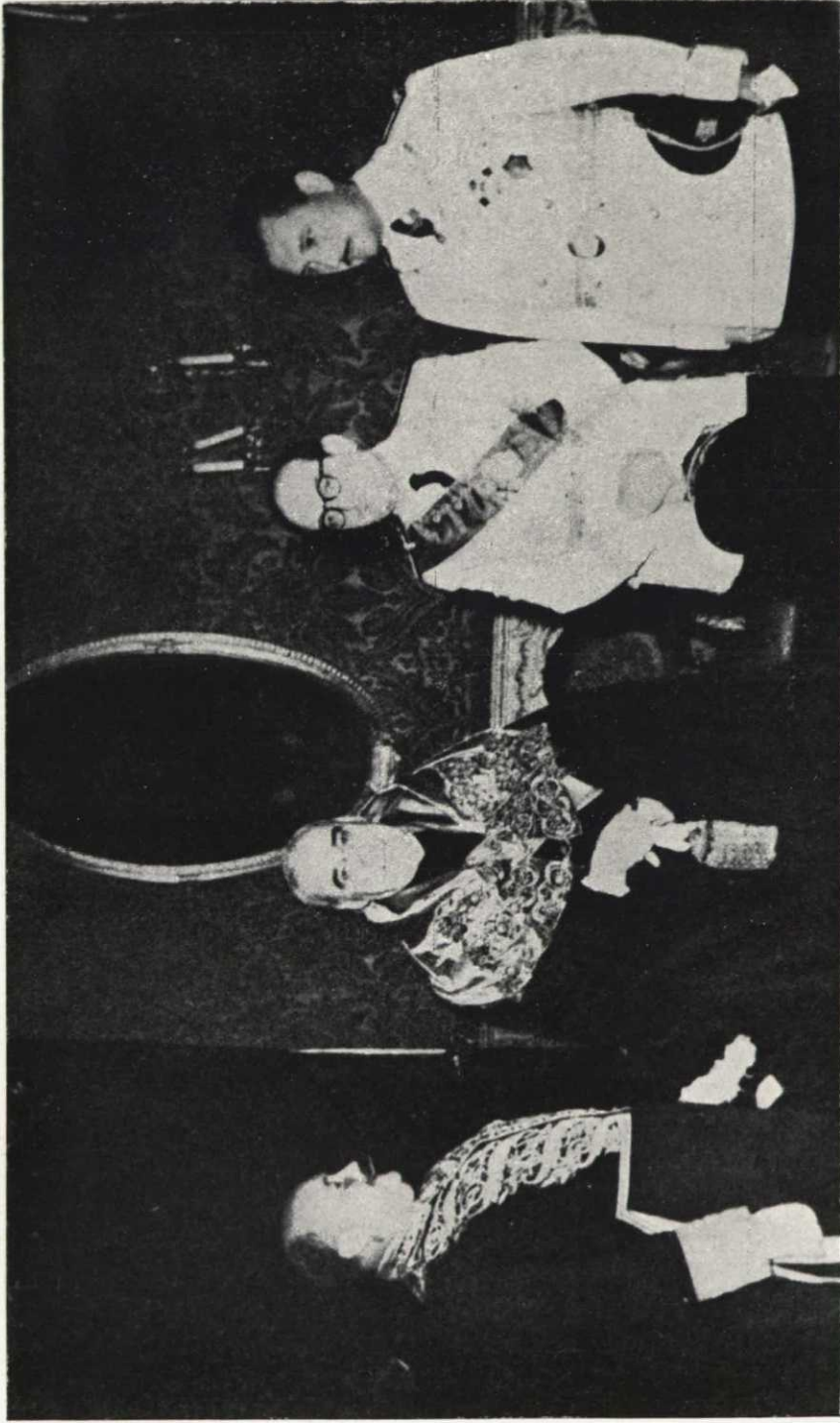
Suárez vive en la vertiente de dos grandes ciclos históricos. Dijérase que, por designio providencial, está llamado a recoger la cultura filosófica del pasado, para proyectarla con vigor nuevo, con ímpetu sobrehumano, con inspiración

genial, hacia la oscura tiniebla, ignorada y desconcertante del porvenir.

En esta actitud del Eximio, dentro de la evolución del pensamiento, se descubre ese último símbolo que justifica la potencialidad actuante y dinámica del humano existir. Su insobornable vinculación al pasado y su mirada hacia el futuro descubren esa dualidad humana, tan característica, de la atadura y de la ingravidez. Es como si un vínculo de siglos atase nuestra alma hacia el pasado. Y, por otra parte, como si un afán de superación nos levantase sobre el viejo paisaje de las cosas eternamente conocidas, para que el alma se remonte hacia las cumbres inesperadas del pensamiento. Con razón ha podido decir un ilustre profesor español (1) que el gran intento de Suárez consistió en dar al hombre la agudeza metafísica necesaria para contemplar otra vez el mundo con hondura y seguridad, sin perder su detalle ni olvidar su esencia, sin negar su perfil ni quebrar su arquitectura.

El mundo medieval trataba, no de descubrir el problema del individuo, sino el de la esencia. La existencia vital era postergada ante la incógnita de la eternidad. La razón humana trascendía hacia los conceptos que habían de dar pautas fijas generales por las que había de regirse la múltiple y ordenada mecánica del universo. Un salto de aquella abstracción generalizadora al mundo concreto, tangible y racional del hombre, se realiza en el pensamiento filosófico universal, para pasar de la antigua concepción medievalista a los linderos del nacionalismo moderno. En medio de todo, lo cierto es que el hombre aparece ya como personaje decisivo de la Historia. Entre una y otra forma de pensamiento, Suá-

(1) GÓMEZ ARBOLEYA: «Suárez y el mundo moderno». En *Rev. Nacl. de Edc.* Números 26-27, año 1943, págs. 168 y siguientes.



El Ministro de Educación Nacional de España, D. José Ibáñez Martín, con el Ministro de Asuntos Exteriores de Portugal, doctor Caeiro Da Mata; el Embajador de España en Lisboa, D. Nicolás Franco, y el Director General de Propaganda español, don Pedro Rocamora, en la Rectoría de la Universidad de Coimbra, en el acto de la clausura del IV Centenario del Padre Suárez



rez representa la luz de la filosofía cristiana alumbrando los derroteros inseguros del porvenir.

La gran polémica de nuestro tiempo parece temblar en las páginas inmortales de las «Disputationes» (1). Ante la realidad concreta, tangible, de seres que levantan ante nosotros la singularidad de su fisonomía, el estilo de su inconfundible personalidad, el vigor de sus almas distintas, solitarias y únicas, ¿cabe aceptar su disolución, su anegamiento en el anónimo mundo del género o de la especie? Se plantea aquí la incógnita de la unidad del ser, como si este sólo pudiese explicarse, como lo hiciera el pensamiento antiguo, como una simple multiplicación de la esencia genérica.

La individualidad del hombre, eje de la filosofía contemporánea, flota ya, como esencial motivo filosófico, en la admirable sinfonía de las «Disputationes», a las que imprime una desconcertante y asombrosa modernidad «Cum creaturae sint imperfectae ideoque vel dependentes, vel compositae, vel limitatae, vel mutabilis secundum varios status, presentiae, unionis aut terminationis, indigent, his modis, quibus haec omnia in ipsis compleantur». Es decir, las criaturas son imperfectas, y, por tanto, dependientes, o compuestas, o limitadas, o cambiantes; según los distintos estados de presencia, de unión o de acabamiento; he aquí que han necesidad de modos que completen todo esto en ellas mismas. Surge así un prodigioso equilibrio que, atando las antiguas fórmulas filosóficas con los nuevos principios, enlaza esencia con existencia, generalidad con individualidad, en una sutil gradación de valores, que culminan en la idea suprema y jerarquizadora de Dios.

El pensamiento del Eximio parece explayarse por los do-

(1) «Disputationes Met.», XXX, págs. 6 y siguientes.

minios de una entrevista filosofía que sólo al cabo de tres siglos habría de adquirir rango de vigencia operante y su-gestión de actualidad.

El suarismo político.

En esta línea de prodigiosas anticipaciones, Suárez pro-clama principios de índole política que hoy, para nosotros, tienen aún prestancia de novedad casi contemporánea. Son doctrinas antiguas que todavía parecen nuevas al cabo de tres siglos. Se trata, en último término, de puntualizar la justi-ficación última del poder político. Y entonces, como ahora, el tema encierra una fuerza palpitante, a cuya atracción es difícil hurtar la curiosidad de la mirada o la tentadora in-clinación del pensamiento.

Para mí, como Ministro del Gobierno español, rehuir una alusión a este capítulo hubiera equivalido a tolerar un fraude de mi propia vocación o a desertar de lo que me dic-taba mi temperamento. Porque durante los últimos años —concretamente, desde el 18 de julio de 1936, fecha inicial de la Revolución española— se han producido en mi Patria acontecimientos históricos de significado y esencia política a los que Suárez, desde el rigor escolástico de su «Defensio Fidei», parecía estar dando —página a página— explicación y fundamento.

La obra de Suárez equivale, efectivamente, a la procla-mación formal de las directrices esenciales en que se ha ins-pirado la filosofía política española en los momentos mejo-res de su historia. Cuando España no ha traicionado el man-dato de su tradición, mientras ha permanecido fiel a la mi-sión universal que le dictaba su historia, la doctrina del filó-

sofo granadino encontraba en la realidad española su mejor expresión tangible, humanizada y vital.

En política España tenía un pensamiento: el que Suárez definiera en las páginas de la «Defensio Fidei». En el acontecer secular del tiempo y de la historia, España ha tenido también una práctica política. Pero me importa subrayar que cuando ésta no se ha acomodado a las inspiraciones ideológicas de nuestro espíritu tradicional, España ha defraudado su destino, torciendo el curso glorioso de su historia hacia derroteros de mediocridad, de languidez y de decadencia.

Puede afirmarse esto aquí, porque análoga es la suerte corrida por Portugal en ese mismo sentido. La Revolución portuguesa que acaudilla el profesor Salazar simboliza ese espíritu de vinculación histórica de Portugal a la órbita de lo trascendente. Hoy nuestros dos pueblos han conseguido que el soñado reencuentro con su destino permanente y universal se realice prácticamente. Una doctrina de siglos, para Portugal y para España, ha permitido que sus movimientos políticos contemporáneos representen, a la vez que un signo revolucionario y pujante de modernidad, un espíritu profundo, constituido por el sedimento de aquellas doctrinas políticas que nuestra Península alumbró hace varios siglos para ejemplo y asombro del mundo. Sólo los pueblos que han sabido dar a los demás inspiración y pauta son los que pueden apoyarse sobre su propio pasado espiritual para cimentar en él la noble arquitectura de una revolución constructiva.

El problema del origen del Poder, que encuentra en Suárez su proclamación más impecable, ha sido comprendido intuitivamente mejor que nadie por Portugal y por España

en la manera de realizar sus respectivos movimientos políticos. Concretamente, en mi país la Historia ha confirmado la necesidad de discriminación entre dos modos distintos —auténtico el uno, falso el otro— de entender el pensamiento suareciano. Suárez sostenía que existe un sujeto primero de la potestad política, que es la misma sociedad recién nacida, y que ese sujeto transfiere aquella potestad al príncipe u organismo rector, y concreta la forma y condiciones de su ejercicio. Frente a esta tesis se alza el error de los neoescolásticos, para quienes el sujeto suareciano de la autoridad es una pura multitud, sin vínculo moral, y, por lo mismo, inepto para recibirla (1).

Pero lo cierto es que Suárez habla de una entidad moral verdadera, de una multitud de individuos que pretenden un fin común y que saben lo que se proponen. Se trata de una colectividad constituída por una razón superior de convivencia con miras a una empresa común.

España, señores, sabe distinguir, aunque el aprenderlo le haya costado el sacrificio de su propia sangre, la verdad que late en la entraña del pensamiento suareciano y la desfiguración con que se ha pretendido turbiamente interpretarlo. Una pura multitud, sin vínculo moral que justifique su posible actividad política, la ha conocido —por desgracia para nuestra historia— el dolor de España. El 18 de julio significó en nuestra Patria el movimiento unánime de una sociedad responsable de su misión, consciente de su destino, movilizada históricamente dentro del más riguroso orden moral, frente a una suma anárquica de individuos, que, violadores de las normas más elementales del estricto derecho natural, tenían como finalidad de su conducta el delito o el crimen,

(1) Véase MEYER: «*Instit Juris Naturalis*», III, nn. 396-398.

amparado en la impunidad de una fuerza tiránica, para la que no existía acatamiento a la Ley ni respeto a la Justicia.

He aquí, señores, dos formas de agrupación social: justa y ordenada la una, inmoral e imperfecta la otra, que ofrecieron en la realidad histórica de España el contraste entre una rigurosa legitimidad de poder, representada por nuestro Movimiento Nacional, y la ilegítima usurpación de la fuerza política, consumada por las turbas de la delincuencia y del crimen, contra las que el caudillaje legítimo de Franco tuvo que dar batalla sin cuartel.

No, no podía ser aquella masa amorfa de marxistas enloquecidos el solemne «Corpus mysticum», de que hablaba Suárez. El primitivo sujeto suareciano de la potestad civil —como ha dicho un ilustre jesuita contemporáneo — (1) es capaz de transferir esa potestad precisamente porque no se trata de una multitud informe y sin sentido, sino de una entidad social que por el orden y justificación de su nacimiento es justamente depositaria de esa nobilísima potestad.

La legitimidad constituyente.

Para Suárez la colectividad social capaz de transferir esa potestad de mando que Dios la comunica constituye un verdadero ser moral. Como, efectivamente, ocurrió con aquella compacta unión de patriotas que constituyeron en torno al Caudillo de España una sociedad, como la que Suárez definía, no definitivamente estructurada, pero sí verdadera y real, con conciencia y responsabilidad propias para determinar cómo

(1) EUSTAQUIO GUERRERO, S. J.: «Precisiones del pensamiento de Suárez», en «Francisco Suárez». Edic. de *Razón y Fe*, págs. 443 y siguientes. Madrid, 1948.

quería regirse y designar unánimemente el arquetipo humano por el que experimentaba necesidad de sentirse regido.

España el 18 de julio instauró una forma política no incluída exactamente dentro de las fórmulas clásicas de la concepción tripartita aristotélica. Inicióse junto al movimiento total de nuestra Guerra de Liberación, al que su íntimo carácter religioso dió significado histórico de Cruzada, una forma unipersonal de mando o caudillaje, que encontraba en el plebiscito de aquel espíritu de Cruzada, unánimemente compartido, la más pura justificación de su legitimidad. Es evidente, señores, como explica Billot (1), que la sociedad civil, antes de precisar sus formas permanentes, posee potestad política constituyente; esto es: potestad para estructurarse y para designar quién ha de gobernarla e investir a la figura del gobernante de aquellos atributos de autoridad que en mayor o en menor volumen la convinieren.

España, al iniciar el movimiento político de su ordenada y constructiva revolución, no tenía, por eso, que definir la forma exterior de su proceso político conforme a los viejos cánones aristotélicos, irremediabilmente inexpresivos y menguados ante el ímpetu arrollador de aquel período constituyente.

Por otra parte, el pensamiento de Suárez, no sólo da dimensión sobrenatural a esta capacidad política de la sociedad, convertida en cuerpo místico, sino que a la vez dignifica y eleva la misión del gobernante, quien, en la tesis suareciana, administra el Poder, no en nombre de la sociedad civil, de la que él mismo procede, sino en el nombre sagrado de Dios.

Señores, no es producto de una intrascendente conse-

(1) De *Ecclesia*, págs. 517-518.

cuencia el hecho de que constitucionalmente el Caudillo de España responde de su mandato providencial ante Dios y ante la Historia. Porque Dios es para esta España suareciana de hoy la causa suprema de nuestra mejor legitimidad política y el Soberano Señor ante quien, no sólo como hombres, sino como gobernantes, habremos de responder un día de la honestidad y de la moderación de nuestro Gobierno.

* * *

Este es el estilo antiguo y el estilo moderno de concebir en España la misión política. El Centenario de Suárez ha servido para despertar en nuestro espíritu viejas ideas, adormecidas en el monótono transcurso de las horas. Esta conmemoración jubilar de hoy levanta en nuestro corazón un nuevo himno de paz y de justicia. El piadoso Suárez ha unido en abrazo apretado de hermandad la emoción intelectual de nuestros dos países en estas evocaciones centenarias. Y dijérase que con sus manos santas de varón doctísimo ha querido, con ocasión del IV Centenario de su nacimiento, recoger trémulamente los dos espíritus de Portugal y de España para alzarlos y para ofrecerlos, en homenaje de mística caridad, frente al rostro iluminado y complacido de Dios (1).

(1) Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, en la clausura del IV Centenario del Padre Suárez, en la ciudad de Coimbra.

ALGUNAS COSAS DE AMÉRICA ⁽¹⁾

P O R V I C T O R H A E D O

S EÑOR Presidente del Ateneo, compatriotas. Digo compatriotas en la integral acepción del vocablo, porque españoles y sudamericanos seremos una fuerza seria y eficiente el día que de verdad, íntegramente, nos sintamos y procedamos como compatriotas. (*Grandes aplausos.*)

Debo decir primero unas palabras de gratitud para el Sr. Presidente del Ateneo, que tuvo la deferencia de invitarme a esta exposición de «algunas cosas de América», y, naturalmente, debo decir las más cordiales y más llenas de gratitud para mi grande y querido amigo el doctor Gregorio Marañón. El ha recordado, con la sencilla grandeza del hombre que tiene memoria, que alguna vez, en horas difíciles, le recibimos en el Uruguay. El sabe que lo hicimos con placer y con emoción, por Marañón y por español. (*Grandes aplausos.*) Yo le rindo la expresión de mi afecto. Estoy seguro de que pocas palabras tienen en el ámbito sudamericano mayor autoridad moral que las de Gregorio Marañón. (*Grandes aplausos.*)

Y ahora, rápidamente, al asunto. Procuraré, dentro de los límites de la discreción, expresar mi pensamiento con libertad y con in-

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid por D. Eduardo Víctor Haedo el día 8 de mayo de 1948.

dependencia. Creo que ese es el mejor homenaje que se le puede hacer hoy a España: venir a esta tribuna a hablar con libertad y con independencia. (*Grandes aplausos.*)

No sería justo, traicionaría mis más íntimos sentimientos, si al hacerlo no empezara reiterando mi fidelidad a la España inmortal y envolviendo en la máxima ternura mi recuerdo para la vieja y para la nueva España; si no rindiera mi homenaje a los muertos que dieron su vida por ella y a los vivos que ahora la custodian para salvar indemne el patrimonio de la Raza y de la España católica, fuente de las mayores grandezas espirituales (*Grandes aplausos*) y de los más bizarros heroísmos.

El problema del hispanoamericanismo, tan traído y llevado, no tuvo situación clara y vigente sino cuando se produjo vuestra guerra nacional. Hasta ese período dramático iban pocos hombres de España a Sudamérica, y muchos menos venían de Sudamérica a España. Seducían más la sugestión de lo francés, la claridad gloriosa de Italia y aun la extraordinaria dignidad del pueblo anglosajón. Estaba un poco de moda para los españoles considerar al Continente americano, en la parte estrictamente hispana, como colonia entregada a otros patronos, o como «sitio de nadie», en el que muy poco se podía hacer. Por su parte, los americanos veían a España desangrada en luchas intestinas—desangrándose para re-encontrarse—, dejando, no por falta de capacidad de sus escritores, de sus hombres de ciencia, de sus propios políticos, que otras naciones de lenguaje, de actitud y de gesto más accesible y conforme al materialismo que dominaba Europa, fueran manteniendo, al amparo de aquellas tres mágicas palabras, Libertad, Igualdad y Fraternidad, una especie de dominación. De las tres palabras, digámoslo con crudeza, el mayor esfuerzo para exaltar el sentido de la primera y las mayores hipocresías para retrasar la realidad de las dos segundas; es decir, fácil invocación de la libertad, pero dificultades insuperables para la igualdad y una sonrisa escéptica, cuando no falsa, para la fraternidad.

En este clima sobreviene vuestro drama. Como en toda cosa hispánica, los españoles del otro lado, los sudamericanos, necesaria-

mente tomamos partido. Era tan intenso, tan profundo y trascendental lo que se jugaba, estaba todo dominado por una fuerza tal de sugestión romántica y violenta y aun de cosa bárbara—de lo cual no hay que arrepentirse, porque en esta «barbarie» máscula es en la que se templan los caracteres y se definen las pasiones—, que todos nos sentimos entonces militantes en la gran contienda. Intereses foráneos, fuerzas totalmente ajenas al problema, rápidamente fueron gravitando en la conciencia y, sobre todo, en la opinión ingenua del pueblo; en esa opinión que se forma a base de impresiones con entera y fácil rapidez. Pero al mismo tiempo que la confusión, y aun la propia difamación, calaban en las capas superficiales, que, por lo regular, giran alrededor de intereses bastardos y de política dirigida, quedábamos en las tierras sudamericanas grupos de fieles, que lo éramos por intuición, puesto que ni siquiera sabíamos quién tenía razón. Lo supimos después, sobre todo aquellos a quienes nos interesaba que la España inmortal, tradicional, católica, vigorosa creadora de razas y de estirpes, no pereciera en la disolución, en la irreligión y en el materialismo.

Cualquiera cosa antes de que España sucumbiese. Esa fué nuestra actitud. Así lo confesamos entonces sin reservas. Y al recordarlo ahora entre vosotros creemos llegado el caso de preguntar: ¿Estamos dispuestos a entendernos los hispanoamericanos con España? ¿No es el juego sempiterno de las carabelas que van y vienen, de la cosa retórica, lo que mantiene como en entelequia el hispanoamericanismo, sin dejarlo adquirir expresiones concretas? España, ¿de verdad quiere entenderse con nosotros los hispanoamericanos? Porque, sabedlo, señores, ésta no es hora de discursos, ni de largas y fatigantes esperas; esta que vivimos es hora de urgencia, de resolver pronto y resolver bien; porque los sucesos que han de sobrevenir, inminentes o aplazados, no van a respetar a nadie ni a nada: ni ideas, ni conceptos, ni religión, ni sistemas económicos. Absolutamente a nadie. E iluso el egoísta que crea que con «bailar en la cuerda floja», unas veces con unos y otras con otros, habrá de poder enfrentarse con el drama tremendo que se avecina. (*Grandes aplausos.*)

Los hechos, más fuertes aún que las ideas y que los propios sistemas, cualquier día de estos nos van a obligar a tomar decisión. Lo que corresponde, pues, es prepararnos para tomarla, no bajo la presión de la prepotencia o de la consigna extraña, sino como producto de la convicción, de la legitimidad de nuestras propias devociones y la razón de nuestro interés.

Yo no sé si España, preocupada por arduos problemas, tiene realmente disposición de ánimo y similar concepto del nuestro para establecer el necesario diálogo. Una larga vivencia, y quizá una especie de fatalismo histórico, le han conducido a pensar durante más de un siglo que su línea y su papel estaban aún en el Continente europeo. Yo no sé si los sudamericanos estamos en disposición real y efectiva de entendernos con España, porque más de un siglo de intervenciones foráneas fueron aflojando los viejos vínculos tradicionales y porque la seducción de políticas, sistemas, conductas y literaturas extrañas, alimentadas con una diabólica propaganda, han contribuído muchas veces a desnaturalizar la razón esencial del ser y aun la propia fisonomía de los nativos de cada uno de los países hispanoamericanos.

Aún no existe seguridad de que España esté convencida de que con el resto de los países europeos, con los que debe mantener internacionalmente una efectiva comunidad de intereses, muy poco que hacer tiene en el campo de lo espiritual, de lo cultural y aun en el propio campo de lo político. Puede ser que ya lo advierta. La tarea de los hombres que están en nuestra línea es hacer la milicia para convencerla de que la gran empresa de España—que, como todas las grandes empresas, no es ni podrá ser nunca de tipo material—está, en primer término, en el Continente americano, donde 120 millones de hombres hablan su idioma, piensan en español, y hasta cuando reniegan y contradicen lo hacen en español y con actitud española.

Si estuviéramos en disposición de entendernos, llegado parece el momento de que empecemos a concretar qué es el hispanoamericanismo, qué papel le toca desempeñar en la hora actual y en la historia del mundo, que nos pertenece por presencia humana.

¿Qué es el hispanoamericanismo? Para *ser* y no *parecer*, tiene que responder a un sistema articulado. No puede poseer destino restringido, ni aferrarse a limitaciones incompatibles con la realidad que vivimos. En tal concepto, se equivocarán los que crean que el hispanoamericanismo es exclusivamente intercambio cultural, como también se equivocarán los que crean que es un fácil, expeditivo y frío intercambio de moneda o un vulgar trueque de productos. No. No valdría la pena, señoras y señores, desafiar la calumnia, exponer la propia vida con profunda fe, por un sistema, si él estuviera limitado a discursos más o menos brillantes o a un transporte subalterno de mercaderías. Estamos empeñados en una empresa mayor. Por eso el sistema tiene que ser una definición del alma, una definición de los intereses y una definición de la conducta. Esto es: *una definición espiritual y religiosa, una definición económica y social y una definición política*. Y no de tiempo a manera pasatista ni futurista, sino de política presentista, porque tenemos que trabajar con las masas, con sus virtudes y sus defectos. Desgraciado de aquel que crea que la resolución de los grandes problemas puede venir exclusivamente del silencio de las academias, olvidando que la justicia social sólo podrá alcanzarse mediante una interpretación honrada y leal de los supremos intereses populares, aprendiendo a defender al pueblo, a no adularlo y a interpretarlo con sentido humano y espíritu de renovación y de progreso. (*Grandes aplausos.*)

Definición del alma.—Es decir, definición de lo religioso. Se engañan los que creen que la religión tiene en Sudamérica el mismo arraigo, el mismo tono y la misma fuerza que, por razones que no es del caso examinar, tiene en España y en otros países de Europa. No nos enfraquemos, como dice Ortega, en luchas retrospectivistas. Lo cierto es que religión (mucho religión en España o religión, menos religión en Sudamérica), lo importante es religión, línea de catolicidad, fe y abnegación para enseñar a nuestros pueblos que al morir no nos pudrimos en el cementerio, sino que hay sobrevida del espíritu, superior a los designios terrenales. (*Grandes aplausos.*)

Definición de los intereses.—Es evidente que lo económico jue-

ga un papel fundamental en la dinámica de la vida moderna. No magnifiquemos ni pretendamos desconocer esa realidad. Con pueblos muertos de hambre o sangrantes o con sed de justicia, no construiremos destino capaz de gravitar trascendentalmente en el medio universal. Creo, pues, que tenemos que defender, fundamentalmente, a los pueblos, y por eso pienso que ha llegado el momento en que de la misma manera que condenamos el comunismo irresponsable e irracional, que convierte a los hombres en máquinas serviles del Estado, también debemos condenar al capitalismo inhumano e hipócrita que, utilizando las formas democráticas con que soñamos los hombres sencillos del criollismo americano, abusa de nuestros pueblos para mantenerlos divididos bajo aparentes fórmulas de unidad. (*Grandes aplausos.*)

En la vastedad de la zona americana, poblada por más de ciento veinte millones de hombres blancos, que hablan español, y por gran cantidad de millones de indígenas, que son también manifestación vigorosa de patria, de fuerza telúrica que hay necesidad de poner en vigencia, Dios ha colocado las más fecundas y diversas fuentes de riqueza del mundo. Un examen muy rápido puede demostrar que no hay ninguno de los productos indispensables para la vida, y aun para la guerra, que no se encuentren en el Continente americano. Hay recursos de sobra, considerados aisladamente, para mantener, no ya en situación de estrechez, sino de honrada holgura, a todos los habitantes del Continente, y aún nos quedarían saldos para entrar en el comercio internacional o para la ayuda que, como cristianos y como hombres, estamos obligados a prestar a los pueblos que padecen y sufren dificultades.

Sin embargo, vivimos en plenas restricciones. Hemos logrado la independencia política, pero no hemos logrado la independencia económica. Tenemos derecho a hablar en el Parlamento, tenemos derecho a levantar nuestras voces en la Prensa y aun en los mítines; pero la verdad es que nos quedamos vociferando en lo alto de la cuchilla, porque los trust, los monopolios y los cárteles extranjerizantes disponen, por medios abominables, de la producción, del

sudor, del esfuerzo, del trabajo, de las lágrimas y de la sangre de nuestros propios nativos.

Los que tienen la responsabilidad de este movimiento hispanoamericano no pueden olvidar que debemos darle un contenido económico. Aceptemos los entendimientos regionales cuando no sean posibles los grandes entendimientos continentales. Es necesario que no sufran nuestros pueblos porque fuerzas foráneas no se entiendan entre ellas. Es necesario formar en las multitudes el concepto de que lo que produce cada uno de nuestros países debe bastar para satisfacer las necesidades de los nativos y además para el trueque amplio y generosa, para que no haya pueblo alguno en la miseria; porque mientras no hagamos una comunidad de una amplitud compatible con la realidad, habremos fracasado. Tenemos que hacer una comunidad hispana con este sentido: primero, nosotros y los nuestros, sin odio ni agresión para nadie, tratando con todos de igual a igual y no de poderosos a súbditos. (*Grandes aplausos.*)

Definición política.—Conviene que vosotros, los españoles, no os equivoquéis. Los pueblos sudamericanos hemos pasado más de un siglo despedazándonos por constitucionalismos. Hemos vivido el mito de la Constitución y el mito de la Ley, y al amparo de la Constitución y de la Ley se han entronizado, unas veces, tiranías sangrientas, y otras, dictaduras de larga vida. Todavía es tarea a cumplir dar a nuestros Estados sentido democrático, en la noble y cabal acepción del vocablo, que necesitan y reclaman nuestros pueblos. Pero conviene que lo sepáis. En medio de toda esa vorágine de altanerías singulares, motines, pronunciamientos y sublevaciones hay una cosa que nadie podrá hacer desaparecer de la conciencia de los americanos y es la creencia de que se necesita opinión popular para gobernar, que en las fuentes vitales de esa opinión debe hallarse la partida de bautismo que invista con autoridad y santifique las funciones de los que aspiran a ser dirigentes, y que nada podrá hacerse sin respetar las libertades esenciales de los hombres, compatibles con el orden social estable. Esto es: que no queremos ser ni instrumentos de la economía dirigida, de la fuerza dirigida, ni queremos ser instrumentos de la anarquía disolvente.

Ese equilibrio hemos de encontrarlo en el justo medio, procurando un sistema político regido por las fuerzas actuantes y vigentes, la preocupación social dominante para determinar la justicia; procurando, en lo posible, colocar a todos nuestros hombres en un mismo punto de partida, sin imponerles jamás el mismo punto de llegada; dejándolos librados exclusivamente a su voluntad, su inteligencia y al designio de Dios. Necesitamos, pues, darle al aspecto económico un elevado contenido político y social; y, en ese sentido, no olvidéis, españoles, que vosotros, como nosotros, tenemos la profunda responsabilidad de que, frente a los excesos de la democracia liberal llevada a sus extremos, que se apaga como una vela, como frente a la amenaza totalitaria, cruel, arreligiosa y materialista que pretende dominar al mundo, no nos podemos cruzar de brazos ni coquetear con unos y con otros, sino que es necesario que realicemos un empuje creador en pro de un sistema que tenga lo bueno de uno y de otro y que consagre las libertades del hombre con un concepto de bienestar social, sentido religioso de la vida, principio de la autoridad y del orden. (*Grandes aplausos.*)

Si llegamos a concretar ese sistema, que es necesario, que es indispensable, será posible crear entonces una comunidad hispano-americana.

Los límites de nuestros territorios entregados están, unos, a Tribunales internaciones, y otros, resueltos definitivamente. Pero lo cierto es que a nadie se le ocurriría, en Sudamérica, admitir una revisión de sus fronteras sancionadas por la Historia y por el Derecho. De ahí, pues, que no hay incompatibilidad entre ser uruguayo y ser español, porque tenemos la seguridad de que ni aun al más extravagante de los españoles se le podría ocurrir restaurar una dominación reabriendo un proceso superado por nuestra madurez política y por el fallo indiscutible de la Historia. Eso no quiere decir que no tengamos, españoles y uruguayos y españoles y suramericanos, formas mucho más trascendentales que las formas contingentes, variables, que siguen a menudo los impulsos de la moda. Tenemos medios y procedimientos para entendernos.

Tenemos todo. Tenemos el pasado común, tenemos el presente común y tenemos los mismos peligros comunes. Si los sucesos que sobrevienen, como muchos de los que ya están desencadenados, nos toman divididos, seremos vencidos; pero si nos toman unidos y fuertes, puede ser que perezcamos, pero, como en la frase conocida, «sabremos morir con honra y no vivir con vilipendio».

De ahí, pues, la necesidad urgente de que los hombres de pensamiento, en las Universidades, en los centros científicos y en los centros políticos, lleguen a concretar de una vez una adhesión a un sistema hispanoamericano, sin amos y sin vasallos, sin prepotencias y sin sumisiones, que nos permita gravitar y ser, como lo somos, la fuerza más coherente, más inteligente y más capaz, llamada a establecer el equilibrio sobre los dos extremos trágicos a que estamos abocados: o el comunismo en marcha o el capitalismo en armas.

¿Cuál sería entonces, concretamente, el papel que correspondería desempeñar al hispanoamericanismo tal cual yo lo concibo?

Tendría un papel importante en América, un papel importante en Europa y un papel decisivo en el destino universal. En América, realizando la unión de los hispanoamericanos; unión que no existe, no nos engañemos. Todavía los uruguayos sabemos muy poco de los colombianos o de los nicaragüenses; los mejicanos suelen saber poco de los argentinos o de los peruanos o de los colombianos. Todavía no hemos tenido la suficiente fuerza para vencer los intereses foráneos, que cifran su poder y su prestigio en mantenernos permanentemente divididos, unas veces por las presiones económicas, otras por la presión de la propaganda y otras utilizando a muchos «vendepatrias», que existen también en todas las nuestras, y que prefieren Altos Comisarios para sus tierras nativas en vez de tener la abnegación y el coraje de ganar cada día la libertad y la independencia.

¿Cuál es el papel de España en América? Se comete un error cuando se ha dicho que es incompatible Estados Unidos con el Hispanoamericanismo. Profundo error. Yo creo que se equivoca el estadista que cifre todo su éxito en ser «contrista», en ser «anti»,

anti esto, anti aquello. No. La función del hombre de Estado es ser «pro». Es mucho más eficaz la acción en sentido afirmativo que en sentido negativo. No debemos tener aversión sistemática al pueblo estadounidense. Admirable pueblo por su progreso y por su organización humana. Si le tuviéramos aversión sería signo de debilidad. Temeríamos que nos llegaran a dominar espiritualmente, luego de superarnos económicamente. Y no es así. Por eso yo estoy orgulloso de ser español, de raza hispánica, de que me sea permitido expresar —seguro de cuanto digo— que se equivocan de medio a medio los que crean que fuerzas extrañas a nuestras tradiciones, a nuestros principios y a nuestra conformación religiosa y espiritual, podrán dominarnos en Sudamérica. Podrán alcanzar una hegemonía comercial, un imperio económico; podrán comprar prensa y subvencionar radios; podrán establecer estancos políticos y dominar transitoriamente; pero bastará calar en la profundidad del pueblo para darse cuenta de que seguirá intacto el viejo y primitivo sentido hispánico de la tradición, del amor por la soberanía, la independencia, la religión y la Patria. (*Grandes aplausos.*)

Yo creo —y después de este viaje por Europa voy a ir a Estados Unidos— que hay que conversar con ellos. Hay que convencerlos de que sólo en leal y respetuosa convivencia defenderemos eficazmente la civilización occidental.

Ellos aspiran a tener aparentemente unida a América por medio del panamericanismo; pero, aisladamente, tarde o temprano, nos tendrán de enemigos: hoy, a unos y, llegado el instante, quizá a todos. No es posible el diálogo de mala fe, y yo creo que ha llegado para todos la hora de ensayar la buena fe, ya que tanto se ha ejercitado la mala. En América debemos procurar un entendimiento con los Estados Unidos, pero un entendimiento sin sometimientos ni prepotencias. Tenemos capacidad económica, tenemos idioma, tenemos capital espiritual, tenemos cultura propia, tenemos juventud e intrepidez que nos viene del fondo del pasado común. Los Estados Unidos no pueden despreciar esas fuerzas vitales, y los suramericanos no podemos desconocer la inmensa fuerza material y moral de los Estados Unidos. Cuando tenemos al enemigo

a la puerta, en vez de esterilizarnos en la confusión del diálogo bizantino, de la lucha incesante, los Estados Unidos y los pueblos hispanoamericanos debemos y tenemos que entendernos mediante el empleo de un lenguaje más leal; pero para que ello ocurra es necesario también que los Estados Unidos se den cuenta de que los pueblos hispanoamericanos realizarán una comunidad el día en que él los respete y el día en que a España se la trate como merece y como corresponde a su tradición y a su historia. (*Grandes aplausos.*)

He esbozado cuál podría ser la proyección del hispanoamericanismo en Europa. Yo creo que se avecina un pleito total de sistemas políticos, económicos, religiosos, culturales y espirituales. Ante esa perspectiva insisto en el ideal de la conjunción de todas las fuerzas que tengan un signo común. Pero en la conjunción efectiva y real. España sería mucho más oída si detrás suyo tuviera no sólo la firma, sino también el respaldo material y moral de 120 millones de hispanoamericanos con la voluntad de batirse por ella en todos los terrenos. Y creo, en verdad, que en estos instantes no hay ningún país en el mundo que tenga en Ultramar, como España tiene en América, una voluntad más espontánea, reflexiva y hasta romántica, si se quiere, de fidelidad y de devoción. Cuanto más separados estemos geográficamente, cuanto más orgullosos estemos los uruguayos de ser uruguayos, los argentinos de ser argentinos, los mejicanos de ser mejicanos, los colombianos de ser colombianos, y los hermanos de Centroamérica, en fin, cada uno orgulloso de su propio país; cuanto más seguros y más dispuestos estemos a dar nuestra vida por defender la inviolabilidad de nuestros territorios, más seguros estaremos de mantener una comunidad con la España tradicional, grande y eterna. Porque estamos seguros, también, de que, no sólo por devoción, sino por intereses, seremos más eficaces y pesaremos mucho más en la voluntad, aun de los políticos más escépticos y más materialistas, si en vez de estar desunidos nos encontrásemos todos juntos apareciendo ante los tiempos nuevos con el número suficiente de cosas

viejas con que hay que comparecer para sobrevivir y perdurar.
(*Grandes aplausos.*)

Y luego, en el Mundo, no aspiramos a ser mejores que los demás. Lo he dicho en la prensa. No somos ni resentidos ni arrogantes. Nosotros lo que queremos es que a la comunidad hispanoamericana se la oiga. Lo que queremos es deshacer de una vez el monólogo. El gran error de Alemania fué hacer de toda su empresa un trágico monólogo. El gran error del fascismo fué convertir el monólogo en un medio y un procedimiento para hacerse oír. El gran error de Rusia es, actualmente, no ser más que una gran monologuista que, por la razón o por la fuerza, a nadie oye y atropella a quien no cae en su órbita.

Estados Unidos debe evitar caer en el mismo error. Que oiga, que dialogue con quien tiene que dialogar. Los Estados Unidos no pueden tener mejor interlocutor que la comunidad hispanoamericana si quieren ser moralmente respaldados y pesar en los destinos universales. (*Grandes aplausos.*)

De ahí la profunda significación que tiene esta cruzada hispanoamericana: gravitación en América, gravitación en Europa, gravitación en el destino universal. Digamos a nuestros pueblos que no queremos que se nos lleve a una nueva matanza; que queremos saber, que nuestros pueblos quieren saber, adónde se nos va a llevar. No admitimos que por acuerdos de antesalas o por pactos elaborados en conferencias, bajo la psicosis del miedo o la presión de intereses foráneos o de necesidades económicas, un grupo de gobernantes conduzca inmensas multitudes a una nueva hecatombe. No pensamos así porque tengamos miedo a la muerte, sino porque creemos que nuestro deber es vivir y porque deseamos que nuestros pueblos vivan. Por eso queremos establecer una noble y leal adhesión, un verdadero entendimiento, para que si en la hora de la prueba que se avecina los hechos nos obligan a estar juntos, no lo estemos como ganado al toque de rebaño, sino como hombres en la plenitud de nuestras devociones y de nuestra voluntad, para dar la vida con honor y con gloria donde haya que

darla; para defender los intereses nacionales y todo lo que creamos que sea digno de ser defendido.

De ahí que predique y desee una evolución de la política americana, al tiempo que predico y desee una comprensión entre los pueblos hispanoamericanos. Estados Unidos debe interesarse vivamente en esa unidad de los pueblos hispanoamericanos tanto como puedan desearlo éstos mismos. Unidad que debe alcanzarse sobre la base de cuanto esos pueblos tienen de común y en torno al motivo aglutinante, que es la tradición española, de la que están impregnadas tantas regiones de los propios Estados Unidos. Esta gran nación, lejos de aspirar a regimentarnos mediante fórmulas impuestas y directivas que exacerbaban el vigoroso individualismo de los pueblos de América, debe avivar en ellos el sentido de la cooperación espontánea. De tal suerte, y sólo así, es que podrá contar con nuestro apoyo efectivo y leal en la hora de la prueba. Será siempre más digna esa forma de colaboración que la que se aspira a alcanzar mediante el esfuerzo que realiza para «alinearnos», como se ha dado vulgarmente en decir, en una política que nos despersonaliza y divide interiormente a todos, sin unirnos de verdad en torno a nada y en torno a nadie.

Tales son los conceptos esenciales que deseaba expresar con respecto al hispanoamericanismo y a sus proyecciones. No quiero terminar sin decir que tenéis una gran responsabilidad. Hoy ya no hay autarquía económica ni hay aislamiento sin fin. Yo creo que vuestra política internacional ha sido admirable y desde aquí, sin violencia y sin reservas, rindo mi homenaje a los conductores de esa política. Pero creo que todavía hay nuevas etapas que cubrir. Creo que tenemos que establecer el diálogo con los países americanos y también con Estados Unidos. Tendremos dificultades, puede ser; pero la empresa no deberá considerarse malograda mientras no hayamos dado todos los pasos indispensables para conseguir ese entendimiento.

Si así no fuera, nunca la responsabilidad será de nosotros. Y, creedme, finalmente, no estáis solos. No importa lo que diga la prensa asalariada, no os importe lo que diga la política superficial, no

os importen los accidentes del camino, no os importe que os veáis incomprendidos o difamados. De todos modos seguiréis siendo un pueblo eterno por lo que traéis del fondo de vuestro pasado y por lo que de suyo sois capaz de crear aun entre torrentes de sangre. El sentido de eternidad de lo español se halla consustanciado con nuestra propia vida. El presentimiento de que así habría de ser lo tuvieron vuestros representantes en mi tierra aun en los mismos momentos en que debían alejarse de ella, llegado que fué a su término el Gobierno español en Indias. En un día de 1814, tras larga, caballeresca y denodada lucha, capituló la plaza de Montevideo y entraron en ella las fuerzas de la patria que nacía. Don Gaspar de Vigodet, el último gobernador de la ciudad, y Fray Cirilo Alameda, su consejero leal, habían abandonado ya el fuerte y desde una embarcación próxima a hacerse a la vela contemplaban la masa gris de los baluartes y la ciudadela, en cuya puerta quedaba labrado en piedra el león ibero. Fué entonces cuando pudieron ver cómo, violando lo pactado, a impulso de un sentimiento incontenible, el vencedor arriaba de las altas murallas el pabellón español y lo sustituía por la nueva bandera. Los gobernantes que se iban pudieron pensar entonces en lo perecedero de la obra humana, en lo transitorio que puede ser el dominio que un día detentan los pueblos. Pero como estaban tocados de aquel sentido de eternidad, inherente a todo lo español; como sabían que dejaban por legado imponderables que el tiempo no podía extinguir, se dijeron en emocionado diálogo que si el pabellón había mudado, seguía siendo el mismo el mástil en que se izaba la nueva bandera y el aire que la hacía tremolar. Pudieron decir: «Allí había un molino.» Y oír la respuesta: «No está, pero sigue el viento que lo movía...»

Así era y así es España. No importa que no fuera ya la suya la insignia que quedaba en lo alto de la vieja ciudadela. Porque estaba, y sigue estando, impregnado de hispanidad el viento en que ella había flameado con honor. (*Grandes ovaciones. El público se pone de pie y por varios minutos aclama al orador.*)

GEOGRAFIA IMPERIAL DE FRANCISCO DE ALDANA

Por PEDRO DE LORENZO

Per dolce triegua al duro mio pensiero..

(F. de A. 1563.)

NO deja de resultar significativo el hecho de que la primera poesía impresa del Capitán Aldana, poeta de nuestro siglo XVI, sea aquella *Del S. Franc. di Aldana, in risp. a M. B. Varchi*, edición de 1593, en que, a itálico modo, se loa el estado militar :

Ben grand'hauria ragon l'alto dolore...

En la serie inacabable de «excitaciones poéticas a la movilidad expansiva del Imperio», entre las de Argensola y Góngora, y Lope y Hernando de Acuña, y Micer Andrés Rey de Artieda y Tejada, ¡tantas!, la voz de Aldana sube a Felipe II, afanosa de salvaciones para nuestra unidad de destino.

Aldana, el año mismo en que ha de caer, arma al brazo, dando cara al enemigo, se acoge por unos días a la soledad escurialense, y allí compone las famosas Octavas al Rey Felipe, que han de leer y releer cuantos se propongan glosar la geopolítica de la poesía española.

Cuatro centauros son —le advierte Aldana—,

*Cuatro centauros son que, a lo que siento,
dellos cualquiera un nuevo Alcides quiere,
y tú no dudes, Rey, que todos ellos
a ti se vienen con erguidos cuellos.*

Cuatro centauros son: el peligro del Norte o Francia; la amenaza del Sur o Mauritania; Turquía, al Este, y en el Atlántico, la Marina, cada día más fuerte, de Inglaterra y de Holanda. Las potencias europeas, la asechanza del Estrecho, el problema de Flandes, el poderío del Gran Turco: he ahí unos ejes capitales sobre los que rota el mundo poético de Francisco de Aldana.

—¡No tengamos gigantes por vecinos! —grita, estremeciéndole pensar en un Peñón desguarnecido, en una costa —la española—, abierta, propicia a la invasión, pues que carece de

*plaza, foso y través que fuerte sea;
dificultad de sitio en eminencia
do la misma natura es quien pelea.*

Atentos, cierto es, al interior; mirando desde dentro. Pero, sobre todo, impedir el enlace de Mauritania y Turquía; unión que, de llegar a realizarse, contaría con el apoyo de Francia. Francia enviaría soldados al Africa y se apoderaría de la ruta de Indias. Dice:

*Entonces, la morisma que está dentro
de nuestra España, temo que a la clara
ha de salir con belicoso encuentro,
haciendo junta y pública algazara;
y al mismo punto el Aquitáneo centro,
volver de Francia la enemiga cara,
bajando el Pirineo, aunque no sea
a más que a divertir nuestra pelea.*

Para Felipe II, paladín de la fe, imagina las dos representativas figuras de sus Octavas: arquetipo, una de ellas, de la guerra; símbolo, la otra, de la Iglesia Católica. El Rey es asesorado de inclinarse rotundamente a la primera, en defensa de los riesgos que a la segunda acosan.

Fortalecer el Estrecho, dominar el Norte de Africa, cegar las fuentes del Imperio inglés; conservar a toda costa Italia; Malta y Corfú, como puntos de apoyo de una política mediterránea; Flandes, «llave de dos reinos y un Imperio», intacto y español, para nuestra hegemonía sobre Europa; los Pirineos, bien vallados; rígida unidad nacional; el interior, un monolito sin posibilidades de fisura.

Tal es el pensamiento poético del Capitán a principios de 1578; el testamento político-militar que, al embarcarse en la empresa lusoafricana de Alcázar, entrega en propia real mano a Felipe II.

No todo en su vida ha sido fácil. Hasta ese instante mismo, en reiterados planteamientos, el poeta ha venido haciéndose problema de la propia intimidad. A través de sus cartas se percibe. Leyéndolas, se nos revela como una cierta nosogenia espiritual del personaje. La epístola a Montano sobre los requisitos de la contemplación de Dios, de reflejos ascéticos; los tercetos —«pocos tercetos escritos a un amigo»—, en que tan vivamente se oponen soldado y cortesano; la carta a Galanio, donde describe con fuerza alucinante una batalla y logra la tan dinámica estampa del caballo en la pelea... (1) El problema es arduo, de difícil dilucidar. Es el

(1) Nada como un manojito de epístolas, poéticas o no, para descubrirnos el fondo del hombre. Me sirvo de la edición crítica de Rodríguez-Moñino: «Francisco de Aldana: Epistolario poético completo». Noticia preliminar y veinticinco cartas: los diálogos completos —dice el colector— entre Aldana y otros escritores. Ocho de las cartas, con un total de casi dos mil versos, son del propio Aldana. Entre las restantes muestran singular interés, para la reconstrucción del temple militar de Aldana, estas composiciones:

Un soneto, a lo platónico, en italiano, que le dirige el Varchi.
Otro perteneciente a Herrera —al doctor Herrera de Arceo—: *Señor Aldana, que en sagrada altura—sustentáis el poder del fiero Marte—*, etc.
Tres epístolas de su hermano Cosme, de dramática premonición:

*Temo, hermano —¡ay!, que temo y no sin causa—,
de que en vida mortal no haya más vernos.*



problema de la duda, con su cortejo de factores inquietantes: la dilogía, la ambivalencia. Así, Aldana o la dualidad. Pero... Garcilaso —*diverso entre contrario, muero*—; Garcilaso o la dualidad. Y Dante: *Ne il si ne il no nel cor mi suona intero*. Y el Buonarrotti: *Un dolce amaro, un si e no mi muove*. Dante, Miguel Angel, Garcilaso, Aldana...

Acabamos de ver: a un tiempo escribe las impetuosas, bélicas Octavas y la contemplativa epístola a Montano. A un tiempo hace sonetos de amor a lo platónico, de aroma renaciente, y Odas al Santísimo Sacramento. Aconseja no emprender la batalla de Alcázar y, no obstante, a ella va y en ella engolfado muere. Es de temple sensual y espíritu virtuoso: con afanes de infinitud y mortal apego a los sentidos. Aunque, partido en dos, no; dividido, no: doblado, multiplicado. Precisamente por su culto a la sinceridad. No puede sentirse como un estar, sino como un ser.

Aldana o la dualidad. ¿Por su sensibilidad creadora? «No sé si miento o si digo la verdad: escribo, eso es todo.» Esta confidencia, que Mauricio León nos hace en su autobiografía, viene glosada por André Gide con palabras y subrayados de casi medio siglo atrás: «*Ser sincero*. Importa comprobar que ese cuidado no habita, sino, justamente, en aquellos que no tienen *nada que decir*.» ¿Por su sensibilidad creadora? ¿O por su sangre extremeña? En uno de mis libros he atribuído al fenómeno de lo extremeño los caracteres distintivos de una cultura fronteriza, del predominio de los contrastes y el barroco como constante histórica. En la epístola a Montano, desde los primeros versos, Aldana abre su corazón, mira

O ese dolor de lejanías, ante un silencio reiterado, que Cosme interpretará sin reproches, sentenciosamente:

*Muestra es el escribir tan breve y corto
que sois corto en amor...*

La canción de Jerónimo de Silva: ¡Oh, mil veces, Aldana, y mil dichoso;— dichoso tú, que, sin tener mudanza—de fortuna y de amor...

Y los tercetos, de autor incierto, que principian: *Unico Aldana, en cuanto de Minerva,—...*

dentro de sí y lanza un grito de sinceridad patética: —Yo soy un hombre desvalido —exclama:

... un hombre desvalido y solo.

La desazón, el sentimiento congojoso de soledad, la pugna íntima: he ahí, para Marañón, una sintomatología de elegido, de hombre egregio. Pero... he ahí también el drama en que se acuchilla el poeta, el capitán, hasta el cumplimiento de sus cuarenta años.

Después, ya podía, confiadamente, morir. Quedaba preparado para morir. Francisco de Aldana —*Divino* en el *Apolo*, nacido cuarenta años antes en Valencia de Alcántara; «valeroso y doctísimo soldado y poeta castellano», según Quevedo; *pío Poeta e fier Guerrero*, para el Varchi; combatiente en Flandes, General de la artillería en el asedio de Harlem, Embajador militar en Lisboa; hombre, a la par, contemplativo y ensimismado, «el único Monarca —en el decir de Gil Polo— que junto ordena versos y soldados», sí, sabía alcanzar una muerte propia. Fué allá, en Alcázar, a orillas del Mejazen, sobre la llanura africana, bajo un sol africano, el 4 de agosto. En el último momento de su vida, cubierto de sangre, de sudor, de amargura y polvo, aún oía las palabras aladas del doncel. El Rey Don Sebastián, asimismo en derrota, tras de engolfada lucha y como él mortalmente caído, acudía a sostenerle con la consigna postrera:

—¡Morid, pero lentamente! Morid sin prisa...



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

L A O B R A

D E L

E S P I R I T U

ESPAÑA Y PORTUGAL CONMEMORAN EL IV CENTENARIO DE FRANCISCO SUAREZ

LAS SOLEMNIDADES PRINCIPALES SE CELEBRARON EN MADRID, GRANADA Y COIMBRA

ENTRE los días 16 de octubre y 1 de noviembre se han celebrado los importantes actos conmemorativos del IV Centenario del Doctor Eximio, Padre Francisco Suárez, gloria de España y de la Compañía de Jesús.

Bajo la presidencia del Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, y con la intervención de muy destacadas y relevantes personalidades del mundo de la cultura, especialmente de filósofos y teólogos, no sólo españoles, sino de muchos países extranjeros, se desarrollaron las solemnidades, que culminaron en Coímbra, desde cuya cátedra irradió el genio de Suárez.

En Granada, tierra natal del gran teólogo, fué inaugurada el día 16 la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la presidencia del Ministro, a quien acompañaron los Directores generales de Propaganda, D. Pedro Rocamora, y Enseñanza Universitaria, señor Alcázar, en unión de las autoridades académicas, celebrándose una sesión extraordinaria del Claustro en el edificio de la nueva Facultad, que es el antiguo Palacio del Conde-Duque. El Ministro, en su discurso, esbozó un esquema del plan cultural desarrollado por el nuevo Estado.

A la conmemoración suareciana dió comienzo el envío a la Santa Sede de un telegrama en el que el Ministro y la Comisión Permanente del Centenario ofrecían al Augusto Pontífice testimonio filial de adhesión y acatamiento.

En la Curia Eclesiástica, antigua Universidad granadina, se celebró una sesión, bajo la presidencia del Ministro, el Rector de la Universidad de Granada, el Vicerrector de la de Coimbra y autoridades, en la que se rindió homenaje por la Universidad a la memoria de Suárez. El Ministro de Justicia, D. Raimundo Fernández Cuesta, tuvo a su cargo el discurso inaugural, en el que, después de exaltar magistralmente las glorias de Suárez, en su aspecto filosófico y jurídico, destacó sus votos por que la colaboración que suponía la presencia de las representaciones extranjeras fuera fructífera para la ciencia, que no tiene fronteras, y redundara en la mayor gloria de Dios.

En Madrid, el día 20 se celebró una reunión magna en el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la calle de Medinaceli, presidiendo el Patriarca de las Indias, como Director del Instituto «Francisco Suárez»; con el Embajador de Portugal; Subsecretario de Educación Popular, quien representaba al Ministro de Educación, y otras personalidades.

El Director General de Propaganda, D. Pedro Rocamora, Presidente de la Comisión Permanente del Centenario, pronunció un discurso en el que glosó la personalidad y la obra de Suárez.

DISCURSO DE D. PEDRO ROCAMORA

Los admiradores seculares de la figura del Doctor Eximio —comenzó diciendo el Sr. Rocamora— no podemos menos de subrayar con júbilo que los trabajos del presente Centenario están ajustados a las exigencias más rigurosas de la técnica moderna de la especialización y al mismo tiempo acomodados a la inteligencia y al interés del hombre actual. Como culminación de todos ellos importa destacar que la actitud suareciana es el mejor reflejo del espíritu español y de nuestra manera de concebir el mundo. Suárez, expositor incomparable del principio ignaciano «el hombre

es criado para servir a Dios», es al mismo tiempo acérrimo defensor de la libertad humana. De este modo el valor absoluto de los grandes principios filosófico-teológicos, la base del respeto máximo a las criaturas en su camino de ascensión hacia Dios. De ahí la base fundamental de la moral cristiana, que Suárez fué el primero en organizar con perfecta estructura científica. El Sr. Arzobispo de Granada —continuó diciendo D. Pedro Rocamora— defendió la santidad de Suárez como superior a su misma ciencia. En este punto, que para mí ha de ser el más trascendental de esta conmemoración, me importa proclamar que los resultados obtenidos son ya suficientes para sugerir en torno a la figura del jesuíta granadino conclusiones de importancia. Los actos del Centenario, que ya para estas fechas han aportado unas tres mil páginas de estudios profundos, admiten la controversia y la discusión. No queremos para Suárez, ni para la Iglesia, ni para España laureles mal ganados. Vosotros, señores assembleístas, sois los primeros en querer que los méritos de Suárez sólo se proclamen después de la rigurosa solemnidad del juicio contradictorio. Este se proseguirá en las etapas sucesivas de nuestro homenaje al Doctor Eximio. Los datos que acabamos de registrar, aunque dolorosamente concisos e incompletos, bastan ya para que, desde un punto de vista español —único que en estos momentos debo tener en cuenta—, adoptemos posiciones respecto a la política cultural relativa a Suárez y al pensamiento postridentino, que, indudablemente, como consta por vuestros trabajos, tiene en el Doctor Eximio su máximo representante. Nuestro deber es incorporar a la historia del pensamiento humano la cultura católica de estos cuatro últimos siglos, iniciada solemnemente en Trento y elevada a su máximo esplendor por Suárez y la legión de sabios y de santos que florecieron en su siglo. Hace dos siglos, por la labor ingente de los Maurinos franceses, de los Bolandistas belgas y de autores insignes, como el italiano Baronio, que les precedió, y el jesuíta español del XVIII P. Arévalo, quedó rehabilitada como prestigio inmarcesible del catolicismo la literatura patristica, comenzando por los Padres Apostólicos y llegando a San Isidoro de Sevilla. Sabios alemanes, belgas y franceses —recorde-

mos los nombres de Ehrle, Baeunker, Grabmann— han rehabilitado el prestigio cultural de la Edad Media. El Monumenta de los jesuitas españoles, con el epistolario de San Ignacio y la colección de las actas del Tridentino, han rehabilitado la restauración católica en la primera mitad del siglo xvi. La continuidad cultural del Cristianismo aparece, señores assembleístas, cada vez más imponente en su grandeza, duración y calidad. A vosotros os toca, investigadores suarecianos, caballeros del saber, llenar la laguna que aún queda desde el siglo xvi hasta nosotros, estudiando a Suárez y la constelación de sabios que brillaron con él y en torno a él. Os toca restaurar de este modo el concepto de cristiandad, hoy maltrecho. España, políticamente, no puede hacerse representante de ese concepto en forma exclusiva, aun cuando se glorie de haberlo heredado. Nuestro concepto de hispanidad, expresión modesta de la Cristiandad, cederá a ésta el lugar cuando hayamos logrado rehabilitar el prestigio que se le debe. Tal es la actitud de España en cuanto a Suárez; no nos toca ceñir sus sienes con la aureola definitiva de la virtud y de la ciencia. Es deber nuestro acatar el veredicto de las instituciones y autoridades científicas y el de la Jerarquía Eclesiástica. Pero no podemos permitir que, por ser español, por pertenecer a la Compañía de Jesús, se le desfigure y se le arrincone. El bien común de la nación y del mundo nos obliga a poner en juego todos los medios de que disponemos para que la verdad y la virtud, tesoro supremo de los pueblos, sean conocidas y respetadas. Sólo me resta el hacer votos para que las etapas siguientes del IV Centenario sigan siendo fecundas en resultados y para que, fraternalmente unidos los representantes de España y de Portugal, de la Argentina y de Méjico, de Italia, de Francia, de Bélgica, de Alemania y de Inglaterra y de los Estados Unidos, podamos presentar con la mayor emoción de nuestro espíritu ante la Virgen de Fátima una guirnalda de flores suarecianas, para que ella de nuevo pueda decir con maternal cariño: *Bene de me scripsit Franciscus*. Francisco Suárez escribió bien de mí.

Después habló el profesor Gascón y Marín, para testimoniar que la Asociación Francisco de Vitoria» participaba en la conmemoración, comentando algunos aspectos de la obra «De Legibus», y seguidamente el Director de *Criterio*, de Buenos Aires, profesor Dell'Oro, expresó la unión a los actos por parte de la Fundación «Vitoria-Suárez» argentina.

El Patriarca clausuró la sesión con una síntesis de las principales características de la obra de Suárez en la Teología y en la Filosofía.

Otro acto importante, celebrado en Madrid, fué la sesión pública y solemne de la Real Academia de Jurisprudencia, bajo la presidencia de D. Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes y de dicha Corporación; con el Ministro de Justicia, Sr. Fernández Cuesta; Embajador de Portugal, Sr. Carneiro Pacheco, y otras muchas personalidades.

El académico y catedrático D. Wenceslao González Oliveros trató de la influencia del pensamiento de Suárez en lo teológico, lo filosófico y lo jurídico, y el catedrático de París M. Marcel Sibert trató del tema «Paralelo entre Suárez y Bodino». Por último, el Presidente de la Academia, Sr. Bilbao, ensalzó la figura de Suárez, entonando un canto a las grandes aportaciones de España al pensamiento universal a través de sus grandes genios católicos.

Los actos de clausura se celebraron en Coimbra, en presencia del Ministro de Educación Nacional de España, Sr. Ibáñez Martín, presidiendo la reunión en la Universidad el Rector y asistiendo los Ministros de Asuntos Exteriores y Educación portugueses, catedráticos e investigadores de doce naciones y numerosas personalidades españolas y portuguesas. Pronunciaron discursos el profesor Joaquín de Carvalho y el Padre Elordúy.

El Ministro de Educación español comenzó su discurso —que transcribimos en otras páginas de este número—, evocando la importancia que para la historia del pensamiento portugués tiene la ciudad de Coimbra, rindió un tributo de agradecimiento al Gobierno portugués, y muy particularmente a la figura del Presidente de la República, y después glosó diferentes aspectos relacionados

con Suárez, así como de la unión espiritual entre España y Portugal en la época del gran teólogo, terminando con la proclamación de que Dios es para la España suareciana de hoy la causa suprema de nuestra mejor legitimidad política.

El Rector de la Universidad de Coimbra, D. Maximino Correia, hizo un estudio entusiasta de la obra suareciana y ensalzó la personalidad del Ministro de Educación español.

Estas fueron, entre otros muchos actos celebrados en ciudades españolas, las principales efemérides de esta conmemoración de una de las más inmarcesibles glorias del pensamiento español.



DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS, GRAN CRUZ DE ALFONSO X EL SABIO

Por J O R G E P E D R E Ñ A

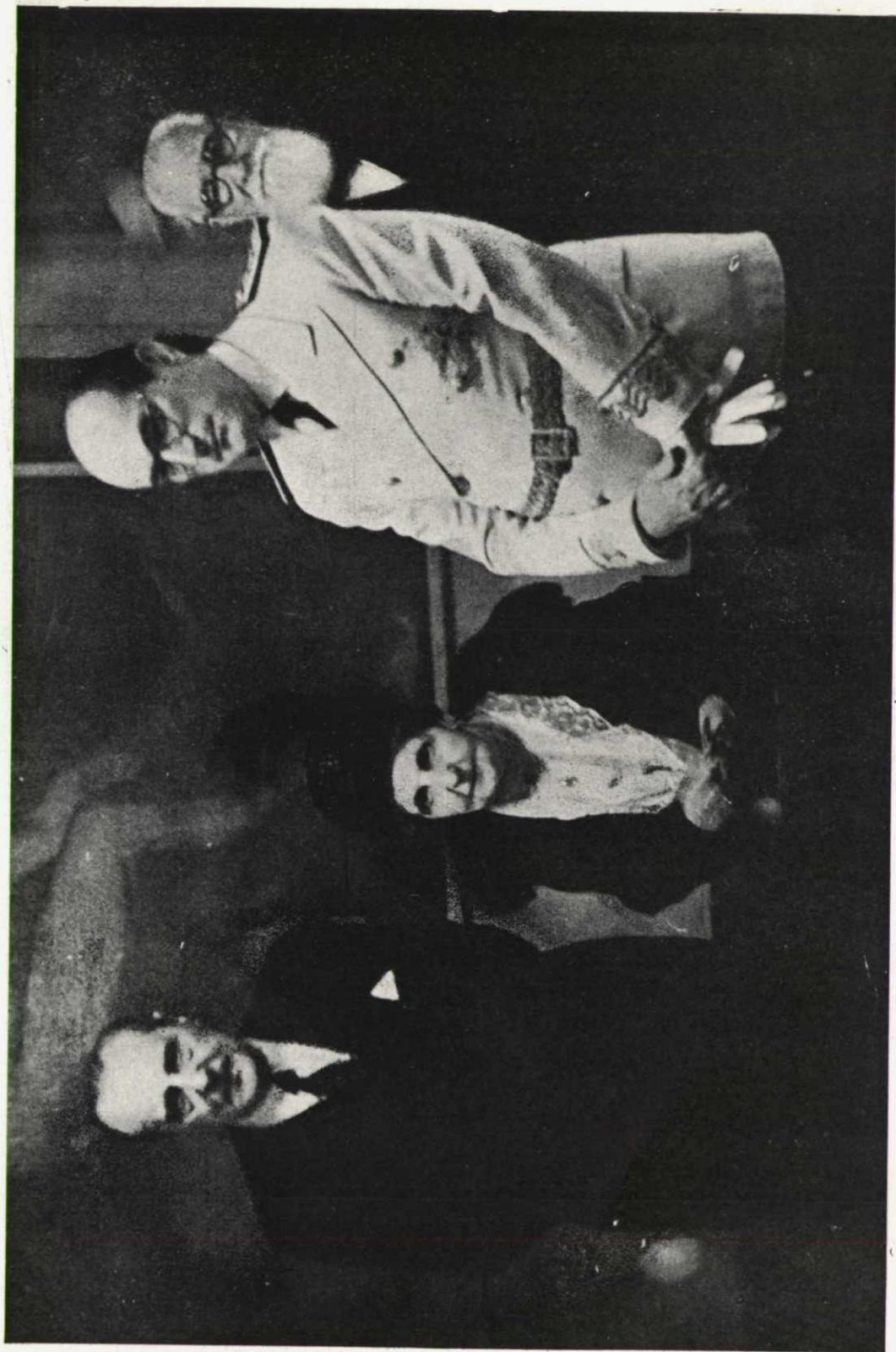
SE comprende mejor después de conocer la obra de Fray Gabriel Téllez que exista una mujer española cuya vida de trabajo y estudio, de investigación y creación, se haya dedicado de una manera absoluta a su figura vital y literaria, hasta conseguir esa ingente obra, plena de erudición activa—que es como decir de creación literaria—, de atisbo poético y de sentido crítico, con la que doña Blanca de los Ríos logra ponernos al día en cuanto a la vida y a la obra de Tirso de Molina se refiere. Blanca de los Ríos le ha pagado a Tirso de Molina con la misma moneda.

En toda la obra del gran mercedario—obra amplia y polifacética—encontramos siempre esa exquisita delicadeza para tratar los tipos femeninos, ese profundo conocimiento del alma de la mujer y esa comprensión ante sus posibles defectos, que nos sitúa—queramos o no—en partidarios de ella en cuanto el desenvolvimiento de la anécdota implica en el lector una postura, un inclinarse hacia uno de los dos bandos o perso-

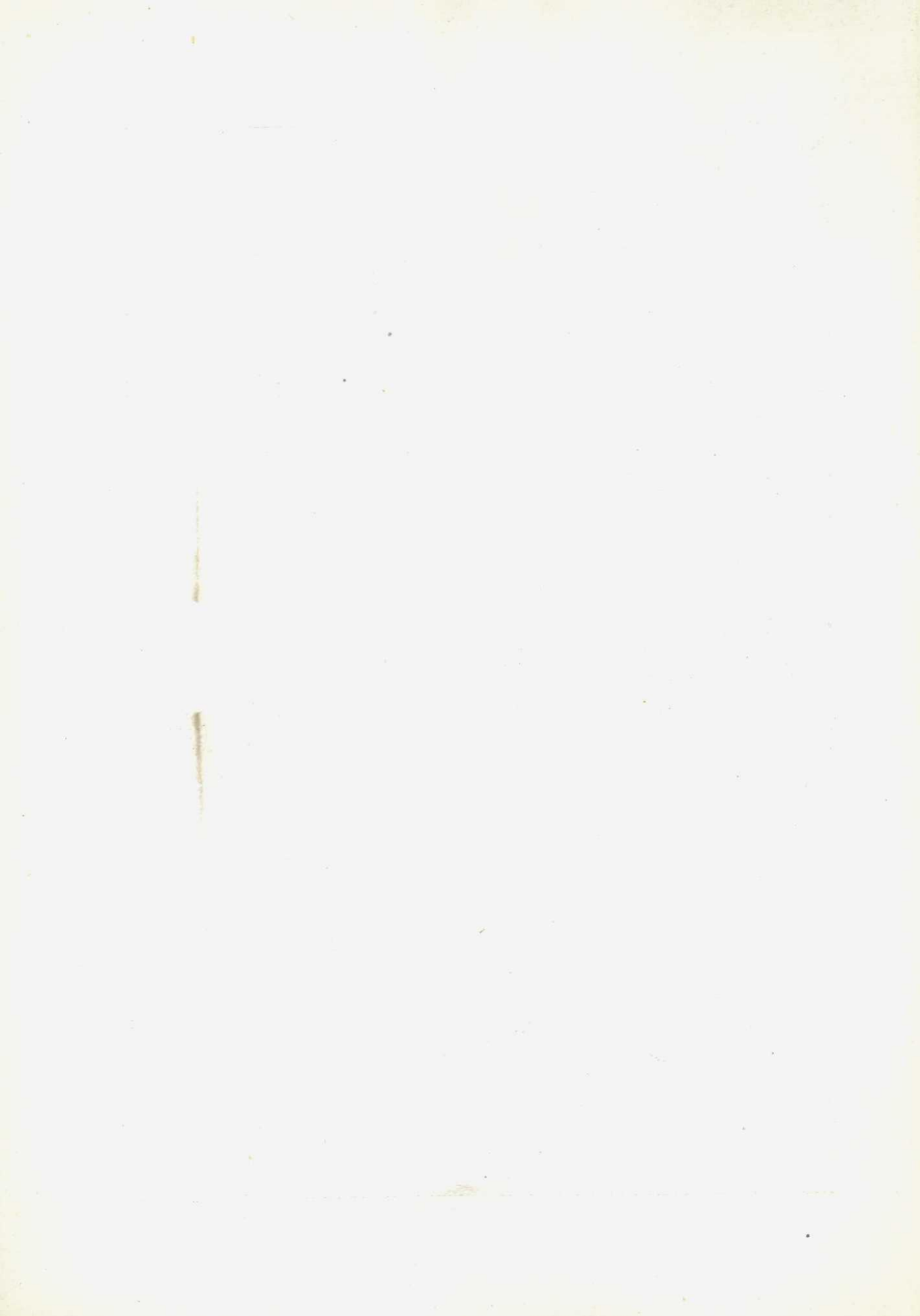
najes en pugna. A través de cualquiera de los títulos que co-
jamos de Tirso, sea poesía, prosa, teatro y... hasta crítica
—pues como maravilloso crítico se nos muestra en alguno de
sus libros—, hallaremos indudablemente, en ese engarce mag-
nífico de la gracia y el garbo españoles que es su literatura, la
exaltación de la castidad, de la pureza y del comedimiento
de las doncellas, como mostrando constantemente espejos de
madre en cada una de las mujeres que surgen al paso de su
inspiración.

Y junto a esto, junto al hacerlas siempre partícipes del
rumbo y la generosidad amplia de su opinión en cuanto a be-
lleza, castidad, pureza y comedimiento, Tirso de Molina hace
a las mujeres, a todas las doncellas protagonistas de sus obras
o inspiradoras de sus versos, acreedoras de un valor y una
inteligencia por las que hoy mismo la mujer sigue luchando
para que se le reconozcan. Así, en su libro de prosas lírico-
críticas *Los cigarrales de Toledo*, donde la anécdota central
está enfocada en un sentido de crítica social, esta crítica va
especialmente dirigida a defender a la mujer, señalándole a
la sociedad lo que él considera como defectos fundamentales
en ella en cuanto al trato y a la consideración social en que
las gentes de su tiempo tenían situada a la mujer. Faceta ésta
de la obra de Tirso de Molina que podemos hallar en todos
y cada uno de sus escritos; es él quien no permite salvarse
a Don Juan, considerando su mayor delito, no el dudar de
la justicia divina en su «¡Tan largo me lo fiáis!», sino el sor-
prender la buena fe de las mujeres que creyeron en su amor.

Ante este defensor incondicional de las virtudes femeninas
y comprensible exculpador de sus defectos, se encontró doña
Blanca de los Ríos, pequeña, enjuta, vivaz, como lo es una
pajarita de las nieves, pero con arrestos e inteligencia sufi-



Doña Blanca de los Ríos con el Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, y el Presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao, en el acto de serle impuesta la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio



cientes para tomar la bandera del «tirsismo» y defenderla a capa y espada—que en ella ha sido a fuerza de trabajo, estudio y pluma—, adentrándose en ese bosque inmenso que es la obra total del gran mercedario y en aquel gran laberinto que, cuando ella comenzó, era la historia de su vida.

Decía más arriba que Blanca de los Ríos le había pagado en la misma moneda, y esto tal vez no sea exacto, porque la moneda de doña Blanca ha sido más concreta, pues en tanto Tirso exaltaba a la mujer en general, la defendía y situaba en el plano de todos los merecimientos y atenciones, ella, una mujer tan sólo entre la generalidad, ha empleado su existencia en él: en esclarecer su vida y estudiar su obra tan minuciosamente, tan sin dejar resquicio por donde pudiera escapar el menor dato, que alcanzó esta cima maravillosa a la que hoy ha llegado, de situar a Fray Gabriel Téllez, «Tirso de Molina», en el lugar que le corresponde, como uno de los más preclaros genios de nuestro Siglo de Oro.

Y ha sido el Gobierno español—asumiendo, seguramente, el pensar de Tirso de Molina—quien ha premiado toda esta vida de dedicación, de trabajo, de estudio y creación, que es la vida de Blanca de los Ríos, concediéndole a la gran escritora—a esta «novia de Tirso», como la denominó Ibáñez Martín—la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

LARRETA HA VUELTO A ESPAÑA

Por EUGENIO MEDIANO FLORES

El recuerdo, por suerte o por desgracia, no es suficiente para la vida del hombre; si el recuerdo tuviera igual fuerza de satisfacción que la vida misma, el hombre podría resistir perfectamente su vida apartada, su soledad. Pero el recuerdo, a medida que las cosas y los hechos se alejan en el tiempo, se convierte, primero, en elemento deformador, difuminador más tarde, y acaba por hacérsenos angustioso ese no poder concretar aristas y contornos que nos fueron gratos, ni fijar perfiles humanos que nos fueron queridos. Y es entonces cuando se hace necesario el retorno, el volver a vivir lo que ya existió para nosotros, porque se nos iba perdiendo en su realidad y para que la sensación del reencuentro vigore sus trazos en nuestra alma con la efectividad de la presencia.

Así le ha sucedido a Enrique Larreta, el gran novelista «del estilo eterno», como le llamó Unamuno. Así le ha sucedido con España, que es el suelo y el paisaje donde verdaderamente se encuentra a sí mismo, donde su sentido literario

—tan cuajado de plasticidad que nos hace adivinar el pintor que también hay en Larreta—logra más razón y justo centro. Y le ha sucedido porque, como buen creador, no gusta de releerse, sino que precisa de sensaciones externas—del choque de su yo con las circunstancias—, que, al ser filtradas por su espíritu, revierten en nuevas obras. Si Larreta gustara de la lectura de sus propias obras, es posible que este viaje a nuestro país que ahora realiza no hubiera llegado a efectuarse; porque cuando, una por una, pasaran ante sus ojos las páginas de su *La gloria de Don Ramiro*, en ellas habría encontrado lo que con tanto afán vino a buscar a nuestra Patria: habría encontrado ese paisaje que necesita y que, en el recuerdo, se le esfumaba, porque Enrique Larreta es uno de los escritores que mejor ha sabido captar lo español objetiva y subjetivamente.

Se le difuminaba a Larreta Avila, la que él vió levantarse «en el oro húmedo y blanquecino de la mañana, como una pequeña Jerusalén»; se le perdía Madrid, pleno de rincones tradicionales, de lugares velazqueños y goyescos, que tanto gustaba de pasear con sus viejos amigos, muchos de los cuales no volverá a ver en este retorno, porque el tiempo, más tajante y definitivo que el recuerdo, los borró para siempre de la faz de la tierra. Y en este cortejo de personas, paisajes y cosas que se esfumaban—Toledo, Segovia, Salamanca...—se alejaba también algo que, al escapar, desalmaba a Larreta, le robaba el espíritu: se le iban Castilla y España, tras las cuales volaba lo mejor de su literatura y de su ser de escritor.

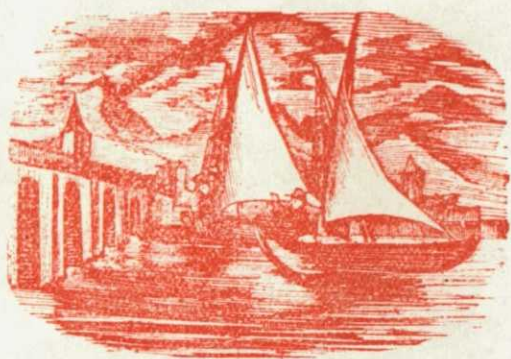
Y un literato temperamental, como lo es Enrique Larreta, no podía quedarse sin el fundamento de su escribir. Mas todo lo tenía allí, al alcance de su mano, en esa parte de la librería en que todo escritor coloca sus producciones. Allí está *La glo-*

ria de Don Ramiro, que traspira España por todas sus letras. Pero, sin embargo, eso nos podría haber servido a cualquiera menos a él. Es ley de todo creador encontrar sin sangre la obra terminada, porque se siente ya dentro de sí el pálpito fuerte de la venidera, que pugna por salir, por tomar ser en la realidad literaria.

Larreta necesitaba el paisaje de España—su paisaje—, y el retorno era inevitable. El ha dicho recientemente que «para ser buen argentino hay que sentirse primero buen español». Larreta lo es, reúne estas dos condiciones, y en ser buen español reside el misterio y el imperio de este retorno a su paisaje. Porque una de las cosas que más atan al español es su fuerte enraizamiento al paisaje de procedencia: todos los españoles—y Larreta lo es desde ese punto en que mejor puede serse: desde el espíritu—sentimos, al alejarnos de España, que hemos dejado el corazón enterrado aquí, en el mejor barbecho, y que tira de nosotros implacable. Tanto, que a veces —y de esto sabe Enrique Larreta más que nosotros, puesto que lo ha presenciado muchas veces allá, en su Argentina— se rompe el hilo de unión, la arteria por donde discurre el latido de España, y el español muere; muere de añoranza, de esa extraña enfermedad, para la que no existe otro remedio que el retorno, que los gallegos llaman «morriña» o «saudade».

Por eso Larreta, que, como español cien por cien, conoce los efectos tremendos de esta dolencia, al sentir la saudade de su paisaje no quiso morir de ella. No es, pues, asombroso para nosotros este viaje de hoy del gran novelista argentino; le esperábamos y ya se nos hacía larga la tardanza. Este viaje, para el cual habrá dado prisa a las maletas Doña Guiomar y severos consejos el inflexible canónigo Vargas Orozco.

Desde aquí, Avila, y en ella el Torreón de los Guzmanes —gran mirador donde un día de invierno naciera Ramiro—, le esperaban con la bienvenida del sol sobre sus piedras, como invitándole a la creación de un nuevo personaje que tome vida entre sus encrucijadas, mientras que «un sordo rumor de molinos y batanes suba desde el Adaja», como tantas veces llegara a los oídos de Don Ramiro.



HECHOS

UNA NUEVA ESCUELA DE INGENIEROS NAVALES

ES UN MAGNIFICO EDIFICIO, DE TRES PLANTAS,
INSTALADO EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Unos ocho millones de pesetas ha
invertido el Estado en su construcción

Su Excelencia el Jefe del Estado inauguró el 11 de noviembre el nuevo edificio de la Escuela de Ingenieros Navales, emplazado en la Ciudad Universitaria. Es otro nuevo Centro docente que se incorpora al recinto estudiantil, agrupándose en torno a los modernos Centros de investigación allí existentes.

Con este nuevo edificio la Ciudad Universitaria va completando el vasto plan de reunir todos los Centros universitarios, que es como decir retornar a esa posibilidad de mejorar el acondicionamiento de la enseñanza superior.

Esta urbe universitaria en formación —hoy día casi realidad práctica— se fundamenta en ciertos antecedentes históricos, compatibles con la debida modernidad, y que se refieren al criterio de unidad de programa, de elección de emplazamiento y de sistema de ordenación de los edificios.

El gran programa unitario de enseñanzas profesionales

y científicas —agrupamiento de Facultades y Escuelas Superiores— se complementa con la instalación de residencias para profesores y alumnos, edificios accesorios y campos de deportes, atendiendo de este modo a los diversos aspectos de la vida escolar, en su misma razón de ser fuente del Estado, de donde mana toda la riqueza nacional.

El nuevo edificio de la Escuela de Ingenieros Navales, en cuya construcción el Estado ha invertido unos ocho millones de pesetas, está situado a la entrada de la Ciudad Universitaria, junto al Museo de América, en construcción. La Escuela es un moderno edificio de tres plantas, que tiene forma de «L», con indudables ventajas de comunicaciones. Obra de los arquitectos D. Alfonso Fungairiño y D. Juan Castañón, ocupa una extensión de 9.700 metros cuadrados.

A la derecha del amplio vestíbulo circular se halla situada la capilla, que preside una imagen de la Virgen del Carmen, Patrona de la Marina española, y a ambos lados, unas magníficas pinturas de Enrique Segura.

A la entrada de las distintas dependencias han sido colocados con letras doradas los nombres más gloriosos de nuestra Marina, como los de Alvaro de Bazán, Narciso Monturiol, Jorge Juan y otros. Las aulas, bibliotecas, laboratorios y talleres están perfectamente dotados de todos los adelantos modernos. La Escuela se sirve provisionalmente del material científico que posee la Institución «Juan de la Cierva».

En la planta baja, y en el cuerpo principal, se encuentran las oficinas de Secretaría, el despacho del Secretario —entre ambos, la escalera de bajada al Archivo y los servicios de aseos—, el despacho del Director, sala de visitas, despacho del Habilitado, sala de profesores, guardarropa y salón de actos.



S. E. el Jefe del Estado contempla los planos de la nueva Escuela de Ingenieros Navales, recientemente inaugurada en Madrid

En la parte izquierda está emplazada la gran Biblioteca, con una distribución clara y luminosa de las mesas de lectores y estanterías; el Museo, de proporciones suficientes para la colocación de los basamentos, donde se exponen los modelos de buques y elementos primordiales; el despacho del director de la Revista, comunicado con la antesala y las oficinas de la misma; el Museo privado para los objetos que, por su importancia y calidad, no deben estar en la sala general; laboratorio, dos talleres y la sala de máquinas.

En el cuerpo principal de la segunda planta están situadas seis aulas y los locales de copias, delineación y laboratorio fotográfico, despacho del profesor de guardia, salas de topografía y laboratorios de resistencia, electricidad y termología, sala de máquinas y servicios de aseo y guardarropa.

Contiguo a la escalera principal, y en total comunicación con el vestíbulo de esta planta, existe una sala de descanso para los alumnos.

En la planta alta están instalados los laboratorios restantes, tres salas de dibujo, separadas por mamparas metálicas, y los importantes laboratorios de Química y Metalografía.

Antecedentes históricos del Cuerpo

En 1770 Carlos III ordenó la creación de un Cuerpo de Ingenieros de Marina, hasta que en 1825 se ordenaba su extinción. Dos años más tarde volvió a restablecerse; pero esta vez con el nombre de Cuerpo de Profesores Constructores Hidráulicos, regresándose en 1898 al Cuerpo de Ingenieros de la Armada.

En 1914 se organizó la Academia del Cuerpo, con brillan-

te desarrollo, quedando establecida en El Ferrol, donde había sido instalada desde un principio.

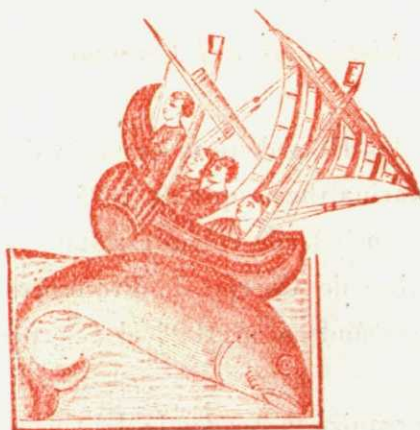
En 1931 se cerró nuevamente la Escuela, abriéndose después en 1933.

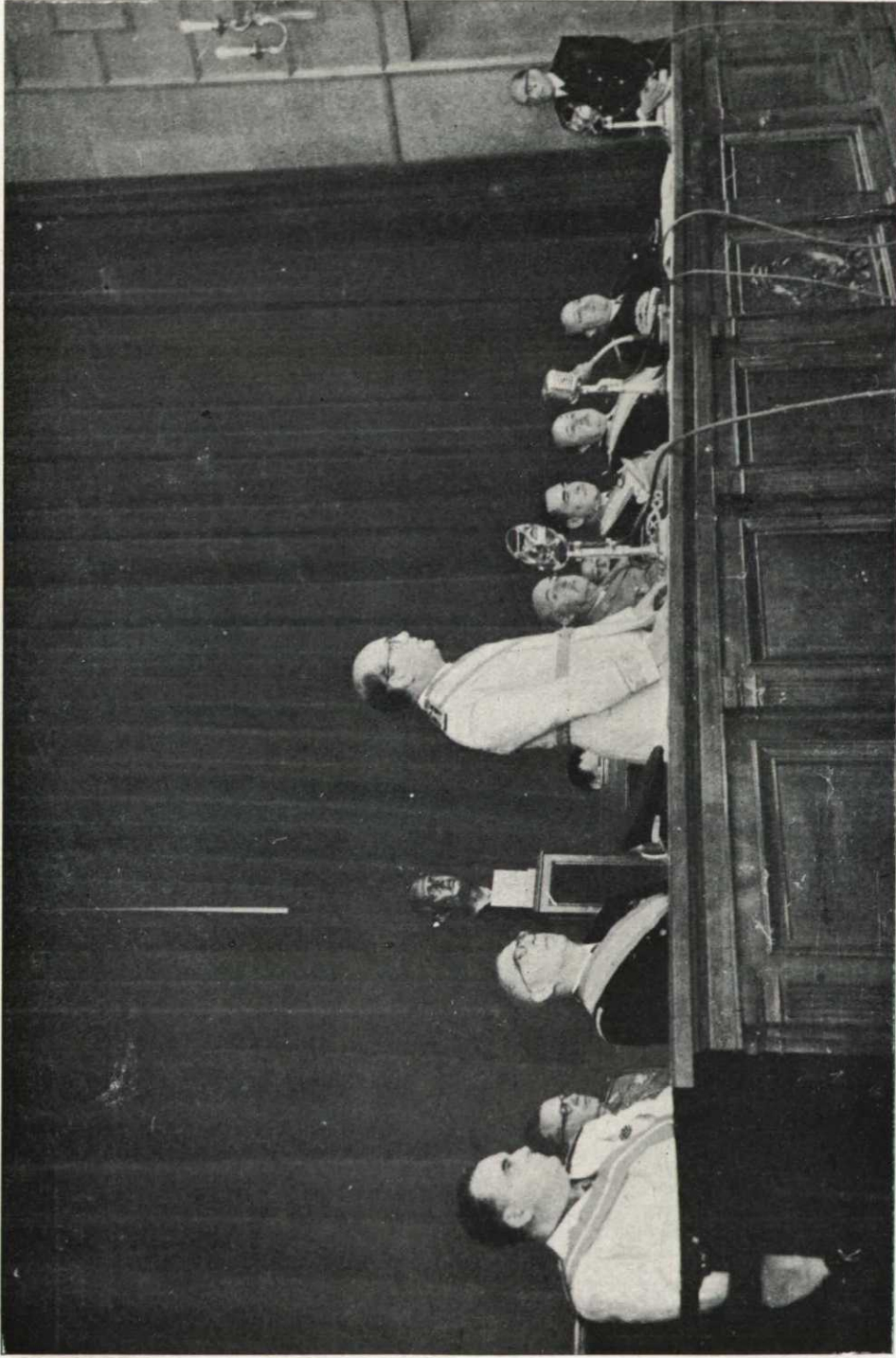
Trasladada a Madrid, se estableció en la calle de O'Donnell, de donde ha pasado a la Ciudad Universitaria.

Hoy, en España, existe un total de 199 ingenieros navales, que dirigen y orientan la industria naval, formada por 50.000 obreros, con un movimiento anual de 500 millones de pesetas.

Los alumnos que seguirán sus estudios el presente curso son 101, y los ingresados últimamente ascienden a 29. Forzoso es destacar el incremento que ha tomado esta carrera desde nuestra Guerra de Liberación, ya que en 1933 sólo contaba la Escuela con el reducido número de seis alumnos.

El Director del Centro es D. Nicolás Franco, Ingeniero naval y actual Embajador de España en Portugal. En su ausencia dirige la Escuela D. Felipe Garre, también Ingeniero naval.





El Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, en el acto de la inauguración de la nueva Escuela de Ingenieros Navales, celebrado en Madrid, con asistencia de S. E. el Jefe del Estado



EL CEREMONIAL DE LA COLACION DE GRADOS VUELVE A LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

LOS ACTOS REMEMORARON EL ANTIGUO RANGO COMPLUTENSE

ESPAÑA tuvo también «Siglo de las luces», con reflejos bien distintos a los que irradió el «Siglo de oro», de recias glorias, que aquél arrumbó con sus corrientes de snobismo europeizador y desespañolizante. Por eso la Universidad, pretendiendo iluminarse, perdió luz y color, y la vimos opaca y uniforme, de espaldas a su alegría y a su tradición vigorosa. Mas ahora ha restablecido sus galas y sus ceremoniales complicados y expresivos. Ha resurgido en su alma disciplinar y humanista y en su cuerpo gallardo y ornamental. La Colación de Grados revive ya con el más viejo de sus esplendores.

En el caserón de siempre, de la calle de San Bernardo, de Madrid, se ha restaurado la solemnidad de investidura de Licenciados al terminar la carrera universitaria la promoción de la Facultad de Derecho de 1943-48, primera del Plan actual de estudios, y a la que se ha vinculado el comienzo de la nueva etapa universitaria en su más brillante simbolismo, renovándose las tradiciones que hacen perpetuar la historia del «Alma Mater» en la multiplicidad de las versiones anecdóticas e institucionales de la gran fa-

milia universitaria española. Hubo remembranza de siglos en la policroma perspectiva del Paraninfo, conjugándose la vistosidad espectacular de la Tuna y el académico desfile de sedosas togas y muçetas con la unción silenciosa del acto religioso y la algazara festiva y picante del «Vejamen».

Comenzaron los actos con el Santo Sacrificio de la Misa ante la lápida que recuerda los nombres imperecederos de los que rindieron su tributo en espíritu y en verdad a la restauración de la Universidad a través del prisma sacro de su muerte martirial, oficiando el Decano de la Facultad, don Eloy Montero; acto en el que se acercaron a la Sagrada Mesa los 118 nuevos Licenciados.

Después, la lección última del curso, en la emocionada expresión patriarcal de don Eloy, pletórica de emociones en largo tiempo acumuladas, y luego, el «Vejamen» a lo clásico, salpicado de chisporroteante y «vengativo» acento estudiantil, que versifica su momento de expansión por una vez. La «encerrona», que evoca la «triste nocturnada» de la preparación para el examen, entre oraciones, quejas y apretar de codos sobre los vetustos renglones. Luego, el «banco de la paciencia», para esperar como un acusado la sentencia, la llamada a lo sin remisión. ¡Cuánto y cuán cara motivación de recuerdo en los anales españoles de todos sus tiempos ofreció en la mañana del domingo 27 de junio de 1948 la Universidad de Madrid!

Por último, en el Paraninfo, que presidía el retrato del Caudillo, exornado con amplia enseña nacional, se iba a verificar la investidura de los atributos de Grado a la nueva promoción. Sobre la mesa del estrado, el Evangelio, para jurar, junto a un crucifijo del siglo xvii, severo y artístico. Próxima, una bella imagen barroca de María, esculpida en clara piedra y escoltada por frescas flores, iba a recoger el Juramento del Dogma y del Misterio marianos: la Concepción y la Asunción. El primero, como aquellos caballeros de estudio en el complutense recinto; el segundo, como hijos de la España de hoy, cara a los anhelos de la catolicidad de nuestro tiempo y como homenaje al Prelado de Madrid-Alcalá en

sus bodas de plata con la Diócesis, que ha querido que la Virgen sea el tema preferente de los obsequios de sus hijos.

El Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, que apadrinó la promoción, presidía con el Embajador de Portugal, doctor Carneiro Pacheco, quien usaba los atributos doctorales, y el Rector Magnífico, don Pío Zabala. En el estrado, toda la plana mayor académica y claustros, Mandos del S. E. U., representaciones, y esas notas de día mayor, como son las dalmáticas de los heraldos y los birretes de los maceros, entre la compacta presencia profesoral.

Muchedumbre de los estudiantes de todas las Facultades se asociaba al acontecimiento que protagonizaba su hermana la de Derecho, y la nueva promoción entraba precedida por la Tuna, que interpretó ágiles marchas de bandurria, abriendo paso al Claustro, tras el que hacían su entrada los nuevos Licenciados, vistiendo las togas por vez primera. Entre ellos figuraban cinco estudiantes hispanoamericanos, becarios en Madrid, por lo que lucían la ancha cinta azul en ángulo sobre el pecho, y un búlgaro, también becario en España. Oleada de rumores juveniles acompañó el desfile de los colacionandos, uno de los cuales, José Luis Herrero, en nombre de sus compañeros, saludó al Ministro, Rector y demás personalidades.

Una placa de plata, con dedicatoria de gratitudes, fué ofrendada al Claustro por la nueva promoción, y seguidamente, desde la Cátedra, don Vicente Gay habló, en términos de franca conversación de catedrático con quienes dejan de ser alumnos, del contraste entre la teoría y las realidades prácticas y de la obligación caballerosa de ser fieles al ideal. A continuación fué entregada la «bolsa de los maravedises» al bedel para abonar los «derechos», formulándose, por último, el juramento que caracteriza la investidura, que se llevó a efecto por el Rector, entregando éste a los colacionandos el birrete y los guantes. Una espada histórica, la misma que se utilizaba en la Universidad de Alcalá para actos iguales, fué empleada en el momento de la investidura para simbolizar la caballeresca promesa de los nuevos Licenciados de usar con justicia de su profesión de servicio a los supremos valores del Derecho.

Cerró la solemnidad, después de la felicitación del Rector, el

discurso breve del Ministro para proclamar la imperecedera significación de la fecha en la vida universitaria española, restaurada por Franco, y el «Gaudeamus ígitur», himno español que cantaron universitarios hispanos en el siglo XII y ha recorrido el mundo y la historia, resonó majestuoso en la amplitud del Paraninfo en boca de españoles y portugueses, ya que una representación de las Universidades lusas llegó expresamente para concurrir a este acontecimiento restaurador.

Fuera, ante la fachada, que lucía banderas nacionales y el anagrama clásico, pintado con sangre de toro, para seguir en el último detalle la costumbre renovada, fué la clamorosa felicitación de la muchachada a los que dejan de ser sus compañeros de aulas, entre la filarmonía de la Tuna.

E. BORRAS VIDAOLA



INAUGURACION DEL COLEGIO NACIONAL DE SORDOMUDOS

SU INSTALACION RESPONDE A LAS
NECESIDADES PEDAGOGICAS DE
ESTA ENSEÑANZA ESPECIAL

España fue la cuna de la docencia de los sordomudos y en Madrid se estableció en 1805 el primer Colegio

REMOZADAS sus antiguas instalaciones, ha abierto sus puertas el Colegio Nacional de Sordomudos. El Colegio ha quedado instalado en la antigua Escuela de Aparejadores, en cuyo edificio fué preciso realizar obras de adaptación, que, por el estado de conservación del inmueble, fueron más laboriosas de lo que en un principio se creyó.

Se habilitaron y remozaron clases, talleres, dormitorios, cuartos de aseo, patios de recreo y juegos y demás dependencias. Quedaron separados los destinados a niños de los que han de ser ocupados por las niñas, y se ha conseguido, en conjunto, una instalación completa de escuela primaria y de escuela profesional con los anejos a todo internado: capilla, clínica, laboratorios, cocina, comedor, etc. Se ha atendido, más que al lujo y a la ostentación, al fin práctico para el que ha de ser destinado el inmueble, sin olvidar aquellos detalles de buen gusto que den al internado el aspecto más semejante posible al hogar familiar.

Se ha buscado que la instalación responda a las necesidades pe-

dagógicas de esta enseñanza especial, procurando aunarla con la pulcritud y buen gusto del mobiliario.

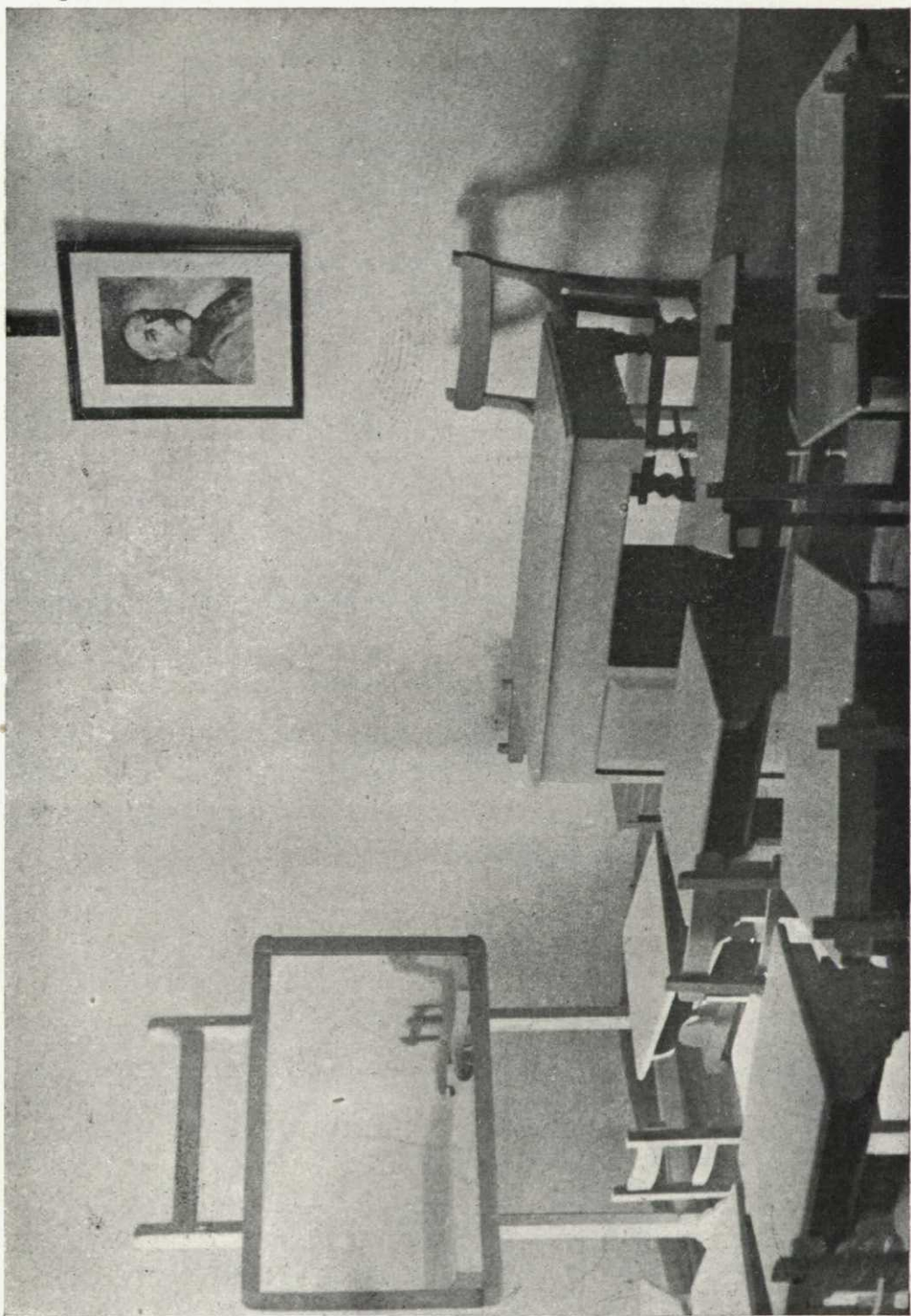
Pensóse en un principio en la construcción de un edificio de nueva planta; pero su elevado coste y, sobre todo, la tardanza de su construcción hicieron desistir del empeño. Por otra parte, no se encontraba edificio adecuado y los precios de los inmuebles eran crecidísimos, a los que habría que añadir el importe de las obras de adaptación.

Decidióse en su vista buscar un edificio propiedad del Estado con la capacidad suficiente. En San Mateo, 5, venía funcionando la Escuela de Aparejadores, que no utilizaba una gran parte del inmueble. Dispuesto por el Ministerio el traslado de la Escuela de Aparejadores a la de Arquitectura, quedó libre todo el edificio de la calle de San Mateo, en el que se ha conseguido una instalación, aunque modesta, decorosa, capaz de cumplir los fines a que es destinada, sobre todo teniendo en cuenta que, como el Ministro dijo en su discurso de inauguración, no es ésta una instalación definitiva y sí sólo una «estación de paso».

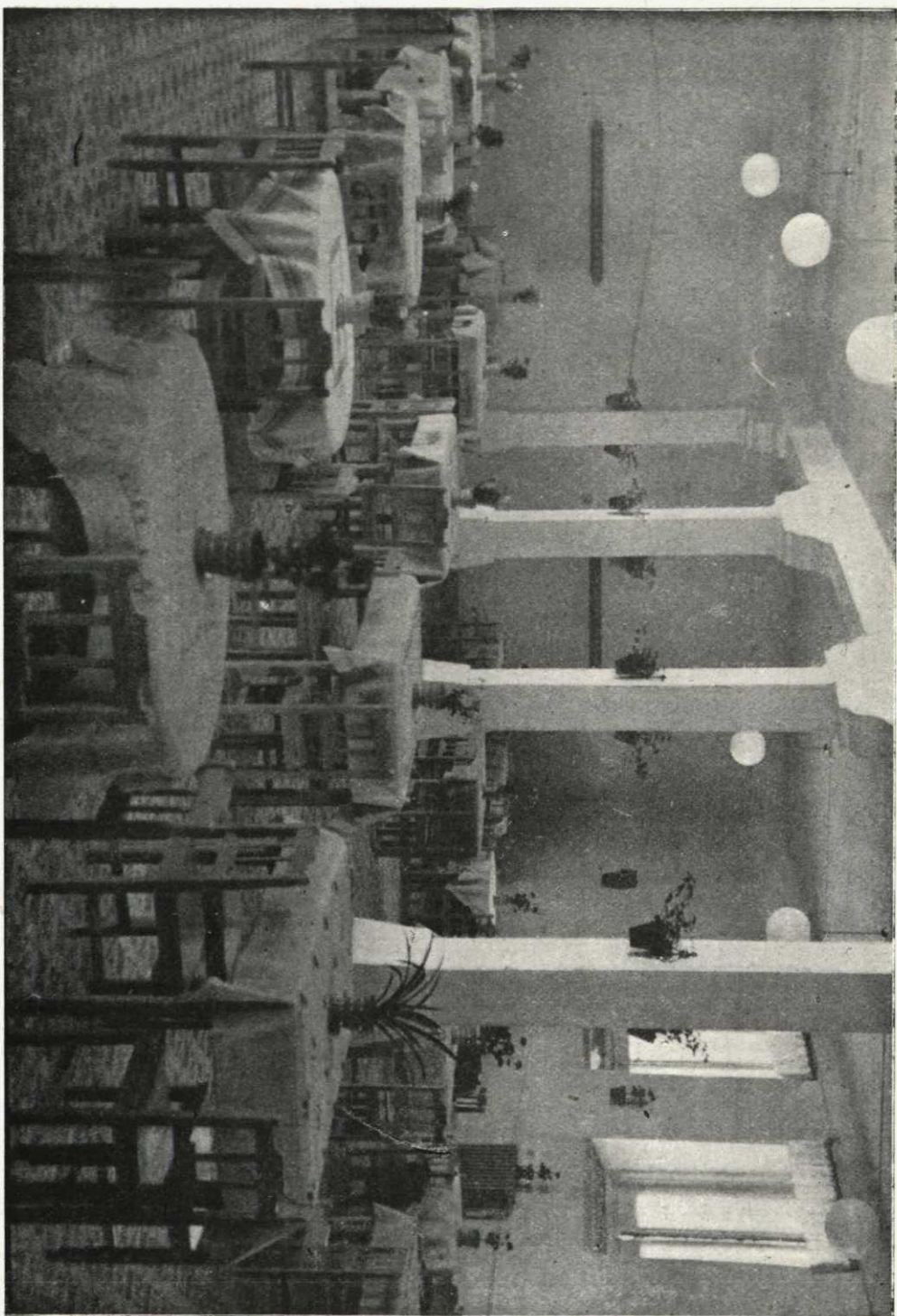
España, cuna de estas enseñanzas

Nos cabe la gloria de afirmar que España ha sido cuna de la enseñanza de los sordomudos. La trascendental labor, acometida por primera vez en el mundo con genial intuición, en el siglo XVI, por Fray Pedro Ponce de León, monje benedictino, seguida por Juan Pablo Bonet, Manuel Ramírez de Carrión, Jacobo Rodríguez Pereira y otros, fué el origen del Colegio, que, en 1805, se estableció en Madrid, en la calle de las Rejas, base y antecedente de este Colegio Nacional que acaba de reanudar sus actividades, abordando, en cuanto sea posible, los problemas que plantea hoy la situación de los sordomudos en España.

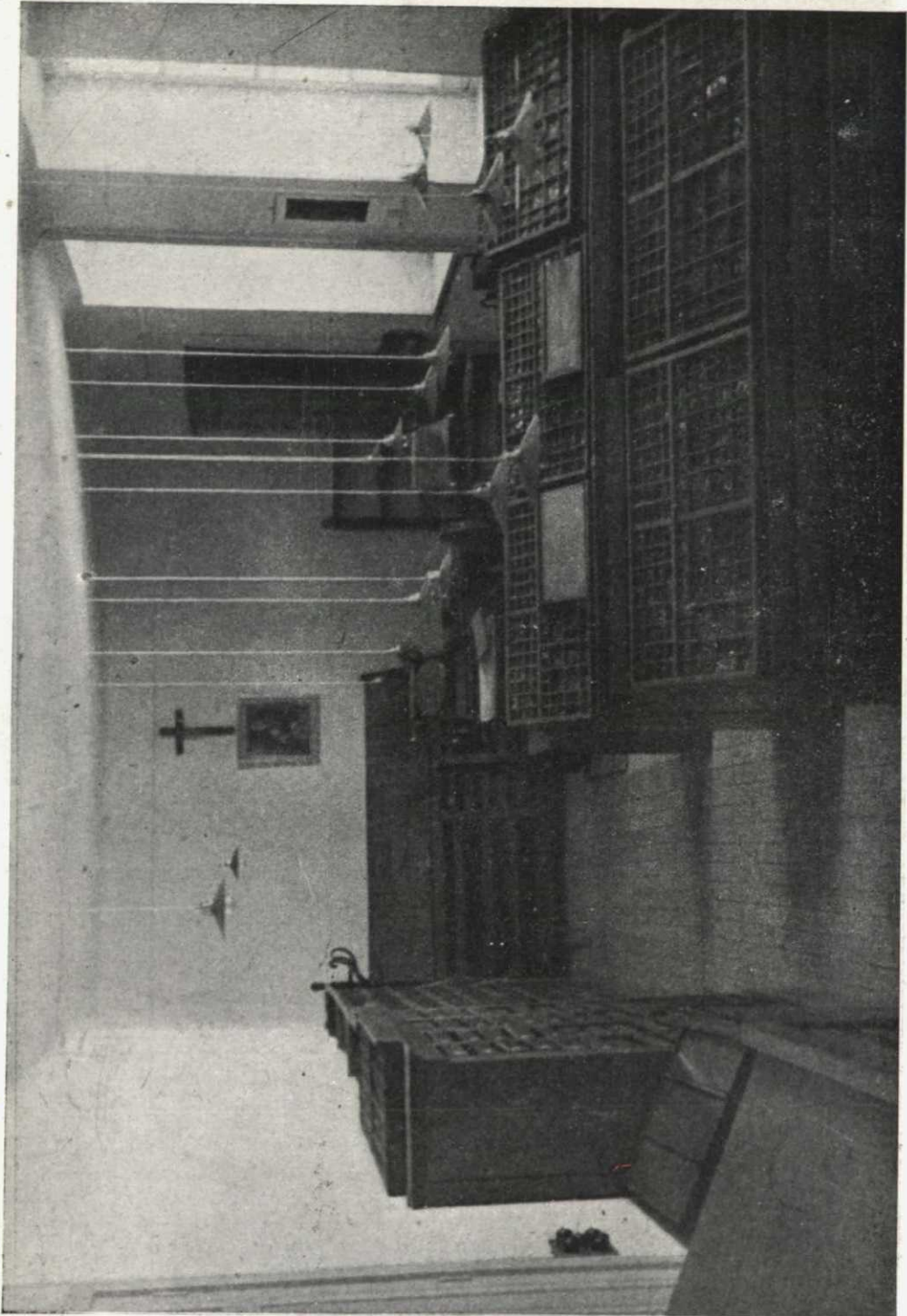
Ni su emplazamiento ni su capacidad responden a las exigencias de un internado modelo para niños menores de catorce años; pero con él puede iniciarse la triple misión de este Centro: edu-



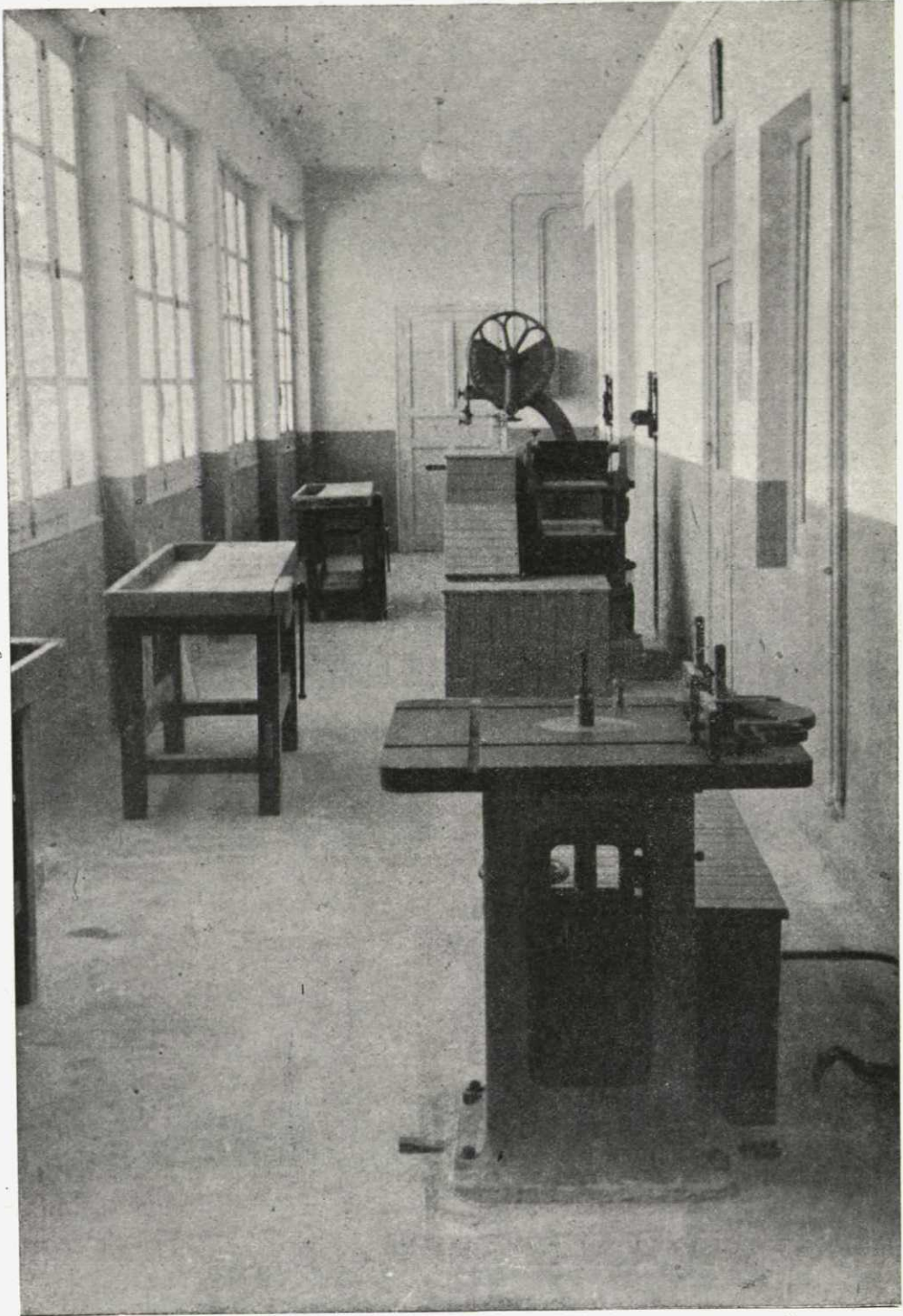
Detalle de una de las clases



El comedor del colegio



La clase de tipografía



Aspecto del taller de carpintería

cación del sordomudo, su preparación profesional y la capacitación de maestros especializados en este difícil ramo de pedagogía.

La instrucción del sordomudo (aunque un maestro con vocación puede realizar labor educativa con sólo disponer del alumno), bien puede llevarse a cabo en el Centro, mientras se dota a la capital de España de un internado de inmejorables condiciones higiénicas y pedagógicas, dedicado exclusivamente al período escolar.

Para la preparación profesional del sordomudo, el edificio de San Mateo reúne las condiciones necesarias para que el alumno, al abandonar el Colegio, no sea una carga ni para su familia ni para la sociedad, ya que puede salir con un oficio aprendido en los talleres con que actualmente cuenta el establecimiento y alguno más en proyecto, y si fuere preciso —ya que la situación del Centro así lo permite, sin largos desplazamientos—, acudiendo a otros talleres o a clases artísticas de categoría superior a las que aquí se dan, viviendo siempre en el Colegio y bajo la directa y estrecha vigilancia.

Como tercera misión, el Colegio ha de ser también seminario de capacitación para maestros, de extraordinaria importancia, ya que los más espléndidos y mejor dotados colegios de sordomudos, sin un profesorado idóneo, debidamente preparado y con los conocimientos nada fáciles de la especialidad, no son más que almacenes de niños y niñas, sin la menor eficacia cultural ni profesional.

El niño, preocupación de la pedagogía moderna

La pedagogía especial de sordomudos no escapa, y no debe escapar, a la influencia benéfica de las nuevas aportaciones de la ciencia de la educación. Es inútil pretender que la experiencia, basada en la rutinaria repetición de los mismos hechos pedagógicos, es suficiente para la educación y enseñanza de los sordomudos.

Antes sólo se tenían en cuenta los principios que rigen la lógica de las materias de instrucción: de lo simple a lo compuesto, de lo concreto a lo abstracto. Ahora, la preocupación de la pedagogía es

el niño; su modo de adquirir y formar conceptos, su evolución psíquica desde el conocimiento global egocéntrico y realista de los primeros años.

La pedagogía ha combinado prácticas y modos de hacer más comprensibles, más adecuados a los niños de cada edad, y, tratándose de sordomudos, separados por falta de audición de los estímulos que contribuyen a la formación de su pensar, es aún más necesario que en los normales la aplicación de las nuevas aportaciones de la pedagogía, si se quiere tener éxito, tanto en su educación e instrucción como en la de proporcionarles el lenguaje que les permita la convivencia espiritual con los hombres normales, capacitándoles para exteriorizar sus pensamientos por medio de la palabra y captar el lenguaje ajeno.

Se comprende así la importancia que ha de adquirir el Colegio que acaba de abrir sus puertas en el caserón remozado de la calle de San Mateo.



SE CREA EN SEVILLA UNA ESCUELA DE PERITOS INDUSTRIALES

En su construcción ha invertido el Ministerio de Educación cerca de ocho millones de pesetas

El 26 de febrero de 1943 el Ministerio de Educación Nacional recibió un preciado legado ofrecido por el Ayuntamiento y la Diputación de Sevilla. Cuatro edificios y un solar fueron cedidos generosamente por las Corporaciones de la capital andaluza para que fuesen destinados a Centros docentes. Entre los primeros se contaba el edificio, no terminado, erigido para Escuela de Trabajo, y los terrenos que la circundan. Están situados en Los Remedios, en la banda derecha del Guadalquivir, en el barrio de Triana. Estaban levantadas sólo las paredes de las salas de maquinaria y quedaban por construir las dependencias administrativas y las aulas para las clases teóricas.

Aprestóse el Ministerio de Educación con todo ahinco a la terminación de las obras, y en la tarde del 11 de octubre de 1948, y con ocasión de conmemorar la ciudad andaluza

el VII Centenario de su gloriosa Reconquista por el Rey Santo, el Jefe del Estado inauguró solemnemente la nueva Escuela de Peritos Industriales y Elemental de Trabajo.

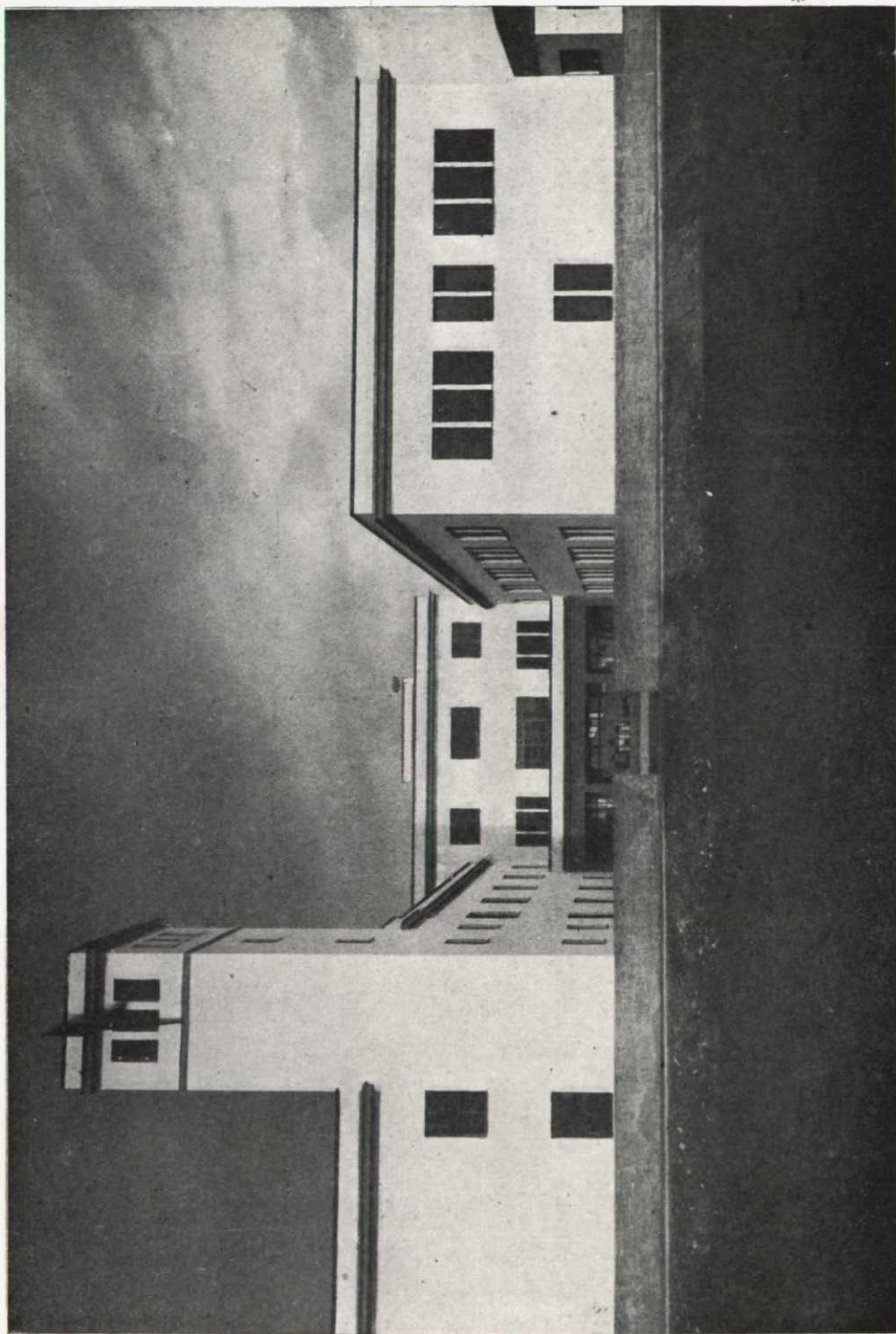
EL NUEVO EDIFICIO

El área edificada es de 12.118 metros cuadrados, de los que 4.900 metros se destinan a la parte de enseñanza teórica y laboratorios, y el resto, 7.218 metros, a talleres.

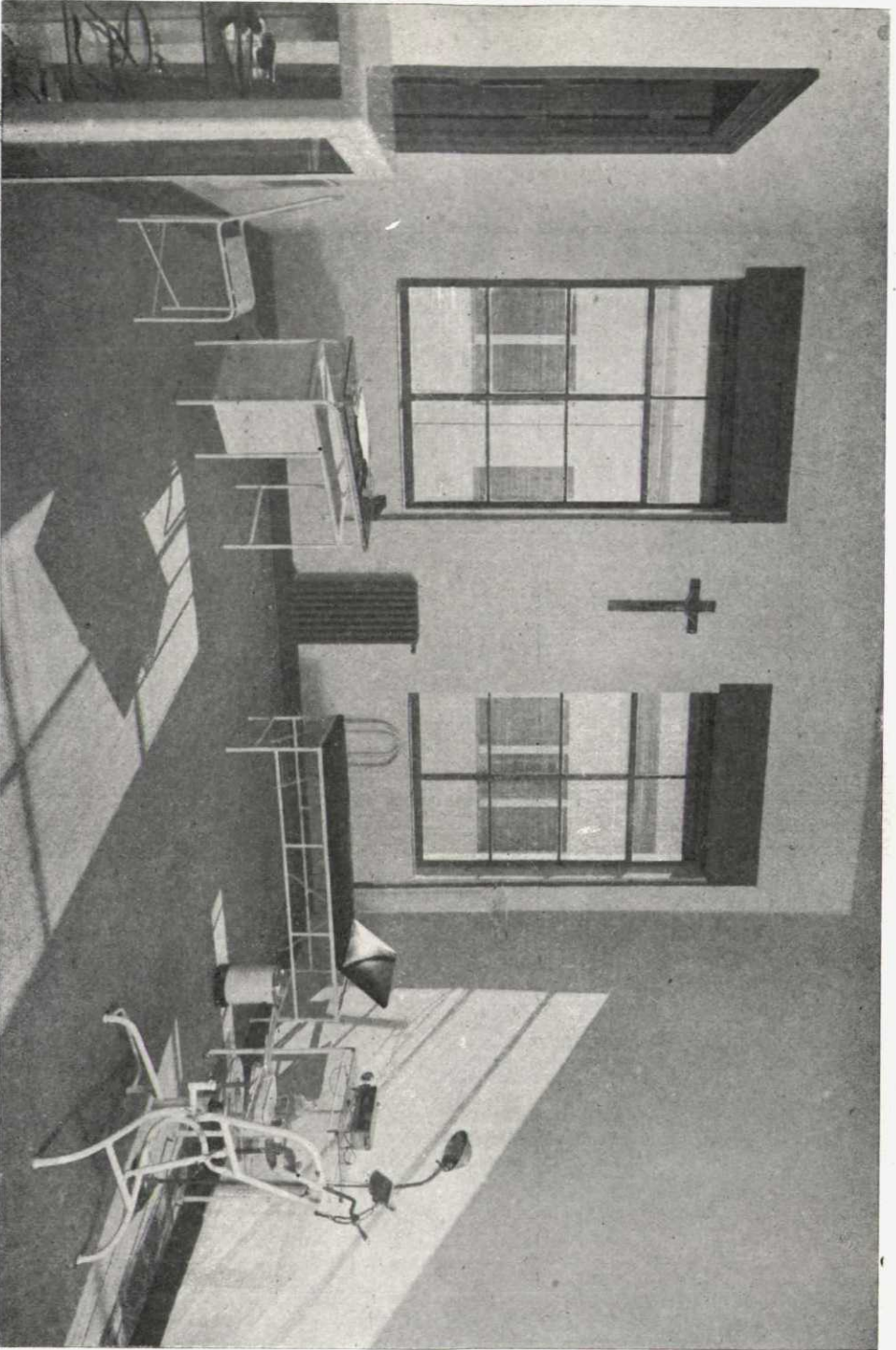
El edificio consta de dos grupos: uno, para la enseñanza teórica y experimental, y otro, para la enseñanza práctica de taller. Ambos forman dos unidades independientes, ligadas por una galería general de circulación.

El primer grupo está integrado por un gran patio, con pórtico, que da acceso al vestíbulo general. Al frente se halla la escalera, y a derecha e izquierda, las naves, donde se han instalado el Salón de Actos, las Oficinas del Patronato Local de Formación Profesional, Oficinas generales, locales de servicios, Biblioteca, Sala de Profesores, gran Sala de Dibujo y otra de Oficina Técnica. A la derecha del vestíbulo general se extiende otra nave, que alberga siete aulas con tres despachos de profesores, Laboratorio de Ensayo de Materiales, Laboratorio de Física y Química, Laboratorio de Electricidad, Laboratorio Fotográfico y Preventorio de Accidentes.

La escalera de acceso a la planta principal da paso a otro gran vestíbulo, igual al de la planta baja, del que se pasa, por la izquierda, a la tribuna del Salón de Actos y cabina de proyecciones, a las oficinas de Secretaría, despachos del Director y del Secretario y Oficina-Laboratorio de Orientación



Entrada principal de la nueva Escuela de Peritos Industriales de Sevilla



La clínica del Servicio de Psicotecnia

y Selección Profesional con todos los servicios completísimos.

A la derecha hay otra nave con siete aulas, con dos despachos de profesores, tres laboratorios de Química General, Química Orgánica y Análisis Químico y Química Inorgánica y Electrometalurgia, cámara oscura y almacén.

La planta segunda ocupa el centro del edificio y parte de la lateral izquierda. En el centro se hallan la Biblioteca, sala de estudios de alumnos, sala de antiguos alumnos, despacho del Bibliotecario y almacén de libros y servicios. En la parte lateral, la vivienda del Conserje.

LOS TALLERES

Entre el cuerpo de edificaciones descrito y los talleres se abre un ingreso, para entrada de alumnos, que lleva perchas para bicicletas, acceso al local de guardarropa y paso a talleres, con un bar para los alumnos.

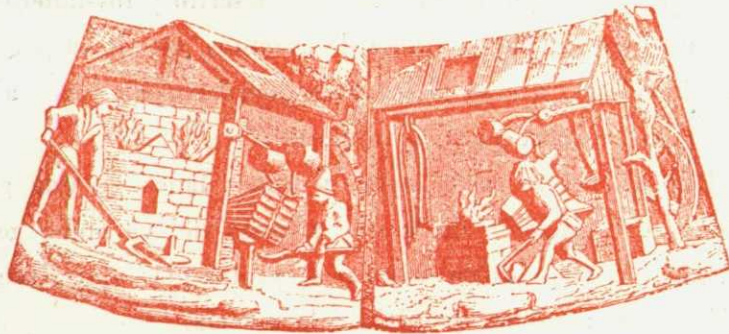
Los talleres se distribuyen a ambos lados de una gran galería, continuación de la que arranca del vestíbulo general. Están instalados en seis naves, y otra más, que sirve de unión entre aquéllas, paralela a la galería.

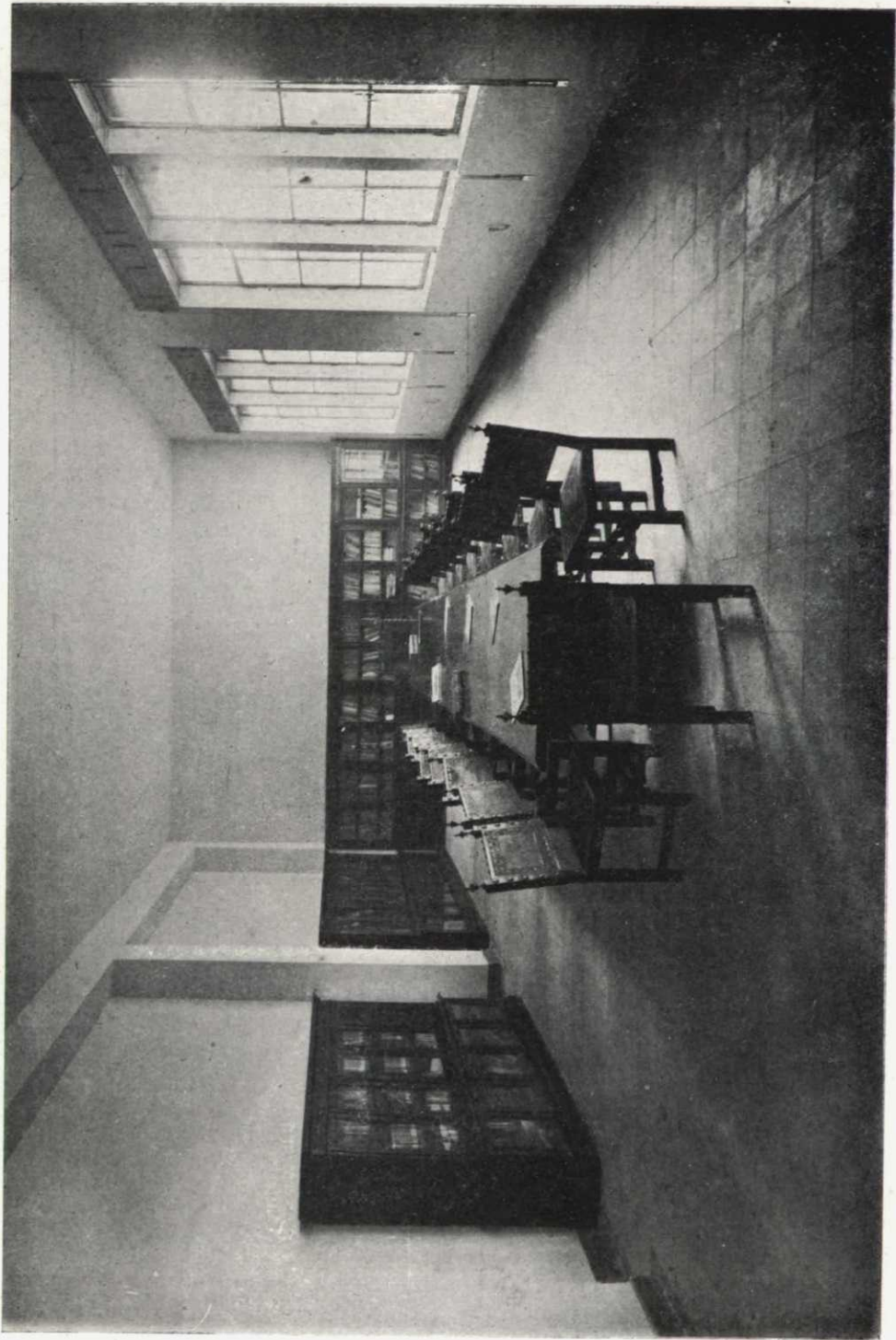
Existen talleres de electricidad de trabajos manuales, sala de máquinas y motores, taller de ajuste, máquinas-herramientas, hojalatería y calderería, forja y fundición, y debidamente separados, carpintería y maquinaria textil. En pabellón independiente se instalan los servicios de higiene con duchas.

Por último, en la planta de sótanos se albergan la instalación de calefacción, un almacén de combustibles y los almacenes generales.

Independiente de lo gastado por las Corporaciones sevillanas con anterioridad a la cesión del edificio al Estado, el Ministerio de Educación Nacional ha invertido en las obras cerca de ocho millones de pesetas.

Por su magnífico emplazamiento, la riqueza de sus instalaciones y la pujanza de su fábrica, la nueva Escuela de Peritos Industriales y Elemental de Trabajo de Sevilla es una de las mejores de España.





La biblioteca del Centro

VENTANA
AL MUNDO

LAS ESCUELAS PÚBLICAS EN GRAN BRETAÑA

Por J. F. WOLFENDEN

DIRECTOR DE LA ESCUELA PÚBLICA DE SHREWSBURY

ENTRE todos los elementos extraños e ilógicos que hay en la vida nacional británica, quizá las instituciones llamadas «Escuelas Públicas» parezcan las más extrañas e ilógicas de todas. No solamente ofrecen una tendencia educativa aparte del sistema nacional, sino que estas dos palabras «Escuela Pública» tampoco comprenden un contenido plenamente definido. Dicho título lo ostentan los establecimientos de enseñanza que, por cualquier razón, creen tener algo en común con Eton, Winchester o Rugby. Lo más parecido a una definición es decir que dichas escuelas están regentadas por directores que son miembros de la Conferencia de Directores de Escuelas. Ahora bien: dicha organización incluye escuelas para externos, pequeñas escuelas con internado y algunas que reciben subvenciones públicas, además de las tradicionales escuelas de internado completamente independientes. En realidad, no hay un solo aspecto común a todas las representadas en la Conferencia de Directores de Escuelas.

Pero, en la práctica, cuando un inglés usa dichas pala-

bras alude a las escuelas independientes de todo control público, con muchachos internos, y cuyo sostenimiento económico no está subvencionado por el Estado o las corporaciones locales. En este sentido popular, aunque ligeramente inexacto, emplearemos dichas palabras.

Inevitablemente, estas escuelas resultan costosas. Tienen un personal considerable, y los profesores reciben generalmente mayores sueldos que en las escuelas del Estado; han de hacer frente a grandes gastos para sostener los edificios y campos de juego y no cuentan con ningún subsidio público. Dependen enteramente, aparte de ciertos legados o sus rentas (casi siempre modestas), de las matrículas pagadas por los padres de los alumnos. Por esto tienen que ser elevadas, y, como consecuencia, el campo de reclutamiento ha quedado restringido a aquellas familias que pueden abonar de 175 a 300 libras esterlinas al año por alumno. Es decir, que los muchachos proceden de clases acomodadas.

Objeciones lógicas

Hace tiempo que se ha admitido lo insatisfactorio de tal situación. Hay objeciones lógicas, basadas en el más elemental sentido de equidad democrática, contra todo lo que suponga restringir cualquier forma de educación a un sector de la comunidad, especialmente cuando dicha forma de educación se tiene por la mejor por muchas gentes. Porque existe la opinión, mejor o peor acertada, de que la educación obtenida en dichos internados por los hijos de las familias pudientes es la mejor que puede ofrecer la Gran Bretaña. Si esto es así, ¿cómo puede justificarse su limitación a aquellos alumnos que

hayan nacido en familias ricas, sean cualesquiera sus méritos y capacidades?

Es importante consignar que esta pregunta no se la han hecho solamente los adversarios del sistema de escuelas públicas, que alegan motivos políticos o económicos. Se han hecho también, y con mayor insistencia, en el interior de las propias escuelas públicas. Porque quienes trabajan en ellas y creen en su eficacia, anhelan más ansiosamente que quienes las combaten desde fuera que dichas escuelas se abran a quienes merecen las oportunidades educativas que pueden hallar en ellas. No se trata de una campaña reciente; hace tiempo que se produjo un movimiento, dentro de las propias escuelas, en favor de un método de reclutamiento más racional de sus alumnos. A petición expresa de la propia Conferencia de Directores de Escuelas, y de común acuerdo con la Asociación de Consejos de Dirección, Mr. Butler, Ministro de Educación, creó el Comité Fléming, en 1942, para que informara acerca del modo en que las escuelas públicas pudieran quedar más estrechamente asociadas al sistema nacional de educación. Muchos años antes de que se constituyera el Comité Fléming, varios directores habían tratado, en sus respectivas escuelas, de ensayar algún método practicable, y hay algunos en funcionamiento, de acuerdo con autoridades educativas locales. Ahora se trata de establecer un sistema genuinamente nacional.

Las dificultades financieras

Hay varias dificultades fáciles de comprender. La primera es de carácter netamente financiero. Las escuelas se sostienen de sus matrículas. Si han de seguir manteniendo los servicios

y comodidades que ofrecen en la actualidad, y si siguen atrayendo al mejor tipo de profesores y pagándolos adecuadamente, necesitan un medio, sea el que sea, para mantener sus ingresos presentes. No pueden aceptar muchachos procedentes del sistema nacional de un modo gratuito, y si los padres de los alumnos no pueden abonar las matrículas, éstas deberán ser satisfechas por el Estado o las corporaciones municipales.

Pero aquí surgen las dificultades. Algunas autoridades educativas locales pueden alegar que no encuentran justificado en gastar 200 libras esterlinas anuales de los fondos municipales para enviar un muchacho a un internado fuera de su zona municipal cuando dentro de ella existen ya escuelas externas perfectamente adecuadas. Otras autoridades educativas locales rechazan abiertamente el sistema de las escuelas públicas y no están dispuestas a gastar los fondos públicos en sostener un sistema de educación que creen debe abolirse. Por otra parte, las propias escuelas no están siempre muy propicias a aceptar subvenciones públicas, por creer que implica cierto control exterior y porque defienden su independencia por encima de otra consideración cualquiera.

Las dificultades financieras no son las únicas que se presentan. El número de plazas que las escuelas públicas pueden ofrecer a los muchachos procedentes del sistema nacional es muy pequeño. En la actualidad están llenas y tienen largas listas de futuros alumnos. Por esto, si se aceptaran muchachos de aquel sistema, habría necesidad de excluir a un número igual de sus «clientes regulares». Si el número de plazas disponibles es reducido y la demanda tan numerosa, ¿qué criterio va a adoptarse para seleccionar los candidatos del sistema nacional?

Se arguye que el factor determinante debe ser la necesidad

de cualquier niño por una educación interna. Naturalmente, si los padres del alumno están en el extranjero, o divorciados, o no tienen posibilidad de ofrecerle un ambiente familiar adecuado, la necesidad de tenerlo interno es tan apremiante que debe satisfacerse. Pero también hay que tener en cuenta a los muchachos que viven en lugares alejados de una buena escuela secundaria. Para ellos deben reservarse también plazas en las escuelas de internado.

Otras personas toman un punto de vista diferente. Alegan que el principio fundamental de la Ley de Educación de 1944 es que cada niño reciba la educación más adecuada a sus aptitudes y posibilidades. Teniendo esto en cuenta, afirman que esta forma particular de educación debe darse a los muchachos cuyas cualidades personales le capaciten para ello, sin tener en cuenta los méritos y medios económicos de sus padres.

Creación de un Comité especial

Todas estas cuestiones, y muchas de un tipo análogo, están estudiándose por un Comité creado especialmente por el Ministerio de Educación para informar acerca de la educación en colegios de internado. Están representados en él los Directores y Consejos de Dirección de las Escuelas Públicas, en unión de otras organizaciones de profesores y administradores. El Comité dispone de estadísticas detalladas y recientes del número de plazas ofrecidas por las escuelas públicas y de las pedidas por las autoridades educativas locales. Una de sus misiones será tratar de armonizar la oferta y la demanda.

Todos reconocen, sin embargo, que el número de plazas que pueden ofrecer las escuelas públicas no basta para resolver el problema. Poniendo a prueba toda su buena voluntad,

no pueden suministrar más del uno por ciento de cualquier grupo de edad del sistema nacional. Cuantitativamente, su contribución es insignificante, aunque cualitativamente sea de gran importancia. Su oferta apenas es algo más que un gesto, pero un gesto que tiene positivo valor. La verdadera solución del problema está solamente en aumentar en gran escala el número de escuelas con internado. Hasta que el Estado o los Municipios no construyan número suficiente de escuelas para internado no habrá medio de facilitar dicho tipo de educación a todos los muchachos que lo necesiten o con aptitudes y capacidades que les hagan dignos de ello. Y hasta entonces tampoco podremos decidir de un modo preciso el valor de la escuela de internado como instrumento educativo. Hasta ahora, las condiciones del experimento no han podido desarrollarse con un criterio de pureza, porque la educación de muchachos internos ha estado siempre relacionada con los antecedentes familiares, sociales o económicos de los interesados. Cuando las escuelas de internado estén abiertas a todos, veremos funcionar el experimento en condiciones adecuadas. Y entonces dejará de ser cierto el dicho de que sólo hay dos medios de que un muchacho esté interno en una escuela: bien porque procede de una familia rica o porque ha cometido un delito de tal gravedad que los Tribunales le han recluso en una Escuela-Reformatorio.

Hay un hecho cierto. Las escuelas públicas han prometido (por medio de una resolución aprobada unánimemente en la Conferencia de Directores) hacer cuanto esté a su alcance para ayudar al Comité nombrado por el Ministerio de Educación en su misión de facilitar el internado a todos los jóvenes que lo necesiten o lo merezcan.

ORGANIZACIONES LATINO-AMERICANAS EN LONDRES

Por JOSÉ UGIDOS

LAS actividades hispanistas en Inglaterra están en su auge ahora merced a la reciente creación, en Londres, de diversas organizaciones y entidades, de carácter social y cultural, relacionadas con la América Latina, y que vienen a engrosar las filas de estas otras corporaciones que tanto bien han hecho por las relaciones anglolatinoamericanas, tales como el Hispanic Council, the British and Latin-American Chamber of Commerce, River Plate House, etc., y de esas otras entidades, más directamente relacionadas con España, como Anglo-Spanish Society, Instituto Español, Instituto de España, Centro Español, Amigos de España, la Casa de España, etc.

Además de los citados centros, que abarcan los pueblos hispánicos en general, en el fomento de los intereses puramente hispánicos, van ahora surgiendo centros relacionados con países determinados de Hispanoamérica, formando, por así decirlo, una cadena áurea de influencias benéficas; todos ellos tendentes al gran ideal del Hispanismo. Y así, tenemos: Anglo-Chilean Society, Anglo-Colombian Chamber of Commerce, Argentine Club, Anglo-Mexican Society, Iberian Society, Argentine Chamber of Commerce, Friende of Uruguay Society, Latin-American Society of Great Britain, British Mexican Society, etc.

«INSTITUTO CULTURAL RIOPLATENSE»

De creación recentísima es otro centro, que ha de tener una gran influencia en los destinos anglohispanoamericanos, y que lleva el nombre de «Instituto Cultural Ríoplatense», o Hudson House. Incorpora dos grandiosos edificios del West End, que para este fin adquirió, con su habitual munificencia, ese gran patriarca del hispanismo en la Gran Bretaña, Sir Eugen Millington-Drake, que durante muchos años fué Embajador británico en Uruguay, así como representante del British Council en toda la América Latina, y quien, no solamente mantiene la llama del fervor anglohispanoamericano con espléndidas donaciones becarias a centros docentes y culturales, como las que fundó en el Royal Naval College, de Dartmouth, sino que, con un increíble dinamismo, constantemente está poniendo en contacto elementos influyentes de las esferas intelectuales y sociales británicas e hispanoamericanas por medio de periódicas reuniones, banquetes, recepciones, conferencias, etc.

Tan metódico se muestra Sir Eugen en este su gran ideal de crear en Londres un digno Centro de relaciones con los pueblos ríoplatenses (Argentina, Uruguay y Paraguay), y con tanto sentido organizador se ha lanzado a la empresa, que recientemente trajo de allende los mares un selecto grupo de doctos especialistas, que con él colaborarán en el establecimiento de una gran Biblioteca en dicho nuevo Centro Cultural Ríoplatense. También organizó una serie de visitas de personalidades ríoplatenses a las Universidades inglesas. Y todo el peso financiero de estas actividades, y muchas más, recae sobre los hombros de ese nuevo mecenas del Hispanismo en la Gran Bretaña: Sir Eugen Millington-Drake.

«HISPANIC & LUXO-BRAZILIAN COUNCILS»

En cuanto al «Hispanic & Luso-Brazilian Councils», su historia de fomento anglohispanoamericano es bien conocida, con sus numerosas actividades de carácter cultura, social y educa-

tivo, por las variadas misiones comerciales, sociales y diplomáticas, tanto en Inglaterra como en toda la América Latina, por sus Cursos de Verano y su vigorosa revista bimensul: *Vida Hispánica*; todo ello bajo la égida de ese selecto grupo de varones ilustres que forman su Junta Superior, bajo la presidencia de Viscount Davidson.

Pero ahora, más que nunca, está el Hispanic Council en posición de desarrollar en toda su plenitud los grandes ideales que animaron su fundación merced a las potencialidades físicas incorporadas en sus nuevos y magníficos locales de Upper Berkeley Street, así como merced al dinamismo y alta representación del grupo de directivos que hoy encauzan sus destinos. La más reciente de sus actividades fué el gran Curso Universitario de Español bajo la dirección de su joven y distinguido «Educational Director», Mr. J. H. Mundy, quien tuvo como colaborador principal, a la cabeza de la Sección Erudita, al docto Profesor Wilson, de King's College, Universidad de Londres. A este curso asistieron principalmente maestros de español, a fin de recibir un adiestramiento intensivo en cosas hispánicas e hispanoamericanas. Una nueva característica introdujose este año: fué el establecimiento de una Residencia Estudiantil, anexa a la Universidad, donde se celebraron numerosos actos sociales y académicos, en forma de funciones teatrales, veladas literarias, conciertos, etc., bajo la dirección del «Resident Host», D. José Ugidos.



LOS LIBROS

HOSPITAL GENERAL, por MANUEL POMBO
ANGULO. - «Ancora y Delfín». - Ediciones
Destino, S. L. - Barcelona. - 40 pesetas.

Nos afirma esta obra de Pombo Angulo en algo que hemos mantenido siempre: esto es, que la novela no es arte de juventud. Y no lo es, porque la novela exige que el autor se haya planteado de una manera seria el problema del hombre, puesto que, como manejador de hombres, toma vecindad en el mundo de la creación literaria. Pero plantearse el problema del hombre significa sentirse tal; y eso, honradamente, sólo puede sentirse después de haber vivido el impulso de la primera juventud, la amargura desengañada de los treinta años y haber alcanzado la serenidad y el aplomo de la experiencia, pasados los cuarenta, que limpian la retina empañada y dejan ver claro lo que hasta esa edad se ve confuso, delimitando perfectamente los contornos de cuanto nos rodea. Esa edad en que, cuando el hombre pronuncia el «soy», vuelve la cabeza para darse cuenta de cómo son los demás, de aquellos que han vivido a su lado, sin que fueran por él advertidos. Y esa facultad —tengo la evidencia— no llega a nosotros hasta haber dejado lejos la línea de los treinta y cinco años. Por eso —según mi entender—, el momento en que comienzan a contar las creaciones del novelista, cuando se puede asegurar si éste lo es o no, es aquel en que se logre la serenidad, sin ponerle a ésta una medida de años. Cuando ese momento llega, encuentra el material hombre en la plenitud de sus facultades intelectivas, físicas y morales: el hombre acabado, como ser que va a entrar en circulación. Porque es

preciso tener en cuenta que los tres elementos más importantes que el novelista maneja —personaje, ambiente y misterio— son consecuencia de un haber vivido, de un conocimiento; y conocer, no es saber por referencias. Ese conocimiento vital no lo prestan las lecturas, por muy copiosas que éstas hayan sido. Lo da el roce cotidiano con la vida; y el saber, todo lo más que hace es dotarnos de capacidad para discernir ante lo vivido.

Así, en este *Hospital General* encontramos, sobre una serie de aciertos del buen escritor que es Pombo Angulo, como únicos defectos su juventud y su prisa, junto con un prejuicio tecnicista del arte de novelar, que le obsesiona, y un propósito ambicioso, de gran novela, que no puede reducirse a los límites de las páginas de este libro ni a las exigencias de esa prisa que dejamos dicha. Pero vamos a entrar de lleno en la obra de Pombo Angulo y, analizándola, marcar lo que antes apuntamos.

En *Hospital General*, como primera impresión, se advierte demasiado al desnudo su esquema: le faltan músculos y piel. Así, nos damos cuenta de que *Hospital General* ha nacido como propósito de novela antes de existir el personaje que la pusiera en marcha; el propósito que Pombo Angulo se hizo de realizar una novela de tipo determinado con anterioridad; la novela de la formación del hombre de nuestro tiempo o, cuando menos, la de un sector de la Humanidad actual. Y es esa idea general de novela la que, como episodio necesario, hace que surjan los personajes. *Hospital General* puede ser clasificada entre ese tipo de novelas que denominaremos «retablo», donde el personaje se diluye en varios y el protagonista, en realidad, es el ambiente. Pero esto, que lo inicia Dostoiewsky en su *Los hermanos Karamazov*, lográndolo plenamente, queda un poco en el aire en esta novela de Pombo Angulo. Y sucede, porque, en tanto el gran novelista ruso hizo de cada uno de sus personajes un protagonista perfectamente definido, acabado, que se tenían en pie por sí mismos, y el ambiente resultaba como una campana, dentro de la cual se desenvolvía la acción, en *Hospital General*, los personajes apenas si están insinuados, y, al quererlos el autor contrastar, para del contraste fijar la psicología de cada uno, le resultan rígidos, unilaterales, como muertos o como muñecos movidos por él, sin flexibilidad humana. Consecuencia lógica de haber nacido en virtud de la novela pensada y no haber sido ellos los que han hecho inevitable la novela.

Por ello, da igual el ambiente en que el autor los coloque, ya



que los personajes no respiran, no sienten ni padecen de una manera normal —aun dentro del caso novelesco—, como sentirían si cada uno de los personajes estuviera vivido, estudiado en todas sus reacciones y palpitaciones. Y es que Manuel Pombo Angulo, luego de estructurar magníficamente sus personajes, deja que se le mueran en las manos, sin conseguir infundirles alma propia. Así, nada es de extrañar que los ambientes, maravillosamente descritos, se le pierdan en pura plasticidad por defecto de acción y de latido humano, quedando en lograda estampa pictórica. Y personaje y ambiente plásticos, el misterio de *Hospital General* ha de conseguirlo Pombo Angulo de una manera cinematográfica, trasladándonos de un lugar a otro con rapidez de giróscopo, eludiendo la acción normal perdida.

Para acabar, diremos que *Hospital General* es una gran novela por hacer, y que su autor, escritor indudable, lo comprenderá así y hará de ella, dejando correr algunos años, una de sus mejores novelas.

La edición, plagada de erratas imperdonables, que llegan hasta confundir los nombres de los personajes.

EUGENIO MEDIANO FLORES

FORMACION DE LA INTELIGENCIA, por el
Padre ALBERTO GOOSSENS S. J.
Editorial Difusión, S. A. — Buenos
Aires, 1944.—240 págs.

Nos llega de la República Argentina, con algún retraso, pero oportunamente, un sugestivo libro, que, dentro de la más sana línea formativa, supone un hallazgo indiscutible. No es frecuente hallar accesibles manuales en el campo de la autoformación. La extrañeza, o infrecuencia, es tanto más estimable cuanto que la obra que comentamos se dirige a los jóvenes que cursan la segunda enseñanza. Mas es bien cierto que toda persona a cuyo cargo se halle la dirección de juventudes, desde la enseñanza más elemental hasta la Universidad, hallará aquí sanos y aprovechables elementos de meditación.

El libro, originariamente ha sido redactado en francés y para Francia. La traducción, de R. M., es fiel, y cuando deja de serlo, lo hace únicamente para acentuar ese grado de personalización a

que tan dados son los pedagogos de la Compañía de Jesús. Quizás se note aquí excesivamente esta marcada influencia del diálogo en presente, de la más pura raíz ignaciana, que sitúa en primer plano al lector, dando entrada a toda su actividad en la trama. Actualiza el consejo, esto es. A veces, en su afán de aproximar tiempo, espacio y sentir, diluye el contenido ontológico de su idea, pero la eficacia es innegable. El joven que lee este libro del Padre Goossens, indudablemente se siente llamado al diálogo; advierte que son sólo para él las líneas del texto. Cúmplese así una finalidad apostólica que vitaliza su contenido. En suma: el libro es eminentemente formativo. La siguiente enumeración de algunos de los temas tratados nos indica hasta qué punto es conforme su título con el contenido. Más que formación de la inteligencia, trátase de un intento de formación integral del joven. No se olvida ninguna de sus potencias a lo largo del diálogo fecundo. Por eso es incompleta la portada: «Formación de la inteligencia», no dice exactamente todo lo que contienen esas apretadas doscientas cuarenta páginas. Es cierto, sí, que ese aspecto está tratado con singular preferencia, pero basado hasta cierto punto en un robustecimiento de las otras dos potencias anímicas: la memoria y la voluntad.

Se inicia el libro con un prólogo, breve para más bondad. La primera palabra que el autor stampa en su obra es el pronombre *tú*. Ya en la línea del conversar, todo será dicho llanamente. El jesuíta se ha situado frente al lector juvenil. Ambos dialogan plácidamente sobre temas de piedad, primero. Es para el autor esencial un previo calar en la corteza de nuestra religiosidad. De ahí el consejo piadoso, la práctica cotidiana de hombre tocado por la gracia del Señor. Ese «al levantarse» es un sometimiento de intelectual a la bondad suprema de Dios, que forma más que cien textos de disciplina secular. Luego tratan —ambos: Padre y muchacho— del estudio propiamente tal; de las conversaciones, de la santificación de las obras pequeñas... En suma: un compendio ligero y fecundo de moral práctica llevada a las letras de molde. Pero el mejor capítulo, sin duda, es el que dedica al trabajo. Señala los caracteres del trabajo intelectual, que cifra en ser personal, atento, sin ayudas y amoroso. Aquí vierte el autor toda su ciencia experimental de la educación que muchos años de práctica liberan de error. Como se ve, hasta ahora se contienen todas las proposiciones precisas para una auténtica formación integral. La propiamente del intelecto ocupará las cien páginas siguientes.

Tres capítulos dedica al estudio de la formación intelectual estricta. El primero, para hacer una atinada división de los hombres, de acuerdo con su diversidad intelectual: tipo intelectual puro, tipo representativo sensorial y tipo representativo afectivo. Esta previa clasificación es poco menos que imprescindible para entrar a fondo en el conocimiento del tema. Es tan original la forma como trata estos aspectos, que, sin poderlo evitar, el lector ha encajado ya su ser, su modo de ser, en uno de los tres ejemplos de tipicidad. He ahí otra de las ventajas del actualizar cuando se escribe con ánimo formativo. Luego nos enseña cómo hay dos grandes grupos de inteligencias: las aceptadas por el automatismo y las libres de tal automatismo. Las primeras fueron mal formadas, o no lo fueron, y paulatinamente se vieron obligadas a unir sus ideas de una manera única, convirtiéndose en auténticas autómatas, esclavas de su modo de pensar. Sus ideas son inconexas, sin disposición lógica. Estos individuos poseen una emergencia nula; ninguna facultad domina a las otras ni constituye núcleo polarizador de actividades o aficiones. Son lo que el Padre Goossens llama «brújulas descentradas». Aquí caben los incoherentes puros, las inteligencias pueriles y frívolas, los alborotados y distraídos, los múltiples, los dispares, los imaginarios afectivos, los delirantes sistematizados, los grandes imaginarios... Dentro de este concepto automático del intelecto, tenemos igualmente a los ininteligentes, a los rutinarios y a los estrechos de espíritu. Todos son tratados concisa y exactamente, con miras ejemplarizantes, en el libro que comentamos. Entre las inteligencias libres de automatismo incorpora a las que mantuvieron celosamente los frutos de la cultura adquirida, y a las que caracteriza la flexibilidad y el cuidado con que custodian el venero de su libertad intelectual que les preservó del automatismo. Esta distinción es importante para comprender el sentir del autor. Arranca de ella toda la tesis de este libro. Aquí, entre los libres del automatismo, ensarta a los analistas —escrudinadores y críticos— y a los sintéticos —positivistas y especuladores—. Queda así completo el cuadro en la materia. Nada escapa a los sagaces atisbos del autor: aunque a veces, por ánimo de aclarar, desdeñe matices importantes, en ocasiones imprescindibles, por muy asequible que se quiera situar la Psicología.

Por último, señala los métodos concretos para adquirir determinados conocimientos —históricos, lingüísticos, matemáticos—, llenos de consecuencias hermenéuticas y de ejemplarizantes conclu-

siones. Esta parte didáctica precede a una postrer colección de consejos para la lectura y escritura correctas; para hablar con destreza, para cultivar la memoria. Y como colofón merecido que retrata la piedad del autor, un capítulo dedicado a la Santa Patrona de los Estudios, la Madre de Dios.

Premeditadamente hemos dejado para el final una nota, la más importante. Son las referencias bibliográficas a que este libro remite. Sin duda, el autor ha tenido en cuenta todo lo escrito hasta la fecha sobre educación. Aunque no fuera más que por su valor bibliográfico, la obra merecería ocupar un lugar destacado entre las que tratan de temas educativos. El aislamiento que padeció nuestra Patria durante algunos años impidió que numerosas obras extranjeras fueran conocidas de nuestros estudiosos. Pues aquí hallamos recopilados todo lo escrito en Europa y América, durante los últimos años, sobre la educación de la inteligencia. Al final de cada capítulo, en unas composiciones tabulares, aparecen las listas bibliográficas, que contienen más de doscientas citas. Este esfuerzo indudable del Padre Goossens sería suficiente para justificar la obra. Por ello nos sentimos satisfechos de poder recomendar su estudio a los profesionales españoles de la educación, en la seguridad de que nuestro consejo no les dejará defraudados.

JOSÉ MANUEL ALONSO

VIDA DE JESUS, por PLINIO SALGADO.

Traduc. de Vázquez Doderó. — Escelicer. — Madrid.

El ilustre escritor brasileño Plinio Salgado ha escrito una magnífica biografía de Jesús. Pocas veces puede prodigarse el elogio al comentar un libro. La tónica general de nuestro tiempo es bastante mediocre; verdad es que apenas se lee, y los literatos no sienten el menor estímulo para dar cima a una obra, sabiendo de antemano que no tendrá ninguna compensación su esfuerzo.

Tal vez por ello sea más de admirar esta *Vida de Jesús*, que nos brinda Plinio Salgado, y en la que hallamos, aunadas, la belleza de las descripciones, su sentido emocional y poético, la riqueza de datos y detalles con que ambienta la época, la pasión vibrante del relato, su tono combativo y ardiente.

Muchas semblanzas se han publicado sobre Cristo; millares de libros han glosado su drama; sin embargo, pocos lograrán, como el de Salgado, una evocación tan maravillosa, tan viva y humana, tan inquieta y profunda, ni que tanto impresione.

Leyendo esta *Vida de Jesús*, en la que resalta la evolución social y humana que el cristianismo provoca en el mundo, nos preguntamos cómo es posible que los hombres hayan llegado a un estado de cosas semejante al que hoy aflige a la Humanidad. Indudablemente, se ha olvidado que el cristianismo elevó al individuo de su condición de esclavo, de objeto sin alma, a su rango de persona. Pero también es cierto que la doctrina del Rabí de Galilea sólo la practicaron en su íntegra pureza su predicador y sus discípulos. Después, los seres humanos fueron olvidándose de sus conceptos, y el egoísmo acabó desvirtuando los altos valores que propagó el cristianismo, como medio de redención humana.

No hace mucho comenté una obra apasionante de Giovanni Papini; las acusaciones que el apócrifo Papa Celestino VI dirige a los hombres podrían hacerse hoy a los que se llaman cómodamente cristianos, lo que no les impide desentenderse de las necesidades de su prójimo, ni molestarse siquiera lo más mínimo por atender o remediar los males de sus semejantes.

La expulsión de los mercaderes del templo se repetiría en el mundo moderno, en donde tanto fariseísmo lesiona la pureza de la doctrina de Cristo. Actualmente, los hombres se parecen más que nunca a los lobos, ya que todos sus instintos salvajes se ponen de manifiesto con un descaro antihumano.

Ese mismo egoísmo fué el que Jesús vino a combatir a la tierra, para redimir a los hombres de sus miserias.

Plinio Salgado pinta con vigoroso colorido y apasionado acento la Vida del Nazareno; desde su infancia hasta su Muerte, coronando el alto destino que Dios le impusiera. Y en esas estampas, que Salgado describe con los más exquisitos matices, revive toda la epopeya grandiosa de la Vida y Pasión de Cristo.

La obra de Plinio Salgado es de las que se releen detenidamente, saboreándola en cada nueva lectura, porque sabe calar hondo en el alma y dejar en ella la impresión del drama más singular que vieron los siglos.

La traducción, de Vázquez Doderó, es excelente, y la edición, esmerada y selecta.

CERVANTES EN COLOMBIA, por EDUARDO CABALLERO CALDERON. — Publicaciones del Patronato del Centenario de Cervantes. — Madrid, 1948.

Todos los pueblos de la América del Sur mantienen vivo y constante en el sucederse de las generaciones de lingüistas y literatos el amor a Cervantes.

Un profundo y noble amor al que les dió un tesoro como no se ha conocido otro igual en la historia de la literatura universal de los siglos pasados y como será difícil vuelva a producirse en los tiempos venideros. Toda América, de un extremo a otro, en este o aquel siglo, ha dado, por la pluma de sus mejores adelantados, un florón de libros y trabajos en torno a Cervantes, en torno a su Don Quijote; florón o florecilla que con grandiosidad o modestia se distinguieron siempre con el respeto y la emoción de que venían penetradas las páginas del estudio erudito o del simple artículo literario.

Argentina y Chile, el Perú, Méjico, Uruguay, el Paraguay, Bolivia y toda América se encuentran presentes en las bibliografías cervantinas con infinidad de nombres, con un número inmenso de fichas, que en su frialdad de cartulina guardan un calor singular, una emoción profunda. Entre esos países americanos que en los tiempos en que muere el siglo XIX y va caminando nuestro siglo XX mejor han estado presentes en los elogios a Cervantes y al *Quijote* está Colombia la maravillosa.

Ahora, con ocasión de las fiestas cervantinas celebradas en el pasado año, el Excmo. Sr. D. Eduardo Caballero Calderón, Ministro plenipotenciario de Colombia en nuestro país, gran escritor y gran caballero —su nombre bien le cuadra— ha traído a las Asambleas Cervantinas de Sevilla y de Madrid interesantes estudios sobre el glorioso manco.

Estudio el suyo de revisión cuidadísima de lo que la crítica de su país ha dado al estudio de Cervantes. Páginas con doctrina propia, y en donde se estudia también la ajena con el mejor conocimiento y el mayor y más bello estilo literario. Párrafos de gran escritor humanista son los del Sr. Caballero Calderón, que hace no mucho nos dió un maravilloso *Breviario del Quijote*, ya reseñado debidamente en estas mismas páginas.

Tras su estudio, Caballero Calderón recoge en este volumen, de más de 400 páginas e impreso magníficamente por la Junta del

Centenario de Cervantes, diez estudios críticos y cuatro literarios en torno a Miguel de Cervantes.

Catorce estudios magistrales —cada uno merecería una extensa glosa, que tan sólo el espacio dificulta—, en donde las figuras más destacadas —del pasado o del presente— de las letras colombianas estudia a la luz de la crítica o de la literatura problemas cervantinos.

Y dado que no recogemos aquella glosa, sí queremos, para curiosidad y guía del lector, anotar los nombres y los títulos de los estudios publicados en este volumen. En cuanto a la crítica son éstos: *La lengua de Cervantes*, por Rufino José Cuervo; *La política de El Quijote*, por Carlos Martínez Silva; *Personalidad de Cervantes*, por Sergio Arboleda; *El Quijote*, por Miguel Antonio Caro; *El libro que Cervantes hizo*, por José Ignacio Escobar; *Cervantes y el género novelesco*, por Diego Rafael de Guzmán; *Sancho Panza*, por Marco Fidel Suárez; *Cervantes, un vínculo inmortal de dos pueblos*, por Baldomero S. Cano; *Quijotes y ediciones*, por Eduardo Guzmán, y *Duelos y quebrantos*, por Darío Achury Valenzuela. En cuanto a lo literario, los trabajos recogidos son los siguientes: *Cervantes y Santa Fe de Bogotá*, por Antonio José Restrepo; *La muerte de Cervantes*, por Antonio Gómez Restrepo; *Los tres mundos de El Quijote*, por Rafael Maza, y *En torno al Persiles*, por el Rvdo. P. Carlos Mesa.

Tomo de singular valor para estudiar a Cervantes en Colombia, que se ve avalorado por las interesantes notas bibliográficas que a él ha puesto el gran escritor D. Eduardo Caballero Calderón.

J. S.

LA LLAGA, novela, por MARCIAL SUAREZ

Madrid, 1948. —Colec. «El lagarto al sol».

Edit. Clan. — 326 págs. más 4 dibujos de Molina.

Marcial Suárez —el autor de esa bella novela que es *La llaga*, recientemente aparecida, y cuya publicación deseamos noticiar, con un breve comentario, aquí—; Marcial Suárez pertenece a la joven generación de escritores de nuestra postguerra. Nacido en una villa de Orense, hace treinta años, se nos presenta como autor de varias novelas, entre las cuales elige una, la titulada *La llaga*, para con ella hacer las armas de su primera salida.

Es *La llaga* una novela de acción, pero de acción psicológica. Rápida en el desenvolvimiento de su propio problema: con acción pura, de un fulminante y directo ir a la meta. Pero cargada de esencias emocionales, de cuestiones ontológicas, sin traspasar por ello los límites de la vida simple, del cotidiano y humanísimo afán de nuestro cada día.

¿Realista? Realista. Con lógica, con verosimilitud evidentes. Lógica y verosimilitud no son tan claras en las llamadas novelas realistas, las cuales adolecen, suelen adolecer, de una deformación de la realidad. Frecuentemente por el mayor de los defectos: por el exceso. Tremendismo, exceso, que hiperbolizan una realidad y nos la sirven en inverosímil, en absurda y monstruosa caricatura.

En *La llaga* se nos dan unos hechos, unos tipos, unas escenas observadas minuciosamente. Y serenamente recogidas en sincera versión, con profundo sentido humano, base de su cordialidad, de su fuerza emotiva.

De un suceso de la vida verdadera y real extrae Marcial Suárez la clave y estructura, los incidentes mínimos de su novela. En este punto le asiste una tradición egregia: así Stendhal, así Flaubert.

¿Acaso *La llaga* pertenece a las familias del *Rojo y Negro* o de *Madame Bobary*? No, porque en la problemática de la española que marginamos destaca un interés psicológico sobre la mera crónica. «Crónica de 1830» subtituló a su libro Stendhal. En todo caso, podría sentirse más afín de la línea rusa del XIX: de Dostoiewski, concretamente.

Sólo que la psicología novelística, en Marcial Suárez, no admite morosidades formales, como característica esencial. No renuncia a ellas; pero se singulariza por la animación del tono psicológico con un tiempo activo, con el veloz «tempo» de las novelas de acción. Así, lo que pierde de buceamiento, de juego psicológico—complicación típica de los ritmos morosos—, lo gana en cuanto a fluidez.

Permítaseme traer a estas líneas unas palabras elementales, unos principios de Preceptiva: «Entre la rapidez y la lentitud, el escritor debe tener como norma de estilo un norte, compuesto sólo de dos palabras: breve e intenso.»

Todo libro ha de ser valorado en razón inversa de la diferencia entre lo propuesto y lo conseguido. Yo nunca he visto adaptarse mejor los lemas al texto que encabezan —lemas casi citados en corroboración de nuestra páginas, después de haberse escrito la obra

que parecen impulsar— como con ocasión de los que trae Marcial Suárez en su novela.

«Los temores reales son menos terribles que los que inspira la imaginación.» En esa cita de Shakespeare puede ser resumida la primera parte de *La llaga*. Un ser débil que mata por terror de males imaginarios al presentir el futuro pavoroso, acrecentado por los temores de su imaginación. Sí; el mundo es la imagen.

En la segunda parte el lema lo sirve Ibsen: «El pecado que no tiene perdón—dice—es matar la vida de amor en un ser.» Efectivamente: el asesino adora al personaje principal, hermano bueno de la víctima, y en defensa del cual pudiera pensarse que mató; luego, en la cárcel, sumido en el desamparo, no es visitado sino muy tardíamente por su amo, el ser a quien verdaderamente idolatra. Cuando la visita llega es ya demasiado tarde. Y el protagonista, que se sentía culpable moral del homicidio, se ve ahora culpable de su propio pecado, de ese pecado que no tiene perdón; culpable de haber negado amor al homicida, de haber cegado las fuentes de la fe en un hombre que en él creía con cariño de alucinado. El sentimiento de esa culpa es la llaga, que al personaje central enloquece; la llaga que lo va matando y que titula esta novela. Esta gran novela.

LA MALA VIDA EN LA ESPAÑA DE FELIPE IV,

por JOSE DELEITO PIÑUELA.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1948.

En el curso de los últimos años las gentes se han decidido de una manera activísima por la que bien puede llamarse literatura histórica. Se ha hecho partidaria de aquellos volúmenes que con un aire sencillez y grato, con perfume de novelesco relato o de divertida anécdota, nos presenta la historia más o menos lejana. Una historia con literatura en una mayor o menor dosis y en donde no se transforma, trastroca ni desvirtúa la historia en un solo punto.

Entre todas esas historias cargadas de anécdotas y de aire sencillez y grato hay que colocar los cuadros que José Deleito Piñuela ha escrito sobre la lejana España de Felipe IV.

La juventud eterna es cosa que los sabios no han enseñado aún a conservar, y ninguno de ellos ha descubierto tampoco un elixir de larga vida, ni siquiera un jarabe para llegar a centenario. Y he-

mos de decir que traemos este párrafo a cuenta para poner de relieve que José Deleito Piñuela, sin aquella juventud y sin haber tomado el deseado elixir, parece, por su saber amplio del mundo felipesco, el venir a nosotros desde aquellos días para contarnos las historias y las anécdotas de los mismos. Una cosa es conocer datos históricos, fechas, nombres y costumbres; pero otra, ya que parece que se volvió a aquella lejanía, el cúmulo de noticias históricas, de datos mínimos, de anécdotas minúsculas, pero deliciosas; de sucesos cargados de aire callejero, de saber del hogar. De aquellas y de éstas José Deleito Piñuela guarda un gran—y no somos exagerados en elogio—saber. Un saber que le va permitiendo darnos a conocer en libros asequibles a lectores no eruditos el conocer una época pasada de singular interés. Y así, un día vemos la estampa del monarca, y otro, las diversiones del pueblo; un tercero, el perfil de la corte madrileña, y más tarde nos enteramos de las intimidades de la moda y de los hogares.

Hoy es el mal vivir de aquellos días el que Deleito Piñuela ha trazado con toda amplitud y singular gracia. Era tema vidrioso éste, que el autor ha salvado sin gazmoñería, pero con un buen gusto exquisito, aliado al humor más fino. Damas galantes de baja estofa y alto coturno, espadachines, pícaros, maridos pocos orgullosos de su honra, barrios «clos» y garitos donde todos los juegos tenían su asiento y los tahures su «oficina», pasan en curiosas estampas por este libro, editado con esmero por Espasa-Calpe.

Divertidas e interesantes son las cosas que Deleito Piñuela nos cuenta, y tal es a veces el realismo de sus estampas, que parece que andamos perdidos por el Madrid galante, jugador y pendero de aquellos días; mejor aún, de aquellas noches.

Volver al tiempo pasado, y para ser más real, si cabe, de la mano de los autores del mismo, ya que cada capítulo de un libro de Deleito guarda, con el aire de sencillez que él sabe dar a su obra, una o muchas notas y citas que atestiguan de modo formal lo por él relatado. Cuando esta serie de libros se acabe, la España del IV de los Felipes será una de las que mejor podamos estudiar, la que con más ordenada documentación podamos revisar con carácter erudito o simplemente curioso. La obra que hemos referenciado lleva un hermoso prólogo de don Gregorio Marañón, escrito con la profundidad y la galanura que sabe dar a todas sus páginas.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

DECRETO de 5 de marzo de 1948 sobre Conmemoración del III Centenario de San José de Calasanz.

El 25 de agosto del año en curso se cumple el III Centenario del fallecimiento de San José de Calasanz, gloriosa figura española, que ha podido ser ciertamente definida como el más santo de los pedagogos y el más pedagogo de los santos.

Su vida y su obra constituyen los más altos exponentes de la capacidad creadora del genio hispánico. Nacido en Peralta de la Sal (Aragón), moldeó su preparación intelectual en las Universidades de Lérida, Alcalá y Salamanca, precisamente en la época en que estos Centros al-

canzaban la plenitud de su prestigio entre todos los Centros docentes del mundo.

Entregado al sacerdocio coronó todas sus virtudes con un magnífico espíritu de piedad filial para con Dios y cordialmente bondadosa para con los hombres, que se desbordó en obras perennes, quedando como huella definitiva de su gran amor a la formación de la infancia.

El gran santo aragonés consagró toda su existencia al quehacer educativo e hizo entrega plena de las mejores dotes de su alma a la causa nobilísima de elevar el nivel cultural de los niños humildes. Cuando en 1597 abrió en Santa Dorotea del Trastévere la primera de las escuelas primarias gratuitas del mundo se-

ñalaba el más generoso y sublime ejemplo a la posteridad: todavía faltaban dos siglos para que los Estados más cultos de Europa declararan obligatoria la enseñanza popular.

San José de Calasanz ocupa un lugar preeminente en la historia de la Pedagogía universal, no sólo por el carácter popular de su enseñanza, sino además por la prodigiosa siembra de experiencias docentes, confirmadas más tarde cual firmes directrices de las mejores doctrinas educativas. A él se deben las primeras experiencias para aproximar la escuela a la vida real; insinuó en sus métodos las actualísimas ideas de la escuela taller y del aprendizaje retribuido de nuestros días; jerarquizó la labor docente primaria en grados sucesivos y puso en práctica los sistemas de enseñanza, que después de él habían de recorrer el mundo; completó la escuela con la cultura física, las cantinas y los roperos, y se adelantó a las más exigentes preocupaciones pedagógicas con la creación de los Seminarios para Maestros.

El estilo sencillo y constantemente ejemplar de su existencia, su dedicación a las clases populares, su incesante despliegue de energías y actividades, que multiplicaron los copiosos frutos de su gigantesca labor apostólica y docente, hacen de este gran san-

to y maestro el más cualificado exponente de la encarnación del realismo cristiano en la enseñanza.

El Estado español —que ya ha colocado a la sombra evocadora de su patronazgo las tareas educativas de todos los sectores de la Primera Enseñanza nacional— se apresta a celebrar en debida forma el III Centenario de su muerte, con el propósito de exaltar la memoria de aquel excelso aragonés, cuya vida, injertada en la mejor entraña popular, es honra de la Iglesia y de España y espejo permanente de virtudes para el servicio pedagógico de cualquier tiempo.

En su virtud, a propuesta del Ministro de Educación Nacional, y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO:

Artículo 1.º Bajo la presidencia del Jefe del Estado se constituye un Patronato de Honor para la conmemoración del III Centenario de la muerte de San José de Calasanz, integrado por las siguientes personalidades: Ministro de Educación Nacional, Presidente de las Cortes, Nuncio de Su Santidad, Cardenal Primado de España, Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá, que ejercerán de Vicepresidentes. Vocales: Embajador de la Argentina, don Jo-

sé Moscardó, don Jacinto Benavente, don Agustín Muñoz Grandes, don Ramón Menéndez Pidal y don Alfonso Peña Boeuf ; Vicesecretario general del Movimiento, Subsecretarios de Educación Nacional y de Educación Popular ; Directores Generales de Enseñanza Universitaria, Media, Enseñanza Primaria, Enseñanza Profesional y Técnica, Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Relaciones Culturales, Delegado Nacional del Frente de Juventudes, Director del Instituto de Cultura Hispánica, Rector de la Universidad de Zaragoza, Vicepresidente y Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Padre Delegado General de las Escuelas Pías de España y Ultramar y Padres Provinciales de las cinco provincias escolapias de España y Ultramar.

Art. 2.º Para organizar el programa general del Centenario habrá una Comisión ejecutiva, presidida por el Ministro de Educación Nacional, y de la que formarán parte: los Directores Generales de Enseñanza Primaria, Prensa, Propaganda, Radio-difusión y Asuntos Eclesiásticos ; Director y Vicedirector del Instituto «San José de Calasanz», de Pedagogía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; don José Navarro Latorre, don Eduardo Juliá ; Jefes

Nacionales del Servicio Español del Magisterio y del Sindicato Español Universitario ; Presidente de la Federación Nacional de Maestros Católicos de España, Presidente de la Asociación de la Prensa, don Demetrio Mestre, don Rafael Agulló Munar, Presidentes de las Asociaciones de Antiguos Alumnos de San Antón de Calasancio y de San Fernando, don Santos Gómez Cornejo, don Francisco Pujalte, don Rafael Barón García-Otermín y Padres Andrés Moreno Gilabert, Valentín Caballero, Juan Otal, Joaquín Iraizoz, Calasanz Bau y José Poch.

Art. 3.º Para la realización y gestión inmediata del programa general del Centenario funcionará una Comisión Permanente, presidida por el Director General de Enseñanza Primaria e integrada por el Director del Instituto «San José de Calasanz», de Pedagogía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; D. Eduardo Juliá ; Jefes Nacionales del Servicio Español del Magisterio y Sindicato Español Universitario ; Presidente de la Federación Nacional de Maestros Católicos de España ; D. Demetrio Mestre, don Rafael Agulló Munar ; Presidentes de las Asociaciones de Antiguos Alumnos de San Antón, de Calasancio y de San Fernando ; don Santos Gómez Cornejo, don Francisco

Pujalte y Padres Andrés Moreno Gilabert, Valentín Caballero, Juan Otal, Joaquín Iraizoz, Calasanz Bau y José Poch.

Art. 4.º La Comisión permanente propondrá al Ministerio de Educación Nacional los nombres de las personas que hayan de desempeñar los cargos de Secretario y Tesorero. Al cargo de Tesorero serán extendidos los libramientos de las subvenciones oficiales que se obtengan con destino a los gastos del Centenario y girados los demás ingresos y aportaciones que se logren con el mismo fin.

Art. 5.º El Ministro de Educación Nacional queda autorizado para ampliar las representaciones que deban figurar en las Comisiones ejecutiva y permanente, según aconsejen las circunstancias, y para adoptar las medidas necesarias en orden al mejor cumplimiento de lo establecido en los artículos anteriores.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a cinco de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

DECRETO de 28 de mayo de 1948 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a doña Blanca de los Ríos.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en doña Blanca de los Ríos,

Vengo en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a 28 de mayo de 1948.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

